



PIJAMA PARA DOS

ALFONSO BASALLO
TERESA DíEZ

PLANETA+TESTIMONIO

6^a

PIJAMA

Índice

PORTADA

Pijama para dos

DEDICATORIA

CITA

I. UNA MÁQUINA DE PRODUCIR FELICIDAD

II. TODOS DICEN «I LOVE YOU»

III. LA VERDADERA LISTA DE BODAS

IV. PERO ESTA NOCHE MORIRÍA POR VOS

V. LOS PRIMEROS ESPOSOS DE LA HISTORIA

VI. DOS EN UN SOFÁ

VII. PIJAMA PARA DOS

VIII. NUEVE MESES DESPUÉS

IX. ¿PUEDE ACABARSE EL AMOR?

X. CANÁ, LA BODA DE MI MEJOR AMIGO

¿Y POR QUÉ NO RAPTARLA, QUE ES MÁS ROMÁNTICO?

XI. HAZ EL AMOR Y NO LA GUERRA

LIBROS RECOMENDADOS

PELÍCULAS RECOMENDADAS

CRÉDITOS

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

**Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:**



Explora Descubre Comparte

*A Francisco y María Asunción,
Julián y Mercedes,
nuestros padres...*

Gracias por haberos querido tanto

*A Jacinto Lázaro,
profundamente agradecidos*

El 22 de abril hará sesenta años que nos casamos.

—Eso es mucho tiempo.

—Lo es. No lo parece pero lo es. Vino con su familia desde Oklahoma en una carreta cubierta. Nos casamos cuando los dos teníamos diecisiete años. Pasamos la luna de miel en la feria de Dallas. No querían alquilarnos una habitación. Ninguno de los dos aparentaba edad de estar casado. No ha pasado un solo día en estos sesenta años que no haya dado gracias a Dios por esa mujer. Yo no he hecho nada por merecerla, puedes creerme.

CORMAC MCCARTHY, *Ciudades de la llanura*

I. UNA MÁQUINA DE PRODUCIR FELICIDAD

Por qué no es bueno que el hombre esté solo

El solterón de *La ventana indiscreta*

Un treintón que padece alergia al compromiso, se rompe la pierna y se ve obligado a permanecer un mes escayolado, recluso en su apartamento, sin otra diversión que contemplar con unos prismáticos la vida de sus vecinos.

Cada piso, cada vivienda del patio de vecinos, le sirve para comprobar que la convivencia entre el hombre y la mujer es una misión casi imposible. Celos, peleas conyugales, dominio del varón por parte de la mujer o viceversa, soledad, incomunicación... El escaparate que captan sus prismáticos, en su morbosos barrido, habla por sí solo.

El descubrimiento hace secretamente feliz al solterón, porque le proporciona argumentos frente a los requerimientos de boda de su novia. El silogismo es impecable: hombres y mujeres no se entienden; lo que empezó como amor suele terminar en odio o indiferencia; ergo..., el matrimonio es una utopía.

El colmo de la satisfacción llega cuando el solterón ve con sus propios ojos la conclusión siniestramente lógica de todo lo anterior: un viajante de comercio mata a su legítima, la parte en trocitos con una sierra y entierra los restos en el jardín del patio.

La ventana indiscreta no sólo es una de las más logradas pelis de Alfred Hitchcock —reto a quien no la haya visto a que aguante sin sobresaltos los últimos diez minutos—, sino también una despiadada sátira sobre el matrimonio.

Lo curioso del caso es que, a pesar de sus años —data de 1954—, tiene una sorprendente actualidad.

Muchos jóvenes (y jóvenes) de 2008 son el solterón de *La ventana indiscreta*. Probablemente tú mismo te puedes sentir retratado.

Tragedias de rulos y *boatíné*

Tienes tu carrera; estás cómodamente instalado con tus padres o, por libre, en un pisito; disfrutas de ligues ocasionales; estás cruzando la jungla del mundo laboral, armado con tu máster; te auras de la vorágine profesional con el esquí, los viajes, los hobbies...

Vas camino de los treinta o incluso los has rebasado, tienes novi@ (etern@ novi@ que se ha convertido en mascota confortable de tu paisaje). Puede que consideres la posibilidad de una familia..., aunque sin prisas, como una referencia en lontananza, algo abstracta, que en el fondo no te crees demasiado...

Tienes un vago deseo de felicidad. Y la vinculas, sin mucho entusiasmo, con un traje blanco, una luna de miel y un piso adosado... Una meta difusa a la que se accede a través de una carrera de obstáculos —hipoteca, letras, coche, muebles—. ¡Qué pereza!

Y luego llega la televisión —la ventana indiscreta— y te sirve la ración diaria de violencia machista..., y entonces se juntan el hambre y las ganas de comer. Por un lado, te horrorizas con esas tragedias griegas de rulos y *boatínés*: un jubilado de sesenta y siete años mata a su mujer con un hacha y luego se suicida..., o bien la atropella dos veces con el coche hasta asegurarse de que está muerta... Tragedias que parecen irreales de puro sangrientas. Pero, por otro lado, te sirven en bandeja la coartada perfecta para pensar: virgencita, que me quede como estoy..., esto del matrimonio no es para mí.

Para completar el panorama, tienes a parientes y amigos que se han separado al poco de pasar por la vicaría... Un guiso amargo, condimentado por la pimienta de esas estadísticas del Ministerio de Propaganda (perdón, del CIS) sobre el elevado número de rupturas.

Tienes, seguramente, el caso de tus viejos, un matrimonio unido, pero rondan los sesenta años, están jubi o pre, en fin, son de otra época, las circunstancias han cambiado, te sirven de poco.

No es extraño que no quieras casarte o que si alguien te habla de lo bien que le va en su matrimonio lo veas como un caso aislado, pura suerte en la lotería de la vida.

No es extraño que identifiques:

- *amor*, con sentirse a gusto con una pareja esporádica;
 - *matrimonio*, con cadena, muermo, hastío;
 - *amor*, con libertad y acción;
 - *matrimonio*, con berenjenal;
 - *amor*, con una noche loca (ellos); con un recuerdo romántico que se extingue suavemente con el tiempo (ellas)..., con una relación aislada, tan intensa como fugaz (todos);
 - y *matrimonio*, con frustración y fracaso.
- ¿Amor y matrimonio? Un binomio imposible.

¡Abajo el matrimonio pantufla!

Pues bien, ¿sabes lo que te digo?, que tienes toda la razón.

Si los autores de este libro estuviéramos en tu lugar nos daría arcadas mirar tan deprimente panorama por la ventana indiscreta, y nos refugiaríamos en el búnker de la soltería.

Lo que te proponemos en estas páginas es dinamitar tan horrendo patio de vecinos y levantar, desde los cimientos, un nuevo edificio, sólido y atractivo.

Ésta es la revolución que pretendemos abanderar, con un lema subversivo: «Abajo el matrimonio-pantufla».

La revolución se compone de dos noes:

- No al matrimonio-hastío.
- No al matrimonio-frustración.

Y tú ya formas parte de la revuelta.

Aunque no lo creas, aunque te sientas presa del desencanto, vas por el camino correcto. Si lo que ves (en la tele, en tus compañeros de trabajo, en amigos o familiares) no te acaba de convencer..., es que estás en óptimas condiciones para salir a las barricadas y hacer la primera gran revolución del siglo XXI.

No te preocupes demasiado por el cómo. El método tiene más de trescientos años. Consiste en dudar de todo, como hizo Derribos Descartes S. A. en el siglo XVII, cuando puso patas arriba el tinglado filosófico. Con la piqueta de la duda reducimos el matrimonio-muerto a cascotes, nos olvidamos de la violencia machista, los telediaris y el pánico al fracaso... Ponemos el contador a cero y comenzamos de nuevo.

Derribos Descartes: Amo..., luego existo

¿Y por dónde empezamos? Parafraseando a Descartes, «amo..., luego existo».

El amor es el punto de partida, la premisa imprescindible.

¿Y qué es amor?

No es una técnica que sirve para justificar el sueldo de unos charlatanes modernos llamados sexólogos. Amor tampoco es escribir poemas o desmayarse en el recital de Enrique Iglesias: lo primero se llama ripios, y lo segundo, lipotimia. Amor, en fin, no consiste en meter mano a una inmigrante brasileña como podría deducir un marciano que visitase nuestro planeta y viese en la A-IV un club donde pone: «Las diosas del amor».

El amor no tiene nada que ver con todo eso. Algunos daltónicos tienden a confundirlo.

Amor es lo mismo que donación, es decir, darse. En eso, se parece al fuego, como descubrieron los más insignes poetas y no se cansan de recordarnos, cada verano, los compositores de música pop. Si se canaliza, da calor y vida; si no, lo destruye todo. El corazón humano está diseñado para darse. Si se da a los demás, es creativo y fecundo. Pero amarse a sí mismo es el camino más corto para la autodestrucción.

Nada en el patio de vecinos de *La ventana indiscreta* se puede identificar con el amor. No hay ni rastro de donación. Como tampoco la hay en el matrimonio-pantufla. Más bien hay amor a uno mismo, es decir, egoísmo, es decir, destrucción, es decir,

violencia. Lo que el escaparate ofrece a treintones y treintonas que se plantean formar una familia no es el verdadero matrimonio, ni el verdadero amor..., sino las caricaturas del matrimonio y del amor.

Sin embargo, en el comienzo de muchas de esas relaciones hubo ilusión, encanto, algo maravilloso que transformaba la existencia..., pero, luego, el día a día terminó agostando aquella frescura inicial y sobrevino el muermo.

Sí, ya sé, esa perspectiva te desalienta. ¿Para qué subir al tobogán fascinante del flechazo si luego hay que pagar un precio tan amargo?

Te entiendo perfectamente. El problema es que confundes el flechazo con el amor, que es como confundir, en términos automovilísticos, la primera marcha con la directa. Error muy común entre el pardillo de la autoescuela y el joven en edad de merecer. En el primer caso, te cargas el motor; en el segundo, la relación amorosa.

No digo que el flechazo no sea necesario. Es imprescindible; porque esa relación requiere un brioso impulso. Y estoy de acuerdo contigo: lo flipas. Cuando uno ve por primera vez a la chica y cae en la cuenta de que es única en el mundo, se pregunta: ¿es real?, ¿será cierto lo que ven mis ojos?, ¿será posible tanta belleza, tanta gracia, concentrada en una persona?

Nos quedamos prendados de ella, de su físico, y no sólo de su físico, sino también de su química y de sus matemáticas. Cualquier gesto, palabra, movimiento o ademán nos parece fascinante. Lo que para los demás es pura rutina —encender un cigarrillo, reírse, llevarse la mano a la cabeza, hablar por el móvil—, para el asaeteado equivale al cielo. Nos parece perfecto todo lo que dice, hace o piensa. Y nada nos hace más feliz que estar con ella (o con él). A su lado, todo parece fácil y se desvanecen penas, temores y problemas. Y dejan de serlo las exigencias de la humana condición, tales como alimentarnos o dormir.

Lo dejó clavado Gregorio Marañón, el sabio médico humanista: «estado de imbecilidad transitoria».

Maravilloso, sí..., pero insostenible. Tarde o temprano, la borrachera se pasa, como apunta Marañón, y una de dos: o alimentamos ese germen de amor o se muere. O pisamos el embrague y metemos segunda, y luego tercera y cuarta, o quemamos el motor.

Es imprescindible una pizca de cielo en vena, unos gramos de felicidad químicamente pura, para emprender un viaje tan largo y trascendental como es la unión entre el hombre y la mujer. Un viaje que afecta a toda la persona e impregna todos los aspectos de una vida.

Pero se trata sólo de una fase del proceso. Una escena intensa pero breve, el arranque de la película, que quedará en nuestra filmoteca personal como un momento mágico, pero que sólo cobrará sentido ensamblada con las demás secuencias.

El problema es que muchos se quedan en la primera escena y de ahí no pasan. La peli no avanza, el DVD se atasca, has quemado la relación.

Peter Pan se queda sin hielo para el cubata

El fracaso de bastantes parejas tiene mucho que ver con el intento, inútil, de prolongar el estado de imbecilidad transitoria durante toda la relación (con o sin boda). Han confundido el amor con un espejismo: creen que todo es fácil e ingrátido... y sufren el síndrome de la bolsa de hielo.

Cuando la imbecilidad pasa, piensan erróneamente que ya no se quieren. Les ocurre como a los del guateque en la finca: llega un momento en que se acaba el hielo y hay que salir a la gasolinera a por más. Si la estación de servicio está cerrada estamos perdidos. Es el fin de la fiesta: sin hielo no hay Coca-Cola y sin Coca-Cola no hay cubatas.

El desencanto de quienes en su relación se han quedado sin hielo para el cubata es brutal. Ya no hay fiesta, ya no hay magia, el otro ya no es un ángel y sus angelicales gestos ya no son más que eso, gestos. Todos sus defectos, ocultos tras la neblina del flechazo, se muestran cruelmente ante nuestra mirada. E incluso se agrandan: el tipo (o la tipa) fascinante se convierte en un ordinario: a la suavidad le brotan aristas puntiagudas; la dulzura se vuelve ácida; donde había una carroza, tenemos unas calabazas.

El matrimonio-pantufla es, en muchos casos, consecuencia de haber querido prolongar el flechazo durante toda la relación. Quienes creían amarse apasionadamente, sólo porque estaban bajo los efectos de la imbecilidad transitoria, ahora se tienen manía o se soportan con resignación.

Hacen vida de Renfe. Cohabitan juntos, pero como las vías del tren: paralelas, sin tocarse. Bajo el mismo techo, pero ignorándose, cada uno inmerso en su trabajo, volcado en sus gustos y aficiones, unidos sólo por el finísimo hilo de los monosílabos...

¿Por qué ahora tantos terminan así?

Vivimos en una época peterpanesca, en la que se tiene pavor a crecer y alergia a asumir responsabilidades. Eso explica que tardemos en salir del hogar paterno (treintones y cuarentones siguen refugiados en el útero); en casarnos; en tener hijos. Queremos estirar el estado de infancia y la actividad propia del niño: el juego (nunca como ahora se usa tanto la palabra lúdico). El juego no compromete, es un simulacro, aventura de mentirijillas (nunca han tenido tanta demanda los simuladores de vuelo o de fórmula 1 entre los mayores de cuarenta años). La vida adulta, por el contrario, está marcada por la incertidumbre y el riesgo verdadero: no juegas, te la juegas.

Los *peterpanes* del siglo XXI vamos con aquel planteamiento a la relación de pareja y... ya conoces el resto.

Amor no se escribe con H —como decía Jardiel Poncela en su divertida comedia—, sino con Q. Q de Querer. Sí quiero, yo quiero, te quiero... Un verbo que se conjuga más bien poco en las relaciones de pareja y que es decisivo para superar la fase de imbecilidad transitoria y hacer que el amor madure. El amor no puede construirse sobre el pantano del sentimiento, sino sobre los firmes cimientos de la voluntad. El problema es

que esta palabra, voluntad, parece estar en peligro de extinción... Pero no adelantemos acontecimientos, ya hablaremos del querer más adelante: cuando hayamos elegido chica/o y estemos en el noviazgo.

Ahora, seguimos con la demolición de las caricaturas del amor y el matrimonio.

El matrimonio no es una costumbre, ni un melón, ni una ONG

Ya hemos detectado el primer error: confundir el amor con lo que sólo es una fase inicial. ¿Y el matrimonio? ¿Cómo distinguiremos el trigo de la paja?

No es tan difícil.

Comencemos por exponer lo que no es matrimonio.

No es ninguna de estas cinco cosas:

- una costumbre,
- un mal menor,
- un pasatiempo,
- consuelo sexual,
- una obra de caridad,
- un melón.

Una costumbre: Al oír hablar a algunos aspirantes da la sensación de que hay que casarse por obligación, porque toca, como un capítulo más de la vida (el colegio, las vacunas, la carrera, la ITV...). Algunos van al altar casi con resignación. Les gusta su chic@, están vagamente dispuestos a formar un hogar, pero no están del todo convencidos.

¡No, hombre! El matrimonio es una aventura grandiosa, no te puedes casar así, como si cumplimentaras un trámite, porque todos lo hacen, porque tus padres tienen mucha ilusión, porque ya tienes treinta y cinco tacos...

La cantinela puede parecer alucinante, pero los autores de este libro la hemos escuchado de boca de algun@s. Tiene guasa que en pleno siglo XXI, cuando el matrimonio de conveniencia ha pasado a la historia, cuando teóricamente nos sale la libertad por las orejas, nos casemos semiempujados por las apariencias y las convenciones...

Un mal menor: En esto, el siglo XXI cada vez se parece más a la Edad Media (al tópico de barbarie y oscurantismo que nos transmite el doctor Goebbels..., perdón, la tele). Casarse, según el tópico medieval, era para los que no podían dominar sus instintos; para los que no servían para eclesiásticos; para los salidos; es decir, para aquellos que no estaban llamados a ser héroes, poetas o santos.

También ahora se considera un mal menor. Lo guay es ir de *single*: máster, un buen trabajo, lucir el musculito o las curvas —perfectamente cinceladas en ese templo posmoderno que es el gimnasio—, dinero, viajes, coches, ligues. ¿Para qué te vas a casar

si lo tienes todo? Casarse es para los *pringaos*.

Un pasatiempo: En el pasado, había jetas que utilizaban el matrimonio como ascensor: les servía para subir de clase social. Ejemplo: echarse de novia a la rica del pueblo. Aunque en menor grado, el procedimiento sigue. Unos por dinero, otros por diversión, o por razones decorativas: una rubia combina muy bien con un deportivo rojo —ellos—; un uniforme, un alto cargo, un tipo poderoso viste mucho —ellas—; la suma de dos sueldazos dan mucho juego —todos—. Lo cual implica instrumentalizar el matrimonio, reciclarlo en montacargas.

Consuelo sexual: Variedad del matrimonio-pasatiempo. ¡Hombre, hoy en día, existen otras opciones! Aun así, algunos siguen casándose por ese móvil. Y utilizo la palabra móvil deliberadamente: empobrecer de esa forma el matrimonio, reducirlo a la cama, tiene delito. Burdo error que conduce fijo al fracaso.

Una obra de caridad: Algunos —sobre todo alguna— se pasan por el extremo contrario. Una cosa es casarse por amor y otra, muy distinta, casarse por compasión. Es más frecuente de lo que crees. De cuando en cuando te vienen chicas diciendo que se han enamorado y que están dispuestas a vestirse de blanco porque les da pena lo mal que lo está pasando el chico: porque tiene depres; por un defecto físico; porque ha fracasado en un matrimonio anterior y la mujer le ha dejado con dos criaturas. ¡Menudo cuadro! La beneficencia es una actividad encomiable, pero el matrimonio no es una ONG.

Tampoco es un reformatorio: otro error relativamente común. «Tiene un genio insoportable, me trata fatal, me falta al respeto..., pero luego se le pasa. Si me caso con él, creo que lo cambiaré»... Es la típica frase de novia abnegada que, en un 98 % de los casos, termina siendo víctima de la violencia machista. Hay que estar en guardia frente al estribillo indulgente «en el fondo, me quiere».

La regla de oro debe ser «él es mejor que yo»... no viceversa. No somos San Francisco de Asís.

Un melón: Hasta que no lo abres, no sabes si está bueno. No es infrecuente oír la queja: «Me casé enamorado@..., pero la cosa se torció luego, tuve mala suerte...» «Creí conocerle bien, pero descubrí su verdadera personalidad demasiado tarde, ¡la suerte!»

¿El matrimonio una lotería? ¿Quieres saber en qué medida influye el factor suerte? ¿En un 50 %, en un 20 %, en un 5 %? No.

¿Ni siquiera en un 1 %? Ni siquiera.

La suerte no influye en nada por la sencilla razón de que la suerte... no existe.

Hablar de la suerte en pleno siglo XXI, en la era de la biogenética, suena a poco serio, a tiempos remotos cuando el hombre vivía presa del temor y la superstición.

No existe el azar, como ha demostrado la física desde el Barroco, desde Leibniz y Newton, y como ha subrayado Einstein en el siglo XX («Dios no juega a los dados»). Todo en esta vida tiene una explicación. Todo obedece a una cadena de causas, más o menos compleja, más o menos larga. Pero algunos se empeñan en invocar la suerte cuando las cosas salen mal.

No, mira: la suerte, buena o mala, no tiene entidad. Es una licencia literaria, el amuleto de los jugadores de lotería, la excusa perfecta del coleccionista de «cates» o del seguidor del Atleti.

Lo que existe es la voluntad (yo querer..., ¿recuerdas?), y la libertad de los contrayentes. Eso es lo que existe. Lo que influyen, en todo caso, son las circunstancias, o el cruce sobre nuestras vidas de las voluntades y libertades de otras personas...

Otra cosa es que nuestra voluntad esté poco trabajada, sea quebradiza o poco firme..., pero ése es otro problema.

¿El matrimonio un melón? Depende. Si te casas a ciegas o sin conocer a fondo al otro, su forma de ser, sus opiniones, sus proyectos, su yo más íntimo, te puedes llevar sorpresas. Pero no lo llares mala suerte.

Hasta aquí lo que no es matrimonio. Pero ¿cómo reconocer el verdadero?

Te doy una pista: A pesar de todos los inconvenientes, la gente siempre se ha casado. En realidad, siempre ha habido matrimonio. ¿No te has parado a pensar por qué esa insistencia de la especie humana?

Como pez en el agua

¿Por qué a pesar de los ataques y el descrédito que ha sufrido el matrimonio, de las crisis, de las rupturas, de los celos, de los cuernos? ¿Por qué el hombre busca a la mujer y une su vida a la de ella y promete quererla? ¿Quién le obliga? ¿Por qué no ha dejado de haber matrimonios en todas las latitudes geográficas y en todos los períodos de la Historia, por difíciles u oscuros que fueran?

¿Por qué nunca, en ninguna civilización, ha sido bueno que el hombre esté solo? ¿Por qué varón y hembra han dejado a sus familias y han formado otra nueva, y se han hecho una sola carne? Y no porque lo diga un tipo con alzacuellos y casulla o un civil con toga oscura o el capitán de un barco. ¿Por qué, a pesar de la rutina o los melones, sigue habiendo hombres y mujeres que se quieren en la salud y en la enfermedad, en las alegrías y en las penas, todos los días de su vida? ¿Qué tiene el matrimonio? ¿Qué clase de imán irresistible continúa empujando al hombre a organizar su vida en pareja? ¿Qué oro negro se esconde en el subsuelo de las relaciones entre él y ella? ¿Qué grandeza late en algo tan normal, tan corriente, como la promesa de amor que se hacen unos novios, para unir sus vidas, ayudarse mutuamente y traer hijos al mundo?

La respuesta parece obvia: se trata de algo natural. Y lo natural corre el peligro de considerarse vulgar. Por esa regla de tres, habría que meter en el mismo saco de la vulgaridad la puesta de sol, la sucesión de las estaciones o la armonía del universo. Error del que se encargan de sacarnos los poetas y los filósofos al subrayar su grandeza y su belleza.

Más exactamente, el matrimonio es el estado natural del hombre. Digamos que éste ha nacido incompleto y no llega a la plenitud hasta que no se une a la mujer. Ahí es donde se encuentra como pez en el agua. Eso explica la reincidencia de la especie, desde los señores de Adán hasta nuestros días.

Entonces, ¿qué pasa con la Regenta o Madame Bovary? ¿De dónde han sacado su inspiración Ibsen o Alfonso Paso? ¿Pez en el agua? En las comedias de Molière o Woody Allen, más que escamas, se ven cuernos...

Estamos en lo mismo del principio. Se trata de caricaturas, y en ese sentido pueden llegar a ser incluso divertidas. Pero lo que exponen no es sino la deformación del matrimonio.

Deducir de la página de sucesos o de la acidez de la sátira teatral (o de las series de televisión) que más vale no casarse equivaldría a abolir el Código Penal porque en las cárceles hay *overbooking*.

La acumulación de tópicos: pierdes la libertad, te atas a la parienta, no te realizas, dejas de ser tú mismo..., no es más que una falacia. El hombre y la mujer sólo pueden salir ganando con la unión, porque ambos se encuentran en ella en su elemento natural.

La felicidad está garantizada porque el hombre y la mujer están llamados, de forma innata, a vivir en pareja. Si el ave posee alas, por algo será..., del mismo modo que el pez está provisto de unos orificios que se llaman agallas y un elemento propulsor que se llaman aletas no por casualidad...

Lo mismo pasa con el ser humano. Nace para ser espos@.

La soltería perjudica seriamente la salud

Si el matrimonio es el destino natural del hombre, el hábitat para que llegue a la plenitud, las posibilidades de ser feliz son mucho mayores que si se queda viendo los toros desde la barrera de la soltería.

Enumeramos cuatro de esas posibilidades para ir abriendo boca:

- higiene mental,
- enriquecimiento espiritual (y a veces hasta material),
- autoestima,
- (y sobre todo) felicidad.

Higiene mental: Nada más casarnos, los autores de este libro tuvimos una sensación de plenitud que se ha mantenido veintidós años y siete hijos después. Y eso que no han faltado momentos duros y dificultades. Hemos perdido tranquilidad, vacaciones y poder adquisitivo, sobre todo, poder adquisitivo..., pero nos hemos encontrado a nosotros mismos.

La entrega mutua es la más eficaz garantía del equilibrio psíquico, porque el ser humano es la única criatura que no puede encontrarse plenamente a sí misma si no es saliendo de sí. Mirarse el ombligo, en cambio, es fuente de neuras.

Enriquecimiento: Cuando el varón se casa, engorda. Por supuesto, gracias a las dotes culinarias de la mujer (hermosa tradición que el *fast-food* está echando a perder), pero sobre todo porque lo que más alimenta al ser humano es el cariño. Ni que más estimule en todos los sentidos (incluido el profesional). El cariño y el primer hijo, y el segundo...

El matrimonio genera prosperidad. El mundo crece y avanza gracias a la familia. Donde había dos solteros sueltos, el «sí quiero» hace nacer una prole, un grupo familiar, un círculo de amigos, una casa, una pequeña comunidad..., que luego dará origen a otras y aportará a la sociedad trabajo, brazos, inventiva.

Pero el enriquecimiento no es sólo material y social, sino también personal.

Al ser diferentes, hombre y mujer somos complementarios. La masculinidad gana con la feminidad y viceversa. Lo humano sólo se realiza en plenitud gracias a esa dualidad de lo masculino y lo femenino.

Autoestima: La enorme ventaja de la entrega, cuando es mutua y sincera, es que cada uno de los donantes se siente querido por el otro. Y eso hace subir muchas décimas el termómetro de la autoestima.

No hay nada como sentirse querido. Y no porque uno acumule un buen expediente o sea competitivo en su empresa, sino por ser quien es.

En una jungla marcada por el culto al éxito y la eficacia, regida por la ley del tanto vendes, tanto vales..., es un consuelo pensar que alguien te quiere simplemente por ser quien eres, hagas lo que hagas.

Eso es exactamente el amor. Algo que no se puede merecer y tampoco exigir. Pero eso sólo es posible en un único lugar: la familia.

Felicidad: Es la consecuencia de todo lo anterior. En el mundo contemporáneo parece una meta inalcanzable, tanto que se buscan sucedáneos: desde el éxito profesional hasta los viajes a sitios muy lejanos, cuanto más lejos mejor, como si la felicidad fuera una cuestión de kilómetros; pasando por chucherías tales como la lotería, el Vega-Sicilia, los moscosos, un iPod, un bolso de Carolina Herrera o la victoria de tu equipo.

Eso sí, la felicidad es irrenunciable, como sabemos por Aristóteles y Palito Ortega. No hay nadie que no la busque. Luego, debe existir...

Y una de las llaves seguras e infalibles para abrir la puerta de la felicidad es el «sí quiero».

Es más, el matrimonio es una máquina de producir felicidad.

¿Por qué entonces algunos fracasan? O porque no la conocen bien o porque no saben manejarla. Hay que estudiar las instrucciones.

Si has llegado hasta aquí, vas bien.

Porque este libro es el manual.

II. TODOS DICEN «I LOVE YOU»

La elección de pareja

Cómo sé que es ella

Y la primera instrucción del manual es dar en el clavo: hacer una buena elección.

Porque aquí nadie es masoquista, ni desea ser infeliz, ni arruinar la vida de su pareja. Al contrario, todos queremos amar y ser amados..., todos dicen «I love you».

Entonces, ¿por qué hay tantas rupturas por hora?

En buena medida, porque no se elige a la persona adecuada. Un asunto crucial que muchos resuelven con alegre despreocupación, con inconsciencia suicida.

Pregúntate por qué elegirías novi@, o ¿por qué la has elegido?

- me gusta,
- me cae bien,
- me río con ella/el,
- a su lado me siento segur@,
- está buen@...,
- es menos borde que otr@s,
- es diferente.

Si la respuesta es la banda sonora de *Operación Triunfo* (A tu lado me siento segur@), vas por buen camino. Quiero decir que debes seguir leyendo este libro, porque estás parcialmente en un error y voy a tratar de alejarte del precipicio. Si la respuesta son las otras seis, *ídem* de *ídem*.

Me cae bien..., me río con ella/él..., está buen@... Así de *científicos* son algunos de los argumentos que se barajan, con excesiva frecuencia, para elegir a quien será compañero de toda la vida y padre/madre de los hijos.

Algunos de esos argumentos son reclamos válidos como punto de partida, pero por sí solos no son motivos para hacer una elección seria y responsable. Si las chicas se fijaran sólo en la seguridad, tendrían que estar cambiando constantemente de chico; y si ellos se guiaran sólo por las que les gustan físicamente, su lista de candidatas sería interminable.

Escoger mujer —o varón— implica dar un paso más y ponderar otros muchos factores, más allá de la primera impresión, por hechizante que sea.

Los juliocésar y los hamlet

Pero, ojo, tan malo es precipitarse como eternizarse y pretender una elección perfecta. Se trata de una primera trampa, típica de la edad de merecer, sobre la que quiero ponerte en guardia.

A los primeros los podríamos llamar los *juliocésar*. Llegan, ven y vencen. Sobre todo, VEN. Se fían casi exclusivamente de lo físico, se quedan en lo epidérmico. Su brújula en la selva de la elección no marca la N de Norte sino la E de Envoltorio o la M de Mona..., de ahí su velocidad y también su carácter cambiante. Si uno se rige por las impresiones, lo más probable es que a los cinco minutos tenga otra nueva, más divertida y excitante, que anule la anterior, y así sucesivamente...

Pero no menos contraproducente sería el exceso de responsabilidad de los *hamlet*. Aquell@s que nunca acaban de decidirse, porque convierten la elección en una duda metafísica.

Los *juliocésar* pecan de superficialidad. Pillan al/la primer@ que ven. Los *hamlet* pecan de perfeccionismo: se quedan siempre con las manos vacías porque jamás encuentran la mujer o el hombre ideal.

Las dos especies de buscadores lo tienen crudo.

Los *juliocésar* terminan por no casarse porque ya no les compensa. Hace años, lo hacían y al poco tiempo iban directos al juzgado, su matrimonio duraba menos que un caramelo a la puerta de un colegio. Ahora optan por el ligue ocasional y corto: no porque quieran (les encantaría vivir siempre con la chica/chico), pero los pobres son juguete de sus emociones cambiantes, y una relación basada en el desconocimiento está sentenciada.

Y los *hamlet* jamás dan el paso por la sencilla razón de que la mujer o el hombre perfectos no existen.

Perfecto no, pero ideal para uno sí.

¡Pero si es lo mismo!, puedes decir: no, hay una diferencia esencial.

Me explico: Joven o menos joven, alto o bajo, sedentario o activo..., hay alguien en la orilla del otro sexo que ha nacido para mí y que, sin él saberlo, me espera. Alguien que me puede hacer feliz, con el que razonablemente puedo encajar, y que está destinado para ser mi compañer@.

Aunque parezca mentira, aunque desafíe las leyes de la física y de la lógica, esa persona existe. En medio de los millones de seres del otro sexo, un hombre o una mujer a quien no conozco aún lo tiene todo para unir su vida a la mía. De ahí que cuando uno se enamora experimente esa sensación mágica, misteriosa, de «reconocer» al otro. Es como si al ver por primera vez al chico, o a la chica, se materializara ante nuestros ojos ese retrato ideal que llevamos inscrito en la mente. Los contornos difusos se dibujan con precisión con los rasgos de esa persona; la imagen desenfocada se vuelve nítida en una figura concreta, en una cara que sonríe, delante de nosotros, en los pasillos de la facultad o en la barra de la discoteca. La idea se hace carne.

Precisamente por eso, la elección debe comenzar antes de conocer al chico o chica de carne y hueso. Si quieres acertar, es conveniente que te hayas formado una idea previa de lo que te gustaría. Ocurre lo mismo que en la vocación profesional: uno no elige carreras al tuntún, sin criterio, o por exclusión, sino que hace un retrato-robot de los estudios que más encajan con su formación o sus gustos.

¿Se puede conjugar la ley de probabilidades, que es de ciencias, con el enamoramiento, que es de letras?

¿Qué tipo de mujer (o de hombre) quiero para que comparta conmigo la vida? ¿Con quién sintonizaré mejor, teniendo en cuenta mi forma de ser? Son preguntas necesarias para encarar la cuestión.

De hecho, se las hace todo quinceañero. En cuanto «descubre» que en el mundo hay faldas, el adolescente se pone rayos selectores en los ojos y, de forma automática, casi inconsciente, va cotejando la imagen ideal de mujer, o de hombre, con las personas concretas que va conociendo. Naturalmente que esa imagen ideal se enriquecerá (y humanizará) con el contraste continuo con la realidad. Y la formación personal y la experiencia harán que el retrato-robot vaya siendo cada vez más realista y menos platónico. Pero siempre será oportuno tener unas coordenadas, una referencia de cómo debe ser esa persona que buscamos.

Tener una idea clara de cómo queremos que sea el otro nos facilitará enormemente la tarea de elegir. De hecho, es el primer factor de selección.

Simplificará un problema complejo: ¿cómo conjugar la ley de probabilidades —que es de ciencias— con el enamoramiento —que es de letras y encima ciego—? Es cierto que hay millones de hombres y mujeres, y que elegir es como buscar una aguja en un pajar, pero con el retrato-robot en la cabeza, la muestra se reduce considerablemente.

El retrato-robot introduce, además, un factor de racionalidad en la ceguera congénita del enamoramiento. Sufriremos una sacudida, notaremos los dulces efectos del Estado de Imbecilidad Transitoria (EIT), eso no nos lo quita nadie. Pero conservaremos una pequeña reserva de frialdad para decidir no sólo con el corazón, sino también con la cabeza.

El segundo factor de selección nos viene dado por la vida: las circunstancias que nos rodean. ¿Cómo encontrar a la persona destinada para nosotros en el mar de individuos del otro sexo? Por lo más cercano: el trabajo, el pueblo, el barrio, compañeros y amigos, las relaciones de familia. Sirven también —y mucho— las amigas de las hermanas, las amigas de los amigos y las amigas de las amigas. Incluso, el club de montañismo, el grupo ecologista, la parroquia y la ONG... Es decir, lo cotidiano, lo próximo a las aficiones e intereses de cada uno.

En ocasiones, el soltero/a, sobre todo si está entrado en años, se pone nervioso y le da por hacer cosas raras: como buscar pareja por Internet, presentarse a un concurso de televisión o viajar a Asia... No digo que no pueda salir de ahí la media naranja, pero el sentido común y la estadística nos demuestran lo contrario. En estos temas lo más sencillo suele ser también lo más acertado.

Diríamos que los dos primeros criterios de selección (el retrato-robot y las circunstancias) son naturales, casi automáticos. No hay que esforzarse excesivamente: te vienen dados.

El tercero es más importante y hay que trabajárselo más. Se trata de las afinidades con la persona que acabas de conocer.

El sexo marca la desigualdad; la cultura y la educación, la afinidad. Eliges la diferencia (varón frente a mujer y viceversa), pero, para que esa relación sea posible, buscas puntos en común.

Salir a buscar novia/o es como ir a cazar marcianos: seres de otro planeta, es decir, de otro sexo. Lo cual es todo un reto. No te haces novio de tu mejor amigo, ni te casas con tu mejor amigo..., sino con alguien que no sólo es biológica y anatómicamente diferente de ti, sino, sobre todo, que está en otra onda en cuanto a psicología y sensibilidad. Lo masculino está en las antípodas de lo femenino, y al contrario.

Quien se casa, se casa con lo diferente. Lo cual, por cierto, es maravilloso. Lo decía Spencer Tracy en la escena final de *La costilla de Adán*: «*Vive la différence!*... ¡Viva la diferencia!», antes de echar la cortina de la cama que compartía con Katharine Hepburn.

Equivale a sumergirse en un océano desconocido, lleno de sorpresas. Exploradores y conquistadores volvían con los cofres repletos de oro después de surcar mares y descubrir tierras lejanas. Hombre y mujer vuelven de su relación mutua con otra clase de riqueza, mucho más profunda.

Sin diferencia, sin desigualdad, no hay relación, no hay matrimonio. Ésa es la gracia de la aventura que el varón emprende junto a la mujer.

Pero para construir algo en común también es precisa la afinidad. El Diccionario de la Academia la define como proximidad o analogía. Y también como atracción o adecuación de caracteres, opiniones o gustos. Sin un mínimo de proximidad, o de adecuación de formas de ser, es complicado que esa relación prospere. Entre dos personas con formación, ideales o sensibilidades contrapuestas no es fácil que surja nada bueno.

Por qué fracasó Charles Bovary

Lo refleja dramáticamente *Madame Bovary*, la gran novela de Gustave Flaubert, cuando describe a Charles, el prometido de Emma, la protagonista: «su conversación era plana como la acera de una calle». Un contraste demasiado fuerte para el temperamento

romántico de Emma Bovary, que se pasa la vida volando con la imaginación. Desde el primer momento, el lector se da perfecta cuenta de que esa unión va a terminar mal. Así es: casarse e ir al desastre es todo uno.

¿Por qué se va al garete el matrimonio Bovary? Por una elección equivocada. Él es un soso, un cenizo, bondadoso pero cenizo, y ella una frívola que no tiene los pies sobre la tierra, y que no baja de su mundo novelesco. Él es aburrido pero sensato; ella, una inmadura. Falla la afinidad.

Charles Bovary ha picado en el anzuelo del enamoramiento y se ha obnubilado, el bote de humo del EIT (Estado de Imbecilidad Transitoria) le ha impedido ver otra cosa que los encantos físicos de la chica... «El mundo terminaba para él donde acababa el borde de seda de su falda.» El joven está ciego para darse cuenta de que Emma tiene un planteamiento de vida completamente diferente del suyo. Es un ejemplo gráfico de elección hecha con el corazón y sin cabeza.

Pero no siempre tiene que haber semejanza de caracteres. La afinidad, la cercanía en el caso de la pareja, se refiere también a convicciones, a ideales...

Es más, una diferencia muy marcada de caracteres puede constituir una buena base para la relación. Imaginemos una chica melancólica y un hombre animoso: puede ser el cóctel perfecto. Desde luego, lo que no aconsejaríamos *a priori* a esa chica es que buscase a un joven melancólico.

En este sentido, los caracteres pueden complementarse.

Aquí no hay reglas fijas, pero, para entendernos, afinidad implica una filosofía de la vida común..., y es muy difícil coincidir en esos terrenos, que podríamos llamar de planteamiento general de la existencia, si la educación, la visión del mundo y los conceptos religiosos son diferentes. Ejemplo: un marxista y una capitalista; un musulmán y una católica; o —más de andar por casa— alguien educado en la cultura del ahorro y el esfuerzo, y su pareja, criada en un clima de despilfarro y alergia al trabajo, por ejemplo.

Tan importante como la afinidad en ideas es la afinidad en las cualidades. Sinceridad, lealtad, laboriosidad, optimismo, generosidad... Una persona sincera con otra que tiende a la doblez no van a ninguna parte... La suma de una generosa y un mezcquino no augura nada positivo..., y así sucesivamente con las demás virtudes o valores.

¿Es completamente imposible que el amor madure cuando no hay afinidad? Completamente imposible quizá no; pero es algo muy excepcional. Francamente, elegir novio/a sin bases razonables para la sintonía sería un tanto suicida.

Prohibida la entrada a los abrillantadores de ombligo

Y sobre todo es suicida cuando lo que falla es la actitud. Si el otro tiene una actitud abierta y generosa..., ¡hay madera! Hay terreno firme para construir una relación sólida y creativa. Pero si el otro es un roscó, cerrado sobre sí mismo, comido por el egoísmo..., no tenemos nada que hacer.

Pueden casarse un alegre con una triste; una culta con un tipo poco ilustrado; hasta uno de izquierdas con una de derechas (ahí están Romeo y Julieta, que eran de partidos rivales). Lo que no tiene futuro, se mire por donde se mire, es la combinación entrega más egoísmo. No por el entregado, que en su abnegación puede llegar a aguantar carros y carretas, sino por el egoísta.

Tolstói lo describe magistralmente en *Anna Karénina*. El egoísmo de Karenin arruina su matrimonio con Ana (noble y leal, que termina cansándose de tirar del carro y se deja llevar por el tobogán de la pasión con el teniente Vronski). En tanto que la relación de otra pareja, el aristócrata campesino Constantino Levin y su novia Kitty, se basa en la generosidad y la entrega sin condiciones.

Uno puede tener más o menos formación, estas o aquellas cualidades..., y en función de esas características personales estará más o menos preparado para la vida conyugal. Pero lo que le imposibilita totalmente para el matrimonio es permanecer instalado en la primera persona del singular. ¿Por qué? Porque el matrimonio implica darse. Y eso sólo se consigue conjugando la segunda persona, el Tú.

Sí, ya sé, todos somos egoístas, en mayor o menor grado. Y lo somos desde la cuna, incluso con obstinación. Los autores de este libro sometemos a nuestros niños a una prueba capciosa: «¿Cuál es la persona a la que más quieres en este mundo?» Los que todavía no han superado el test responden sin dudarlo «A papá» o «A mamá». Pero luego ponen los ojos como platos cuando les sacamos abruptamente de su error y les explicamos que no, que a la persona que más quieren es... ¡a ellos mismos!

Precisamente, la educación consiste no tanto en desasnar —según se decía en tiempos de la regleta en los nudillos—, como en sacar a los niños de sí mismos. Es decir, en convertir a esmerados abrillantadores de ombligo en personas preocupadas por los demás, generosos y serviciales.

En este sentido, y aunque a veces se hayan vaciado de significado, la buena educación y las normas de cortesía constituyen una variante del amor, en cuanto que implican consideración hacia los demás y olvido de sí.

El problema es que algunos llegan a la edad adulta sin haber superado el autismo típico de la infancia. Y con ellos no se puede hacer carrera. No es fácil domar el Ego, una fiera de apetito insaciable que tiende a engordar y a reclamar espacio vital, como explican Freud y Woody Allen. Hay quienes mantienen valientemente el pulso entre el Yo y el Tú; otros tiran la toalla; y algunos ni siquiera se lo plantean.

Estos últimos, los abrillantadores de ombligo, son los que no tienen ningún futuro para el matrimonio..., a menos que cambien radicalmente de actitud.

«Pero el amor lo cura todo», te objeta el novio bienintencionado e idealista. Cierto. Con tiempo y paciencia, mucha paciencia, la relación conyugal puede ser la más eficaz escuela de virtudes. Pero para que tal programa surta efecto requiere un pequeño detalle: quererlo. Es decir, tener buena disposición. Si no, el egoísta termina agostando la relación y convirtiendo el matrimonio en un nido de corrupción.

Y, por el contrario, si existe disposición a la entrega, deseos de querer, el éxito está asegurado. Volvemos, por este camino, a una receta infalible: Amor se escribe con Q de Querer. No con A de Arrumaco; o con S de Suerte...

Y a la hora, crucial, de escoger pareja y de comprobar si el chico o la chica elegida es la que me corresponde, es imprescindible calibrar ese aspecto. ¿Tiene capacidad de entrega, deseos de querer? Pregunta que debemos hacérsela, también, a nosotros mismos.

Porque la suma de dos voluntades es indestructible.

¿Qué es lo que dice la fórmula del matrimonio?

- «Sí, es tan majo»;
- o «Sí, ¡es tan hacendoso!»;
- o «Sí, funciona bien en la cama» ;
- o «Sí, está forrada»...

Lo que dice es algo muy diferente a ese escaparate de posibilidades. Dice «Sí, quiero». El matrimonio (y por tanto la elección de pareja) no es un asunto de gusto, de simpatía mutua, de protección, de sexo, de dinero. Sino de voluntad.

Es decirle al otro: te quiero a ti, por compañero de mi vida, y por lo tanto te acepto, te tomo —con tu presente, tu pasado y tu futuro— y me entrego a ti.

Eso explica que puedan funcionar perfectamente los matrimonios de conveniencia o los matrimonios arreglados, que concertaban los padres en la antigüedad. Si los esposos aceptan el arreglo que han podido hacer terceras personas y quieren quererse, esa unión no sólo es válida, sino fructífera y feliz.

La clave no son las hormonas, sino la voluntad

En un principio puede no haber estrictamente atracción física, ni EIT, ni flechazo, ni un encanto especial. Es más, el comienzo puede ser perfectamente prosaico..., pero la elección es adecuada si los novios se aceptan sinceramente y llegan a quererse.

Es lo que les ocurre a los protagonistas de *Matrimonio de conveniencia* (Andie McDowell y Gerard Depardieu), que no es una historia de la Edad Media, ni un dramón rural de la Vieja Castilla, como su título podría sugerir, sino un asunto de nuestros días. Él, emigrante francés en EE.UU., se casa con ella, estadounidense, no porque le haga tilín, sino porque necesita una coartada administrativa para quedarse en el país. Pero lo tienen todo para quererse: buena disposición y deseos de amar. Y llegan a quererse sinceramente.

Otro ejemplo. Don Eloy, un viudo recién jubilado de una ciudad de provincias, termina enamorándose de la Desi, la chica de la limpieza, que apenas sabe leer. Lo cuenta Miguel Delibes en una de sus mejores novelas, *La hoja roja*. Don Eloy y la Desi no tienen muchos puntos en común, ni hay atracción física entre ellos. Lo que hay es cariño y ganas de quererse. Se sienten solos, buscan compañía y deciden unir sus vidas.

Tan matrimonio es el de dos personas mayores que se conocen y se casan en un asilo como el de dos fogosos veinteañeros. La clave no son las hormonas, sino la voluntad. Por eso, la fórmula del noviazgo no debe ser: «Qué buena estás», sino «Cuánto te quiero». La primera no deja de ser un desahogo animal que no compromete; la segunda sí compromete e implica deseos de sacrificarse por el otro. (Lo explica José María Contreras en un libro clarificador sobre la relación de pareja: *Pequeños secretos de la vida en común*.)

Todos estamos de acuerdo en que el verdadero amor debe ser libre, y es la voluntad de querer amar la que hace más libre mi amor. Libertad no es escoger a la que está más buena, ni tampoco tener carta blanca para el capricho. Sino elegir a la más o al más adecuado, para quererla y hacerla feliz.

Buena, guapa y con dinero

Si habéis llegado hasta aquí, sabréis lo suficiente para decir cuáles son las condiciones que debe reunir una buena novia, esa chica maravillosa que está esperando para ser escogida. Os doy algunas pistas. Que sea:

- guapa,
- buena,
- y rica.

Era un chiste. Pero, bromas aparte, la vieja fórmula sigue teniendo validez en dos de sus términos: guapa/o y buena/o.

Veamos:

Guapa: La belleza, el atractivo, sigue siendo un valor que hay que tener muy en cuenta. No hay que olvidar que nos casamos con el cuerpo. No somos ángeles. Naturalmente, no nos referimos sólo al atractivo sexual, sino al conjunto de cualidades materiales y espirituales que adornan a esa persona. En este sentido, hablamos de una belleza más amplia que la estrictamente corporal. Nos casamos con una persona, no con unos ojos negros —que diría Nat King Cole en su bolero—; y, además, con el pasado y el futuro de esa persona, no sólo con el presente. Esto significa que no podemos quedarnos sólo con la moza garrida y lozana de los veinticinco años, sino también con la anciana de setenta y cinco, operada de la cadera y que toma una gragea amarilla en el desayuno, otra naranja en la comida y otra verde en la cena.

La belleza física (y tal vez psíquica) pasará, pero quedará la persona a la que hemos prometido querer todos los días de nuestra existencia. Y cuando la tomamos por esposa/esposo, tomamos toda la película de su vida y no un fotograma suelto de la juventud.

Buena: Hemos dicho buena, no tonta. Al decir buena no estamos hablando de rubor en las mejillas y candidez, sino todo lo contrario: de músculos fibrosos y tensión. La tensión entre el Yo y el Tú, la capacidad de sufrir por el otro.

La bondad no es un estado pasivo, sino un ejercicio dinámico y contagioso para salir del caparazón. Y tiene una gran ventaja sobre la doblez y el disimulo: se detecta rápidamente. Por eso, es un buen criterio de selección a la hora de escoger pareja.

Pero ¿cómo reconocerla? ¿Cómo calibrar la bondad?

Cuando los autores éramos novios, nos dieron una receta que resultó ser infalible: ver cómo el futuro esposo o esposa trata a sus padres y a sus hermanos.

¿Por qué? Porque no es necesario esperar a la boda para manifestar la capacidad de sacrificio. De hecho, el que se entrega en el matrimonio, ya se ha entregado antes. ¿Dónde? En el único lugar del mundo donde es posible dar sin esperar nada a cambio: la familia.

Rica: ¿Quieres saber si el chico o la chica se entregará a ti sin reservas y te querrá por lo que eres, y tal como eres, y no por lo que tienes? Observa si hace lo mismo con sus padres, sus hermanos, abuelos, etcétera. Incluso se puede hacer extensivo a sus amigos y compañeros de trabajo. ¿Es desinteresado/a con ellos? ¿Es sincero y leal? ¿Es delicado, detallista? En una palabra, ¿quiere, de verdad, a los suyos?

La fórmula nunca falla. Lo hemos comprobado en amigos. Los roscos, los que iban a lo suyo, los despegados con padres y hermanos, eran igualmente autistas con el cónyuge. Los desinteresados y cariñosos eran excelentes esposos y esposas.

No se trata del besuqueo y la declaración merengue. ¡Que no cunda el pánico entre los que no les gusta el dulce! Puede haber hombres y mujeres poco efusivos, incluso ásperos, pero absolutamente entrañables en el fondo. Lo que importa son los hechos, más que las palabras bonitas.

Bernard Shaw le tira los tejos a Marilyn Monroe

Concluyo el asunto capital de la elección de pareja.

Aún estás a tiempo de evitar el error mayúsculo de muchos. Porque la inmensa mayoría de quienes han fracasado en su matrimonio se dejaron en el tintero un par de preguntas esenciales. Una, antes de escoger novia/o: ¿Cómo reconoceré a mi pareja? Otra, nada más empezar a salir con ella/él: ¿Cómo sabré que es la elección acertada? ¿Me querrá sinceramente tal como soy?

Eligieron a la persona equivocada y ya no hay vuelta atrás. Se empeñaron en hacer la cuadratura del círculo. Imitaron a Bernard Shaw, el feo y barbudo escritor, cuando aseguraba que con su belleza y la inteligencia de Marilyn Monroe tendrían juntos un hijo perfecto. Pero con una diferencia, el dramaturgo lo decía en broma.

III. LA VERDADERA LISTA DE BODAS

El noviazgo guay

Cuando dicen en el telediario «efectos colaterales», todos sabemos que están hablando de una «carnicería»; «ingeniería financiera» significa «trampa contable»; «interrupción voluntaria del embarazo» equivale a «aborto» y «terrorismo de baja intensidad» es «jauría de encapuchados volcando coches y quemando autobuses». El lenguaje es un camaleón capaz de camuflar la realidad de las cosas.

La perversión del lenguaje, propia de una época en la que el pan ya no es pan y el vino mejor no preguntes, ha llegado a extremos caricaturescos. Un caso típico es el de la palabra «novi@». Entendemos por *novios* a un joven y a una joven que se han ido a vivir juntos y comparten piso, sin ataduras..., pero también sin metas ni proyecto. Según el Diccionario, estamos ante un concubinato. Y según Woody Allen, ante «un intercambio de fluidos». Es decir, nada que ver con el noviazgo...

No hay novios si no hay matrimonio; no hay opositores a notario si no hay notarios

Los novios son los que se preparan para el matrimonio. Lo expresa con acierto el título original de la novela *Los novios*, de Alessandro Manzoni: *I promessi sposi*, es decir, los esposos prometidos. Con eso está todo dicho. No puede haber novios si no hay un proyecto de vida conyugal, del mismo modo que no hay opositores a notarios si no hay notarios. ¿Te imaginas a una persona que se dedicara toda su vida a ser opositor y nunca se examinara? Es decir, que se instalara en el camino sin llegar a la meta. Sería un viaje a ninguna parte.

Les ocurre a muchos que viven como si fueran matrimonio sin serlo. Su experimento carece de referencias, de cauces, de fines. Es un ir tirando amorfo (que significa sin forma). Aducen que quieren ser libres, y por eso han cortado las ataduras y superado los convencionalismos. Pero es imposible construir una existencia en común sin compromiso. De suerte que sólo tienen dos salidas: el tedio o la ruptura. Tarde o temprano terminarán presentándose como dos visitas inoportunas.

Le ocurría a Paul Newman en un películón, interesante pero agrio, titulado *El buscavidas*. Era un as del billar, individualista y autosuficiente, que se cruza con otra loba solitaria, y se van a vivir juntos. No hay una declaración formal, no hay

compromiso, no hay nada..., sólo los hechos consumados (comparten cama y piso). E inevitablemente llega el hastío. «Hemos firmado un contrato de mutua tristeza» y «¿El amor? Si lo viéramos pasar por la calle, no lo reconoceríamos», llegan a decir.

No existe el estado civil de «novios», del mismo modo que no existe la profesión de «opositor». Lo que existe es el estado civil de «casado» (o de «soltero»), y la profesión de juez o registrador de la propiedad.

El noviazgo es solamente la preparación, la antesala del casamiento. No cabe, por tanto, instalarse de por vida en el noviazgo. El noviazgo no se entiende sin el matrimonio.

¿Gran concentración deportiva previa al partido o cachondeo?

Pero desde hace treinta o cuarenta años, desde la revolución sexual del 68 y la generalización de las relaciones prematrimoniales, en Occidente se ha menospreciado y ridiculizado el noviazgo. Ha sufrido un acoso devastador y ha perdido su significado. Lo que se consideraba una dura fase ascética, una especie de concentración deportiva previa al gran partido, se ha convertido en un cachondeo: un anticipo de la noche nupcial, con lo cual te cargas todo el tinglado.

Y luego, ya convertidos en marido y mujer, dicen que no tuvieron suerte, que de «soltero/a» era distinto... Pero tuvieron su oportunidad y la desaprovecharon. ¿Qué harían si pudieran detener el tiempo y rebobinar? Probablemente tratarían de subsanar el error dedicándose a conocer a fondo al futuro cónyuge. Tomándose todo el tiempo necesario. Sin estar tan pendientes del piso y los muebles...

Porque una vez agrietado el matrimonio, ¿de qué sirven los bienes materiales? La lista de bodas es un maravilloso depósito de ilusión para los novios, pero la verdadera lista no es la relación de regalos..., sino la preparación responsable de las dos personas que van a casarse.

Si pudieran rebobinar, se concentrarían en la tarea de hablar. Hablar, charlar, discutir, hasta saberlo todo sobre él/ella, sobre su yo más íntimo, sus gustos, sus proyectos, sus manías. De suerte que luego, cuando ya fueran marido y mujer, no cupieran sorpresas... Pues bien, para eso está el noviazgo. Quienes no han escogido pareja o no han pasado por la vicaría aún están a tiempo.

Es llamativo lo concienzudamente que nos preparamos para la vida laboral y la alegre despreocupación con la que vamos al matrimonio. Estudiamos una carrera, hacemos másteres, prácticas en el extranjero, damos clases de inglés mientras engullimos un grasiento *big mac* con pepinillo a la hora del almuerzo, ponemos a prueba nuestro equilibrio psíquico en la preparación de unas durísimas oposiciones... Todo eso para asegurarnos nuestro futuro laboral.

¿Y el matrimonio? Sin manos, con la guerra de guerrillas del ligue: nos conocemos, nos atraemos, salimos juntos, probamos... Nos dedicamos al patinaje artístico: consistente en deslizarse por la superficie, haciendo toda clase de virguerías, pero sin

profundizar. Todo epidérmico.

La preparación para el matrimonio no pasa, normalmente, de unos brevísimos cursillos realizados en la parroquia, de trámite, como quien deja la huella entintada en la comisaría para hacerse el pasaporte. Y a veces, ni eso.

Un arquitecto llega a la profesión conociendo a fondo la resistencia de materiales. Y un abogado se ha estudiado el Código Penal o Civil, y no de cualquier manera, sino al pie de la letra, con un plan sistemático. Y un médico se sabe la anatomía o la fisiología con precisión, no a bulto.

¿Por qué, entonces, el aspirante a casarse no estudia la estructura y las leyes del amor y del matrimonio? El amor es algo muy serio, aunque la palabra está sepultada por toneladas de frivolidad. Algo que tiene una naturaleza muy concreta y unas reglas muy precisas, que es necesario respetar para no desvirtuar su significado.

Nadie te obliga a casarte

Subrayemos algo de puro sentido común pero que algunos olvidan: nadie nos obliga a casarnos. Tengo todo el derecho del mundo a sopesar una decisión que va a comprometer toda mi vida. Durante el noviazgo aún no estoy unido. Soy libre de dejarlo si algo no me convence. Nada me ata, y nada debe condicionarme. Es más: es bueno que no me sienta obligado.

Pero para calibrar todo eso es preciso invertir tiempo en tres cosas:

- conocer al otro,
- conocerme a mí mismo,
- conocer la naturaleza del amor y del matrimonio.

Los dos peligros más comunes que acechan al candidato poco avisado son:

- considerar el noviazgo un pasatiempo,
- considerarlo un matrimonio-piloto.

Los primeros son unos españoles natos: quiero decir, unos improvisadores.

Los segundos se van al extremo contrario: pretenden tenerlo todo previsto y quieren tomar medidas a su matrimonio, como se mide la sala de estar para comprobar si cabe el tresillo. El matrimonio no se prueba: o se estrena o no se estrena. Es como el viejo chiste: no cabe estar medio embarazada. O te unes o no te unes. Y si lo haces, no tiene vuelta atrás. Los dos, el pasatiempo y el matrimonio-piloto, son visiones equivocadas del noviazgo. Y más frecuentes de lo que parece. Veamos por qué.

Considerar esa relación como un pasatiempo implica instrumentalizar a las personas. Estás convirtiendo a tu chico o a tu chica en un objeto (de diversión, de compañía, decorativo. Le estás engañando y te estás engañando, aunque sea inconscientemente. Estás diciendo en el fondo: «Te tengo, mientras no me canse», «te uso, y cuando me canse, te dejaré»..., incluso, «te quiero, pero sólo condicional».

Es muy posible que el otro conciba ilusiones (aunque quizá no lo manifieste) y se las estás chafando. Estás jugando con esa persona, como un gato con un ovillo de lana. Y, por lo tanto, te estás burlando de ella. Porque la dejarás. O el otro te dejará... El destino inexorable de todo pasatiempo es la papelera.

Y una persona no es un crucigrama. Mato el rato, me distraigo, y una vez rellene todas las casillas, tiro el periódico. A nadie se le ocurre coleccionar crucigramas resueltos...

El problema del noviazgo-pasatiempo es que no tiene una meta. Y sin objetivos, la relación carece de contenido. Y muere.

Si el fin del noviazgo es el matrimonio, todo noviazgo debe tener un programa que la pareja debe planificar con la misma seriedad con la que se elabora el plan estratégico de una empresa. Cumplido el programa, agotados los plazos, concluida la razón de ser del noviazgo, debe sonar ya, sin dilación, la marcha de Mendelssohn.

Por ese motivo, tan equivocado es el noviazgo precipitado y ultrarrápido como el interminable.

Cuánto debe durar el noviazgo

La cuestión preocupa a muchas parejas. Los novios me preguntan cuál es la duración más adecuada de su relación. Quieren saber si es mejor cinco meses, un año o cuatro años.

Depende mucho de factores como la edad o las circunstancias de cada pareja. Por eso no me atrevo a hablar de plazos fijos, pero hay una regla de oro: su duración no depende del calendario, sino del programa.

En una relación-relámpago apenas hay margen para conocerse. Es lo que ocurría con los combatientes que en la segunda guerra mundial o en la contienda española de 1936 se enamoraban y se casaban en una semana, antes de volver al frente.

Pero no parece que esas urgencias sean las más comunes en la actualidad. Lo que ahora se lleva es el noviazgo Triple L: Largo, Lento, Lánguido. Los novios piensan que, por estar más tiempo, la compenetración va a ser mayor. Pero el mero transcurrir de las horas no significa nada, si ese tiempo no se aprovecha para llenar de contenido la relación.

La prueba es que muchos Triple L se separan al poco tiempo de casarse. Y eso que eran parejas dispuestas a hacer las cosas bien, pero se durmieron en el noviazgo. Carente de tensión, la relación se mantenía con respiración asistida, por rutina, por hacerse compañía, porque no conocían otra cosa. Algunas llegaron a cortar. Y luego volvían. Era un ir y venir, un marear la perdiz. No es extraño que, al poco de matrimoniar, se tiraran los trastos a la cabeza.

Resumen: lo de menos es el tiempo, lo importante es la exigencia. O dicho de otra forma: el tiempo estará condicionado por el nivel de exigencia.

En cuanto al matrimonio-piloto, no nos engañemos. Es una excusa para retozar. Somos mayorcitos. Me parece bárbaro que te mueras de ganas de llevarte al huerto a la moza o al mozo. Pero no lo llares «matrimonio-piloto». Suena más falso que Judas.

No tiene sentido llamarlo «matrimonio-piloto» o «matrimonio de prueba» por la sencilla razón de que al amor no se le pueden poner condiciones. Si le pones condiciones, ya no es amor. «Vamos a ver si esto funciona», como si estuvieras haciéndole el rodaje a un coche nuevo. Preparación, toda la que quieras..., probatinas, no, porque entonces estás poniendo condiciones.

Y no cabe probar la cama antes de casarse «para ver si la fruta está madura».

¿Por qué?, me preguntó una vez un novio.

Porque el sexo forma parte del paquete. No puedes desenvolver la caja y comerte el bombón antes de recibir el regalo.

Y el bombón va unido a la entrega matrimonial. Pensar lo contrario equivale a desconocer las leyes del amor.

La relación sexual desgajada de la entrega es una mentira. Sólo cobra sentido en el ámbito del amor: es decir, en la entrega del cuerpo y el alma de un hombre y una mujer.

Los que estéis casados sabréis de lo que hablo. Ejemplo: el marido ha estado absorto en sus ocupaciones, o (pongámoslo aún más mezquino) enfrascado en sus *hobbies*, mientras la esposa sacaba abnegadamente la casa y los niños adelante. Pero llega la hora de dormir y se obra el prodigio: enfundarse el pijama y volverse cariñoso es todo uno. ¿Qué pensará la mujer? El elemento que estaba borde todo el santo día se vuelve zalamero en la alcoba. ¿No se sentirá utilizada? ¿Se puede expresar el amor en la cama si no se expresa en todos los órdenes de la vida en común? ¿No suena inevitablemente a mentira el sexo fuera de la entrega incondicional?

Por eso, las relaciones sexuales son consecuencia del amor y no al revés. El orden de los factores sí altera el producto.

Groucho Marx y la cursilería de las «relaciones prematrimoniales»

El concepto mismo de «relaciones prematrimoniales» se cae por su propio peso. O te lanzas a la piscina o no te lanzas..., pero no es posible aprender a nadar en seco. No cabe anticipar el aspecto esencial del matrimonio (el acto sexual sin el cual no se consuma la unión) y probar la cama antes de contraer nupcias. Equivale a pretender un matrimonio antes del matrimonio, lo cual es tan surrealista como un trabalenguas de Groucho Marx.

No existe el prematrimonio. Lo que sí existe es el tirón del instinto.

La prueba es que la idea misma de «relaciones prematrimoniales» ha pasado de moda. Los novios progres de los años setenta decían, todo serios, que se las planteaban para vivir con más responsabilidad el matrimonio. ¡Ya! Al poco tiempo pasaban

directamente a acostarse, y se dejaban de cursilerías de cineclubs de colegio de curas. Ten narices y atrévete a decir que tu novi@ está para comértel@, pero no hables de «relación prematrimonial».

El sexo atrae, porque es un instinto. Y mucho: como el hierro al imán. Y ésa es la base natural de la unión del hombre y la mujer. Precisamente por esa atracción, natural e irresistible, casar los cuerpos es más sencillo que casar las almas. Puede llevar tiempo. No se tiene la misma sintonía la noche de bodas que después de unos años. Pero al fin y al cabo, no deja de ser una cuestión de física: como la ley de la gravedad, que se cumple de forma automática.

Las relaciones sexuales no plantean mayor problema. Tú pones juntos a un tipo y a una tipa, jóvenes, sanos y bien constituidos, y verás actuar al imán y al hierro. No es preciso que hagas la experiencia: la humanidad la lleva haciendo desde Adán y Eva, con excelentes resultados.

Menos inexorable es casar almas. Lleva tiempo, esfuerzo y paciencia. Ése es el aspecto más laborioso de la relación hombre-mujer.

Por eso, es preciso dedicarle el noviazgo. Sólo después, cuando las almas se hayan puesto en sintonía, cuando nos conozcamos bien y nos entreguemos por entero el uno al otro, pondremos en sintonía los cuerpos. Resultará más sencillo y, sobre todo, no será un divertimento sacado de quicio.

Todo sobre mi chica

Ése es el sentido del noviazgo. Y la verdadera lista de bodas, el catálogo de temas que el chico y la chica abordan para poner sus almas en la misma longitud de onda.

El noviazgo no está, básicamente, para decidir en qué discoteca pasar las noches de los sábados o cuántos invitados vendrán a la boda. Sino para abrir nuestro yo más íntimo y mostrárselo al otro. Para saberlo todo sobre la persona con la que voy a compartir el resto de mi existencia. Eso se llama comunicación. Sin ella, no tiene el menor sentido desfilarse ante el altar.

Un amigo nuestro, que se dedica a asesorar a matrimonios, asegura que «las crisis de cama son crisis de sofá». Muchos problemas surgen porque los esposos no hablan. En tanto que dedicar horas al sofá tiene sorprendentes efectos positivos: allana el terreno y remueve obstáculos.

La vía más directa para comunicarse es la palabra. El hombre y la mujer la utilizan para manifestarse el amor; y también para embellecer y humanizar la tosquedad del instinto («¡adórnalo con versos!», le aconseja Cyrano de Bergerac al joven Christian cuando éste corteja un tanto bruscamente a la hermosa Roxana).

Pero la palabra sirve para algo aún más profundo: para abrir nuestra intimidad y mostrar al otro nuestro interior, nuestra historia y nuestros proyectos.

Es la mejor forma de conocer al otro e incluso de conocerse uno mismo. Lo hemos experimentado alguna vez: creemos saberlo todo sobre nosotros mismos, hasta que lo contrastamos con otra persona (el novio, el padre, un amigo) y descubrimos que estábamos equivocados. En ocasiones, no sabemos lo que nos pasa hasta que no sacamos nuestro yo hacia fuera, mediante la palabra. La conversación se convierte en un espejo que nos devuelve nuestro verdadero rostro.

El noviazgo nos brinda una oportunidad preciosa para enriquecernos mutuamente mediante la comunicación. Siempre que el eje sea la palabra y no el arrumaco. No estoy diciendo que no seamos cariñosos: pero el mimín se agosta rápido si no va sostenido por el conocimiento profundo.

¿Y cuánto hablamos y de qué hablamos?

Cuando los novios nos hacen esta pregunta, respondemos: el secreto del éxito es hablar mucho, hablar de todo y, lo más importante, hablar de vosotros mismos.

¿De qué? De lo más trivial y de lo más profundo. Es bueno que conozcáis las opiniones del otro sobre todo lo divino y lo humano. No vaya a ser que, ya de casados, os enteréis de que es vegetariano, antisemita y... padre de tres hijos.

Es broma. Quédate con una idea: las sorpresas, en el noviazgo, no después del «Sí quiero».

Dos tentaciones típicas: no pasar de lo epidérmico, sin profundizar nunca, y dedicarse a despellejar a los demás. Insisto, es crucial que habléis de vosotros dos: forma de ser, aficiones, defectos, temores, ilusiones, etcétera.

¿Recuerdas lo de las afinidades? Si queremos sentar las bases de la futura unión, es imprescindible que pongamos en común lo que pensamos de la existencia, nuestros conceptos de la familia, el dinero, la muerte, Dios, si estamos abiertos a la vida, los hijos, la educación, etcétera. Cada uno de los novios debe ser una enciclopedia viviente que recoja todo sobre el otro. Y cuando digo todo, es todo. Pero en las primeras páginas deben figurar esos asuntos importantes a los que me acabo de referir.

Si la conversación en profundidad es el plato fuerte del noviazgo (mucho más que la caricia o el intercambio de ripios), el principal ingrediente del guiso debe ser la sinceridad.

Sinceridad significa no engañar al otro, pero, sobre todo, no engañarse a uno mismo. En eso consiste justamente la honradez. Una tarea nada plácida, que lleva toda la vida y que requiere sudor y esfuerzo. No engañarse a uno mismo. Una asignatura que debe cursar todo ser humano si quiere ser persona, pero que es absolutamente imprescindible en una relación de pareja.

Debemos tener muy claro lo que queremos cuando iniciamos una relación.

Sinceridad implica:

- Mostrarnos tal como somos.
- Desnudar nuestra alma.
- No excusarnos.
- Aceptarnos.

En una palabra: no hay que tener miedo de aparecer sin disfraz, tal como uno es. Lo noble es abrir el corazón y enseñar todas las cartas a la pareja, sin guardarnos ninguna en la manga.

¿Y si el otro no me acepta o no le gusto? Si actúas con nobleza y sinceridad, te aceptará. Le habrás proporcionado tal grado de confianza que lo agradecerá y te pagará con la misma moneda, abriéndose a su vez. Siempre que realmente ella/él sea también noble y sincero. Y si no..., puente de plata.

No olvides que el noviazgo es una prueba y que eres libre de cortar en cualquier momento. De modo que si no te acepta o no te merece confianza, no debes tomártelo como una tragedia. Lo trágico sería tirarte a la piscina.

¿Es malo discutir?

¿Y discutir? ¿Son malas las broncas en el noviazgo? Las discusiones no sólo no son malas, sino que son necesarias. ¿Por qué? Porque son una forma de templarnos el uno al otro; de matizarnos; de rozarnos; también de conocernos, al poner en juego el carácter del otro, al medir nuestras reacciones, nuestra capacidad de dominio, etcétera.

No importa que se discuta sobre nimiedades. Los detalles pequeños sirven para que afloren aspectos de fondo, y es muy bueno tener la oportunidad de abordarlos. Ejemplo: un tema de dinero no es sólo de dinero: sirve para calibrar si el otro es desprendido o mezquino.

No hay que tener miedo de ser un pelín puntilloso y no dejar pasar ni una. Dejar dormir las cosas puede sembrar de minas el campo del matrimonio. No te engañes: el tiempo no cura nada.

Y el noviazgo ha sido inventado, entre otras cosas, para resolver conflictos. De casados, os los encontraréis a docenas. Así que la mejor forma de entrenarse es resolverlos durante el noviazgo.

La conversación, con delicadeza y buena voluntad, puede pinchar muchos problemas como si fueran pompas de jabón. Eso sí. En este juego de la discusión queda descalificado el que pierde el respeto al otro. Tu chic@ no es un rival político, ni un hinchado del equipo contrario. Es la persona a la que más quieres. Por tanto, respeto, mimo, tacto. Es la regla número uno que debe presidir las discusiones en el noviazgo... y en el matrimonio.

Pero sentado este principio, discutamos cuanto sea necesario. De todas formas, el número y la frecuencia de las broncas nos servirá para tomar la temperatura a nuestra relación. Tan mosqueante sería una pareja que no discutiera jamás (señal de que tal vez tienen poco en común) como una que está a pelea diaria...

En todo caso, aquí se aplica lo de las sorpresas: las discusiones, antes del «Sí, quiero». Luego, ya no tiene remedio.

El consejo de Martín de Riquer

Conclusión: Hablar, hablar, hablar, hablar... Es la prueba del nueve del noviazgo vivido con seriedad y exigencia. Es lo que no debe faltar en una relación. El cariño y la ternura vendrán solos. Pero dedicar tiempo al sofá hay que proponérselo.

Eso es lo que procuramos hacer el autor y la autora de este libro, siguiendo el consejo que el filólogo Martín de Riquer daba a los novios: «Si no tenéis materia de conversación para los próximos cincuenta años, más vale que lo dejéis.»

IV. PERO ESTA NOCHE MORIRÍA POR VOS

Capítulo alternativo para novios fogosos, novias románticas y gente a la que le va la marcha

*Será tu voz, será el licor
Serán las luces de esta habitación [...]
Será el champán, será el color de tus ojos verdes
De ciencia-ficción
La última cena para las dos
Pero esta noche moriría por vos*

Le he dado a leer «La verdadera lista de bodas» a mi sobrino José Gabriel, veintiún años y con novia, y le suena a música celestial. No es que sea un salido, pero le gustan las mujeres más que a un tonto una tiza, y lo encuentra todo «mazo» elevado. La propuesta sobre el noviazgo le parece algo idealista.

¿No es para estar deprimido? Someto el capítulo del noviazgo al veredicto de un novio y le resulta inalcanzable. Lo mejor será que deje reposar lo escrito.

(Ya está. Dos días y dos noches después, el autor y la autora hemos madurado las cosas y estamos en condiciones de dar satisfacción a las inquietudes del escéptico sobrino.)

Y ésta es la respuesta:

1. Lo entiendo.
2. Lo comparto.

La dulce tentación del *Carpe diem*

Lo entiendo: No es fácil comunicarse en la era de la comunicación. En serio: hay mucho ruido. No es sencillo el entendimiento entre el hombre y la mujer, y la convivencia resulta ardua. Nunca lo ha sido. Es más divertido dedicar el noviazgo a regalarse el oído con susurros y satisfacer de caricias y achuchones los sentidos, a flor de piel cuando se tienen veinte años.

Lo que le pide a uno el cuerpo es pasarlo pipa con el otro y dejarse de temas desagradables como las afinidades o poner en sintonía las almas.

Los autores lo entendemos perfectamente por culpa de los veinte años, de un perfume Calvin Klein, de una piel morena, del color de tus ojos verdes de ciencia-ficción... Fundido en negro. («Será tu voz, será el licor.»)

Lo comparto: No es fácil resistirse a ese *carpe diem* (el ¡vive el momento! latino) que consiste en convertir el noviazgo en Jauja. Especialmente en una época marcada por un hedonismo agresivo, que demoniza el dominio de sí y ensalza la búsqueda del placer como meta única en la vida.

Cuando el tío es fogoso y la chica romántica, y él quiere rollo y ella afecto (como debe ser), los dos tienden a liarse la manta a la cabeza y a desear que el tiempo se detenga: «No hago planes más allá de esta cena / vamos, mi niño, a perder la cabeza / como si fuera nuestro último día en la Tierra.»

Pero nadie puede ponerle topes a la locomotora inexorable del Tiempo. Y el éxtasis sexual no deja de ser un espejismo, muy apetecible sin duda (qué me vas a contar), pero sobre el que no es posible construir una relación sólida de pareja.

Insisto en que todo esto es muy comprensible porque el disco ya lo cantaba el fogoso Adán a la romántica Eva, o el no menos salido rey David a la hermosa Betsabé, a la sazón señora de Urías. Todos ellos y millones de parejas más han dicho que «esta noche moriría por vos».

El problema es que el tirón de la carne se ha agudizado más durante las últimas décadas, cuando el sexo se ha desvirtuado hasta convertirse en un juego.

Los inventores de la píldora anticonceptiva y los mentores de la revolución sexual de los años sesenta consiguieron disociar dos realidades que estaban estrechamente unidas hasta ese momento: el placer y la procreación.

¿Consecuencias? Superlucrativas para ellos: se hicieron de oro extendiendo por todo Occidente la floreciente industria del sexo, con la inestimable ayuda de la publicidad y la tele. Y nefastas para la civilización: supuso partir por el eje el matrimonio y la familia.

La trivialización del sexo

Te sitúo históricamente.

Hasta mediados del siglo XX, el sexo era intocable, invisible. Tú ibas por la calle y podías comprarte un helado o elegir un coche sin correr el peligro de sufrir por ello una excitación sexual. Nadie te obligaba a acostarte con la vecina, a engañar a tu marido o a aprender técnicas para obtener orgasmos ultrarrápidos. Las cosas estaban en su sitio.

Ahora, el consumismo sexual lo impregna todo, hasta extremos obsesivos, casi cómicos. El sexo ha pasado de ser tabú a ser un pasatiempo trivial.

¿Era un capricho puritano aquel carácter intocable? El tiempo y los estragos han venido a demostrar que no. Preservar el sexo tenía sentido. ¿Por qué?

Porque el sexo es indisociable de un contexto más amplio: la promesa de amor que se hacen un hombre y una mujer, el origen de la vida.

Por eso, históricamente, el asunto ha estado envuelto en misterio y blindado por el espeso muro del pudor. No era una baratija que se pudiera exhibir, sino algo profundamente valioso, que era preciso proteger con delicadeza.

Con la píldora y la revolución sexual de los años sesenta, todo eso salta hecho pedazos. Lo cual supone regresar, por el túnel del tiempo, a la edad de las cavernas, por mucho que nos lo vendan como progreso.

Treinta, cuarenta años después, hay «inflación de sexo», como señala el antropólogo Ricardo Yepes echando mano de términos económicos. Y ya se sabe lo que pasa con el dinero inflacionario: su valor disminuye.

El recinto amurallado de la intimidad conyugal ha sido demolido y el sexo se ha convertido en objeto de consumo barato. «Antes había menos sexo disponible —subraya Yepes—, porque valía más, era un bien escaso.» Ahora ha perdido su misterio y se «practica» como si de *footing* se tratara. Fornicar se ha convertido en un asunto trivial, como tomarse unas cañas.

La trivialización del sexo, paralela a su mercantilización, implica deshumanizar las relaciones, reducir a hombres y mujeres a objetos de placer y a esclavos de los poderosos (dominada su voluntad por la adicción y el consumismo). Un panorama que refleja de forma profética la novela *Un mundo feliz*, de Aldous Huxley, cuya lectura recomiendo para quien quiera entender lo que estamos viviendo.

Conclusión: mientras unos se entretienen con el juguete, otros se forran. Los primeros son manipulados, los segundos dominan el mundo. Millones de jóvenes, convertidos en carne de cañón, alimentan el mecanismo y, acaso sin saberlo, hacen que la rueda siga girando sin detenerse. Así se escribe la Historia.

No lo dicen los obispos, sino Woody Allen

Pero el sexo no es un juego, ni una trivialidad. No es un pasatiempo inocente e inocuo, sino que tiene consecuencias.

En primer lugar, para uno mismo: la promiscuidad va unida al hastío como el zumbido al moscardón; y el egoísmo genera insatisfacción permanente. Ese vacío precisa ser llenado constantemente, de forma que los mercaderes del sexo tienen asegurada la demanda. Todo está calculado.

Y en segundo lugar, tiene consecuencias para los demás: al reducirlos a cosas, objetos de placer.

No existen los actos indiferentes, por más que ahora se quiera desculpabilizar el sexo y convertirlo en mero divertimento. Todos los actos tienen consecuencias, porque la vida de cada persona está concatenada con la de los otros.

Y esto no lo dice la Conferencia Episcopal o la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, sino Woody Allen en la película *Match Point*. El mismísimo autor de *Todo lo que quiso saber sobre el sexo y nunca se atrevió a preguntar*.

En *Match Point*, cuenta la desazón interior de un personaje que ha conseguido salirse con la suya, convirtiendo el adulterio y el crimen en un juego. El filme plantea el problema de la ética, es decir, de la distinción entre el bien y el mal, con la sorprendente

peripezia de un culpable que no es castigado. Aunque no sea descubierto, ni reciba escarmiento por sus fechorías, nadie puede borrar el daño infligido a sí mismo y a los demás. Y eso es lo que la peli de Allen refleja de forma magistral.

El antihéroe de Woody Allen, una criatura muy siglo XXI, muy *carpe diem*, hace del sexo un juego..., pero termina convirtiéndose en una tortura.

Nada de esto quiere decir que debamos vivir como monjes. Lo que quiere decir es que el sexo sólo cobra sentido y contribuye a proporcionar felicidad en un contexto de amor.

Puedes pensar que la meta propuesta es inalcanzable y optar por la vía cómoda y reducirlo a un pasatiempo. O luchar por esa meta, mediante el dominio propio y el respeto amoroso por tu pareja.

Lo sé. Es más fácil decirlo que vivirlo. Pero quizá te ayuden un par de consejos.

La reina de la seducción

Fíate de la naturaleza: nunca falla. El hombre debe poner en juego las cualidades propias del varón y la mujer, las armas características de la feminidad.

Y lo propio del varón es la fortaleza, el dominio de sí. Es lo que distingue al hombre del pelele sin voluntad. No hay nada más hermoso que un hombretón que pone toda su superioridad física a los pies de la dama, que invierte su energía y su fogosidad no en satisfacer su ego, sino en tratar con delicadeza a la mujer amada y en guardarse para la futura vida en común.

Y el encanto de la mujer se mide por su inaccesibilidad. Cuanto más inaccesible, más femenina es. En eso consiste, justamente, el juego de la seducción. El varón debe conquistar a la mujer y cuanto más inexpugnable sea la fortaleza, más valioso se torna el trofeo, y, sobre todo, mejor se garantiza el éxito futuro de esa relación.

Pero la novia tiene un papel esencial. Es ella la que debe llevar las riendas, marcar los tiempos, señalar la distancias, atar corto al varón. Es comprensible su miedo a perder al chico. Pero es preciso que lo supere. Debe fiarse de sí misma y no vacilar. Y no debe tener piedad. Su mayor enemigo es la compasión. No hay nada más sano que dejarle al chico con la miel en los labios, e impedirle que suba a casa a despedirse, después de salir juntos; negarse a viajar con él en el coche, que es tan romántico; y no permitirle el derecho a roce. Por cierto, la expresión «derecho a roce» será muy «in», pero suena aapestoso machismo medieval (como el derecho de pernada del señor del castillo).

Cuanto menos ceda, más atractiva se vuelve ante los ojos del varón y más atrapado lo tiene.

El famoso pico

—¿Y qué pasa con el famoso pico (el típico beso corto y rápido en la boca)? —quiere saber José Gabriel.

—El pico, mi querido sobrino, va dentro del *pack* de la relación sexual, como tu cuerpo sabe muy bien, aunque tu cabeza quiera pensar lo contrario. Es inútil engañarse creyendo que el besito se puede disociar de todo el acto.

—¿Por qué?

—Porque si es demasiado corto y rápido es una tontería que no compensa, ya que siempre quieres más. Y si el tiempo se detiene, ya no es un pico, sino un morreo. Y ahí estás utilizando a la chica para beneficiártela. Lo mismo que si le metes mano, la sobas o invocas el derecho al roce. Así de crudo. Y si ella te incita, te está poniendo como un toro y, por lo tanto, tratándote como un semental. Perdona el lenguaje..., pero no soy yo el que ha sacado el tema. ¿No me preguntabas por el pico?

—Vale, tío. Yo sin embargo creo que hay fases: no es lo mismo unos besitos que un achuchón, que un sobeteo, que acostarte con tu chica, ¿no?

—Evidentemente, no es lo mismo besar que fornicar..., pero una cosa incita naturalmente a la otra, porque todo acto sexual tiene una antesala (una preparación fisiológica). El beso en la boca y la caricia son el prólogo de la unión carnal. No conozco a nadie que llegue al final sin haber pasado por el principio.

—Entonces, ¿ni un beso, ni un morreo?

—El beso es al acto sexual lo que el interruptor a la luz. Por breve que sea. Cuando entras en una habitación a oscuras y enciendes la luz, no puedes separar la acción de dar al interruptor de la llegada de la electricidad a la bombilla. Es instantáneo. Va todo junto. Si tú le acaricias el culete a tu chica o le practicas el boca-a-boca —sin ser socorrista—, has dado al interruptor. Has iniciado la relación. Puede que luego no la culmines, pero la has iniciado..., es decir, has entregado tu cuerpo a otra persona, que no es tuya, o has poseído a otra persona que no es tuya.

Dejo a José Gabriel y vuelvo a la chica.

El mayor error que podrías cometer es darle facilidades a tu novio en este campo. Te perdería el respeto, que es como el oxígeno del noviazgo, y te dejaría con la más corrosiva de las dudas: ¿Está conmigo porque me quiere o porque le pongo cachondo? ¿Está conmigo desinteresadamente o porque encuentra placer?

Si, por el contrario, llevas tú las riendas y le marcas un noviazgo exigente, estás poniendo los cimientos para ser amada y no meramente deseada. Cuanto más le exijas, con más delicadeza te tratará. No se trata de mojigatería, sino de estrategia. A menos que quieras un noviazgo amorfo, sin brío ni compromiso, antesala del «matrimonio-pantufla».

Pero lo importante es que le pongas el listón alto, que se supere constantemente para que sea digno de ti.

Así se declaró el autor a la autora

Es lo que hizo la autora con el autor. Nada más declararse éste, dando vueltas a la manzana, una fría noche de enero, ella le puso el listón muy alto.

Él le había dicho lo previsible: que si sólo pienso en ti, que si mi vida ha cambiado, que me encantaría salir contigo, y esto y lo otro.

Y ella callada. Cuando él terminó, ella le salió con lo imprevisible. No se anduvo por las ramas, ni untó la conversación de mermelada. Le leyó la cartilla, descendió a los detalles, le explicó la idea que tenía de un noviazgo exigente y de un matrimonio basado en la entrega absoluta, y le vino a decir: «O estás dispuesto a vivirlo así o lo dejamos ahora que estamos a tiempo... Esto es lo que hay: tú mismo.»

Aquella chica pija, moderna y guay hablaba como una matrona siciliana. De las que ya no quedan.

Ante una declaración tan valiente, tan radical, el autor sólo pudo reaccionar poniéndose inmediatamente a sus pies. Pensó: «esta tía sabe lo que quiere, tiene un alto concepto de sí misma, nunca encontraré otra igual». Así que tragó saliva y dijo que sí, que bueno.

Bajo el escudo de su aplomo, a la autora le temblaban las piernas... «¿Y si sale mal?», pensaba todo el rato. Pero aguantó como una mujer. El truco fue no decírselo al autor... hasta poco antes de desfilas ante el altar.

En una época en que la mujer ha sido derribada del pedestal y se ha convertido en juguete roto en manos del varón, es preciso que luche por su dignidad y aprenda a valorarse a sí misma. Y la mejor forma de hacerlo es ser muy exigente con el pretendiente, sin ceder un milímetro. Sólo se la tratará como una reina si ella misma se considera una reina.

Y no me digas que es una meta inalcanzable. Las chicas sabemos de sobra que la mujer puede hacer del varón lo que se proponga. ¿Incluso en estos tiempos? Incluso. La naturaleza sigue siendo la misma en la época de Internet que en la de los griegos. Aunque cambien las modas y los modos, el chico y la chica responden a las mismas constantes psicológicas y fisiológicas de siempre.

Así que ya sabes: por fiero o imponente que se presente, o pesado que se ponga, el chico se volverá un corderito siempre que la chica recurra a tres armas infalibles. Las tres «es».

Centímetros de ropa, centímetros de batalla

E de Estrecha: Cuanto más lo sea, más deseada se vuelve. Es como el principio de Peter del arte de la seducción. Jamás falla. Atrévete a hacer la prueba..., te sorprenderás.

La mujer, que controla magistralmente todos los resortes de la coquetería, tiene un recurso formidable en sus manos: la ropa. Cuanto menos enseñe, más colado lo tiene. Sin caer en lo monjil, tú ya sabes.

La batalla se decide por centímetros de ropa. Y al revés: los escotes, ombligos y minifaldas terminan aburriéndole, la conquista ha perdido la emoción. ¿No te lo crees? ¿Es que no has visto la típica escena: la chica medio desnuda rodeándole con sus brazos, a la puerta del bar de copas, y el tío mirando hacia otro lado, hastiado como una boa haciendo la digestión? La chica Estrecha debe ser inflexible. Y no olvidar que, cuanto más cede, más baja su cotización ante el hombre. Es de cajón: en el fondo, a nadie le atrae una chica fácil o de segunda mano.

Que sufra

E de Examinadora: La principal ocupación de la novia debe consistir en poner toda suerte de pruebas al varón para que las supere. Si quieres tenerlo en el bote de por vida, debes convertir el noviazgo en una carrera de obstáculos, una pista americana, una durísima oposición. ¿Materia? Puede entrar todo: educación, detalles, puntualidad, forja de carácter, que coja a lazo la Luna y te la traiga y toda suerte de proezas, cuanto más «sádicas» y difíciles, mejor.

Que sufra. Si tiene madera, aguantará. Te lo dice la autora, que sabe de lo que habla.

Chicas del montón: abstenerse

E de Exquisita: La virginidad en esta época es una rareza, en el mejor sentido de la palabra, y la virgen es una Exquisitez. Y por lo tanto, lo más atractivo para el varón. Lo más selecto. El resto son una vulgaridad..., chicas del montón. Y al decir virginidad digo virginidad, no la tontería de ir de virgen sólo porque ellos no han llegado hasta el final. Perdona, pero eso no es virginidad.

Es un craso error creer que la que no se acuesta con el novio o se deja sobar lo pierde. Al contrario, refuerza su carácter inaccesible, y por lo tanto su feminidad. Se convierte en una pieza especialmente codiciada, una rareza maravillosa, y una mujer con acusada personalidad.

O sea, que si tienes veinte años, pongamos por caso, y nunca has retozado o te has morreado con un hombre, apúntate un diez. Tienes la E de Exquisita. Y riéte de quien te diga que nunca te comerás un colín. Pura envidia.

No conozco a nadie que haya usado las tres «es» y no haya triunfado en el juego de la conquista. Porque al chico que vale la pena no le gustan las del montón: sólo quiere la mejor. Y ésa eres tú.

Chesterton, el instinto y la institución

Recapitulemos. El sexo está para lo que está. Te harán creer que lo sensato y lo práctico es disfrutar de él sin ataduras ni consecuencias (¿por qué te crees que se inventaron los anticonceptivos y se despenalizó el aborto?), pero tal cosa es sacarlo de madre. Equivale a utilizar un avión para que circule por una autopista. Es una fuente de energía maravillosa, tan rica como el petróleo, siempre que esté canalizada. La refinería es el matrimonio. Pero si se le da rienda suelta, sólo genera destrucción.

Lo clavó, hace casi un siglo, el escritor inglés G. K. Chesterton al distinguir entre el instinto (el sexo) y la institución (la familia). Sin el primero no hay familia. Pero, precisamente por esa razón, no se le puede desgajar del matrimonio.

Chesterton:

El sexo es la puerta de la casa.

El sexo es un instinto que produce una institución. Esa institución es la familia [...] que, una vez iniciada, tiene cientos de aspectos que no son de ninguna manera sexuales. Incluye adoración, justicia, festividad, decoración, instrucción, camaradería, descanso. La casa es mucho más grande que el sexo. Pero la verdad es que hay quienes prefieren quedarse en la puerta y nunca dan un paso más allá.

V. LOS PRIMEROS ESPOSOS DE LA HISTORIA

Adán, Eva y los cuatro CD de la entrega

Al principio era el matrimonio

Adán me recuerda mucho a Juan de la Cosa. Ya sabes, el famoso cartógrafo de la época de Cristóbal Colón, a quien, según el viejo chiste, los navegantes que se habían extraviado querían colgar (... ¡de la cosa!) por haberles engañado con sus mapitas.

La humanidad entera también querría colgar de la cosa a su primer padre. En la galería de personajes nefastos (desde Atila a Hitler, pasando por Landrú), el pobre Adán se lleva la palma. Cada uno de aquellos impresentables hizo la vida imposible sólo a sus contemporáneos, mientras que la dichosa manzanita ha hecho la pascua a ¡todo el género humano! Espero, por lo menos, que la manzana fuera bruñida y sin gusano, y que la incitadora Eva estuviera como un tren..., porque, si no, es para matarlo.

El cabreo cósmico de los hijos de Eva se acrecienta cuando te enteras de que el estado del hombre antes del pecado original era un chollo increíble. Toma nota: Adán y Eva eran perfectos, no iban a morir, no sufrían, no conocían el dolor. Trabajar, trabajaban, pero en lo que les gustaba, sin cansarse y sin jefes. Creativos totales. Adquirían conocimientos por ciencia infusa, es decir, de forma directa, sin recurrir al largo y penoso rodeo de la razón como nosotros. Veían por primera vez un tigre, pongamos por caso, e inmediatamente sabían que era un mamífero, felino y carnívoro. Así, sin pestañear y... sin echar a correr, porque no les tenían miedo. Adán dominaba a los animales —ésa es otra— y, por supuesto, se dominaba a sí mismo.

Antes de la caída, el hombre gozaba de armonía interior: el alma controlaba perfectamente el cuerpo y las pasiones estaban en su sitio, sin salirse de madre. Esa armonía era extensiva a la vida de pareja: no sabían lo que eran las peleas conyugales (y menos aún los celos..., por razones obvias). Pero los muy pardillos lo echaron todo a rodar. Sin embargo, nos dejaron una lección.

Fueron los primeros esposos de la Historia. Con una intensidad irrepetible. Fíjate: no fueron otra cosa que marido y mujer —también padres, subrayando cronológicamente que tal título es consecuencia de lo anterior—. Y, además, fueron marido y mujer en cuanto hicieron su aparición en la Historia. «No es bueno que el hombre esté solo», dice el Creador, en cuanto pone a Adán en la Tierra; y tan pronto como éste ve a su chica exclama: «esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne». Y eso que jamás había visto a una chavala.

¿Por qué? ¿Por qué se reconocen Adán y Eva, como si llevaran inscrito en sus genes que han sido hechos el uno para el otro? Porque han nacido para casarse. No es que estén hechos a medias, o sean incompletos, no. Sino que son complementarios. Son iguales en cuanto personas y complementarios en cuanto masculino y femenino.

¿Y para qué se casan? ¿Por qué les pide el cuerpo vivir juntos, ser «una sola carne» y formar una comunión de personas..., en lugar de irse cada uno por su lado o de coexistir en vidas paralelas, silbando disimuladamente, mirándose de reojo y sin abrir el pico —era otra opción—? Se casan, en lugar de ignorarse o de morderse, para ayudarse, formar una familia y tener otros adancitos, otras evitas. Es decir, para amarse y ayudarse mutuamente y para que su amor genere vida y complete la creación. Y eso es nada más y nada menos que el matrimonio.

Como pez en el agua: el estado natural del hombre

Primera lección de Adán y Eva: el matrimonio es el estado natural del hombre. En este sentido, el matrimonio es una vocación. O dicho con más precisión: *la* vocación. Dios no creó a un ingeniero de sistemas y a una enfermera, o a un torero y a una abogada, sino a un esposo y a una esposa.

Con esto de la vocación nos armamos algo de lío: tal vez porque tenemos una imagen un poco distorsionada. Pensamos que vocación es sólo la religiosa: encerrarse detrás de una celosía a cantar laudes y a liarse a hacer mazapanes o irse a Calcuta a ocuparse de los más pobres entre los pobres. También solemos asociar vocación a artes y oficios: éste sirve para bombero, aquél va para médico o para amigo de lo ajeno (inspector de Hacienda). El aspirante posee aptitudes, «tiene madera», y se siente llamado a desarrollar esas cualidades (vocación en latín es llamada).

¿Y el matrimonio? Departamento de «Varios», cajón de sastre donde se incluyen todos los demás. Algo así como el almacén por exclusión de las vocaciones. O como dicen los informáticos, por defecto. O sea, para los que no encajan en ningún otro sitio.

No es así. Porque antes que (o por encima de) médico o abogado..., el hombre y la mujer tienen aptitudes, innatas, para ser esposos. Por el mero hecho de ser varón y mujer, el ser humano nace para matrimoniar.

Julián Marías explica muy bien que hay distintos grados de vocaciones. Hay vocaciones parciales que afectan sólo a un aspecto o a una fase temporal de la vida. Y otras más esenciales, que lo abarcan todo. El grado más bajo en la escala sería la afición, la forma más débil de vocación. Y el grado mayor sería, según Marías, «ese proyecto que constituye el argumento último y radical de la vida: el de ser alguien determinado que nos sentimos llamados a ser».

Ante esa llamada tan radical, que se presenta con fuerza y evidencia, reaccionamos pensando que «hemos nacido para eso». Es lo nuestro, aquello en lo que nos reconocemos, en lo que nos encontramos como pez en el agua. O como dice el gran

filósofo, «ésa es la vocación que *somos*, inexorable e intransferible».

Hacerse abogado del Estado o compositor de jazz implica responder a una vocación secundaria; unirse a una mujer supone seguir la vocación original o principal de la especie humana.

Lo que no existe es la vocación de soltero. Otra cosa son los célibes que optan por ese estado para entregarse a Dios o a los demás..., pero el célibe no es un solterón.

Sin oxígeno, el hombre se consume. Y el oxígeno es el amor. Un hombre se da a una mujer y viceversa; un hombre o mujer se da a una causa, se entrega a los demás por un ideal..., lo que no cabe es no darse, porque equivale a la autodestrucción. Es como si un pez se empeñara en volar o un ave en bucear...

¿Por qué Adán y Eva y no Adán y Tony o Eva y Susi?

(Paréntesis coyuntural para lectores de comienzos del siglo XXI)

Algún listillo políticamente correcto habrá pensado: hombre, mujer..., ¿es que no hay más posibilidades? Al menos ahora mismo las hay. ¿Por qué no estaban contempladas en el proyecto inicial? ¿Por qué Adán y Eva y no Adán y Tony o Eva y Susi? ¿No os da que pensar que en el diseño original del ser humano no apareciera el tercer sexo? ¿Será que la naturaleza es homófoba?, como dice mi amigo Eulogio López, un periodista impertinente, es decir, un periodista.

Trataré de responderte. Puedo hacerlo a la gallega. ¿Por qué me lo preguntas? O mejor aún, ¿por qué lo preguntáis los lectores de principios del siglo XXI?

Si este libro se hubiera escrito hace treinta años, o en el siglo XIX, o en el Renacimiento, los autores nos ahorraríamos nuestro precioso tiempo tratando de explicar lo evidente (una tarea muy cansina). Y si se vuelve a publicar allá por el 2100, la editorial tendrá que suprimir esta aclaración, porque carecerá de interés práctico.

El paréntesis sólo tiene sentido para dos momentos de la Historia: la caída del Imperio romano y el siglo XXI. ¿Qué tienen en común? Decadencia. Los hombres siempre han hecho payasadas —jamás debiste comer la manzana—, pero nunca se han acumulado tantas y tan grotescas como en esos dos momentos. Sólo a los romanos de la recta final del Imperio y a los occidentales de 2000 se les ocurre suicidarse demográficamente mediante el genocidio del aborto. Sólo a los gobernantes romanos se les ocurre nombrar cónsul a un caballo (Calígula a su corcel *Incitato*); y a los alcaldes occidentales oficiar bodas ¡de un hombre con otro hombre!

¿Os da pistas?

Otra respuesta más directa. Si en vez de Adán y Eva se hubieran encontrado Adán y Tony en la sauna del Edén, vosotros y yo no estaríamos aquí. Explicación tosca, pero concluyente (y quiero concluir, el tema me aburre).

¿Quiere decir esto que el homosexual debe abrirse las venas?

Dios me libre. Nada tengo contra ellos (y los homosexuales que son amigos míos bien lo saben). Lo que quiere decirse es que no existe el tercer sexo. La humanidad no se divide en homosexuales y heterosexuales sino en hombres y mujeres, como recuerda oportunamente el político francés Lionel Jospin (no todos los políticos se han vuelto locos). Ideas claras: Adán y Pepe no son complementarios, y no pueden formar una comunión de personas ni un matrimonio. Eso sólo lo pueden hacer los adanes y la evas porque son hombres y mujeres. Así que ¡viva la diferencia!

Con todos mis respetos, la homosexualidad es una desviación, una anomalía, por las razones que sean.

Que hay gente rarita o enferma que quiere dedicarse a su rollo, allá ella. Son mayorcitos. Lo que no soporto es que presenten la aberración como una opción más. O que los poderosos pretendan poner al mismo nivel de igualdad lo natural (el matrimonio) con lo aberrante (la sodomía). Imponer tal cosa es una forma de injusticia y de tiranía. Y un insulto a mi inteligencia, como decía Michael Corleone en *El padrino*.

Ya sé que medios de comunicación, leyes, costumbres y modas van por ahí (hay mucho dinero de por medio: eso lo explica casi todo). Pero eso no me impresiona lo más mínimo. Aquí, al revés que a los locos, no hay que seguirles la corriente. Porque si les seguimos la corriente terminarán convenciéndonos de que la naturaleza es homófoba. Desde luego, homófoba; y la ley de la gravedad, intolerante. No se digna a dialogar con quienes se atreven a desafiarla.

(Fin del paréntesis: sean tan amables de suprimirlo a la altura del año 2100.)

La entrega, una locura en los tiempos de la LOGSE y la cerveza «sin»

La vocación es algo que nos viene de fuera, nosotros no somos el «autor» de nuestra vocación. Lo explica muy bien Julián Marías: Viene cuando menos te lo esperas, «es algo que no tenías previsto». Ves a un chico en la facultad, en el trabajo o en la discoteca y al reparar en sus ojos azules, su simpatía y su expediente concluyes que ha nacido para ser el hombre de tu vida.

La vocación irrumpe en tu existencia desde fuera, a veces alterando tus proyectos. Quizá estás dormid@ pensando en las musarañas o, al revés, metid@ en una vorágine trepidante (el trabajo, unas oposiciones, viajes) y, de pronto, aparece él o ella y te desordena el castillo de naipes de tus planes. En ese sentido, la vocación es un despertador, una llamada. Y no una llamada cualquiera, sino la que interpela a toda la persona, la que compromete a todo tu ser.

¿O no te sientes zarandeada por el despertador hasta lo más íntimo de tus entretelas si el tipo de los ojos azules ha sido creado para ser tuyo? ¿Qué vas a hacer? ¡No seguirás mirando para otro lado, como si tal cosa! La llamada exige una respuesta. ¿Quieres saber cómo se denomina esa respuesta? Abróchense los cinturones: Entrega.

Al llegar a la palabra «entrega» hay quien se remueve en su asiento o traga saliva. Y es que la «entrega» tiene connotaciones suicidas. ¿Darse por entero sin reservarse nada? ¿Tú estás loco? ¿En estos tiempos?

Si «Compromiso» es una palabra maldita para una generación de *peterpanes*, «Entrega» es una provocación en la época del pensamiento *light*, la LOGSE y la cerveza «sin».

Si has sido capaz de llegar hasta aquí, es señal de que te gustan las emociones fuertes y el sabor de lo auténtico. Y no hay nada más pata negra que la entrega.

- Porque un proyecto tan definitivo, una propuesta tan radical, que sacude tu yo más íntimo, exige una respuesta sin condiciones, sin medida, no un sí tímido o a medias.
- Porque una llamada tan honda, que interpela a toda tu persona, merece que te des tú mismo, lo que ahora eres y todo lo que vas a llegar a ser. Que te des no a plazos o por contrato temporal (yo me entrego a ti para tres años, prorrogables, siempre que las partes estemos conformes), sino entero y para siempre. Es decir, toda tu vida.

Eso es la entrega.

No te asustes si ahora que acabas de empezar a salir con él o que llevas dos años de noviazgo no has alcanzado las cotas más radicales y sublimes de la entrega. Incluso puedes estar ya casado y comprobar que sigues teniendo un ego insaciable y que *Respuesta sin condiciones* te suena a título de culebrón venezolano.

La respuesta al amor es labor de toda una existencia. Los seres humanos nos «hacemos» con los años, a diferencia de los espíritus puros (los ángeles), que están fuera del tiempo. Por eso, para expresar el amor, precisamos de un margen temporal que dura nuestra vida en común (cincuenta, setenta, ochenta años).

Y esto no es música celestial, sino un sentimiento muy humano, muy de la vida cotidiana, que todos hemos experimentado. «Una vida es poco para mí», canta La Oreja de Van Gogh.

La novia ante el altar: ¿cómo me voy a casar si no le quiero?

Es posible, incluso, que te pase lo que a los autores cuando hicieron el paseíllo por la alfombra roja. ¿Cómo voy a casarme con él/ella si no le quiero lo suficiente?, pensamos cada uno de nosotros dos.

Imagínate. Tú ahí, de blanco y con dudas, mientras chilla el órgano y el cura espera, sonriente, al pie del altar, con el libro de casar en las manos.

«¿Pero si no le quiero, si no estoy entregada?» Y los invitados carraspeando. Menudo marrón.

Caben dos respuestas, pero sólo una es correcta.

- a) Dar media vuelta y dejar plantados al cura y a los invitados.
- b) Recordar la frase de Chesterton.

¡Lo has adivinado! Los autores elegimos la opción b). Dice así: «Muchos hombres han tenido la suerte de casarse con la mujer que aman. Pero tiene más suerte el hombre que ama a la mujer con la que se ha casado.»

Esto quiere decir dos cosas:

1. Que hay tiempo por delante para que el amor crezca. Que no debes extrañarte de estar poco o nada entregado cuando vas de frac o tul ilusión. Piensa que no vas a hacerlo de golpe, sino pasito a pasito, día tras día, año tras año. Tu entrega abarcará la luna de miel, cuando os comáis a besos en un camarote en el Egeo; y la clínica, cuando la lleves en palmitas en el posparto; y la oficina, cuando hagáis horas extra para pagar los campamentos de los niños; y la jubilación, cuando tengas que andar todo el santo día detrás de él para que se tome las pastillas a su hora.
2. También significa que no nos casamos *porque* nos queremos, sino que nos casamos *para* querernos. Recuerda: no es PORQUE, sino PARA, y te tranquilizarás.

Es lógico que no le quieras lo suficiente porque el ámbito de la entrega no es el noviazgo, sino el matrimonio. No le quieres porque todavía no te has entregado. Has deseado entregarte, te has preparado para entregarte..., pero no te entregas hasta que no pronuncias el «Sí, quiero», y no os hacéis una sola carne.

Por eso cabe que un hombre ame poquito, o de forma incipiente, a la mujer con la que se casa..., lo cual carece de importancia. Lo esencial es que la quiera a partir de la boda, como dice Chesterton. A partir de la boda y todos los días de sus vidas. Cuando lleven veintidós años casados y él haya perdido vista, y ella se tiña las canas. Y cuando sean dos ancianos que necesitan un andador para desplazarse.

Los cuatro CD del amor

La entrega, grandioso ideal, tiene su propia ruta. Un largo itinerario que te invito a recorrer. Visto desde fuera, puede parecer suicida, pero una vez dentro, una vez dado el «Sí, quiero», es una de las aventuras más hermosas y estimulantes que cabe imaginar. Te espera el dolor, la renuncia, el sacrificio, pero también la alegría y, perfumándolo todo, el vértigo de la felicidad. Te costará subir..., pero no querrás bajarte.

El itinerario de la entrega tiene cuatro fases, de menor a mayor. (Le pondremos música con cuatro compactos.)

Primer CD: «Sin ti no soy nada»

Cuando sufres el enamoramiento, además de volverte imbécil (el Estado de Imbecilidad Transitoria), no tienes otra cosa en la cabeza que el chico o la chica. Y lo que sientes, predominantemente, es la cantinela de Amaral «Sin ti no soy nada».

Es la forma más primaria y menos perfecta del amor. Significa que necesitas mucho a la chica y la quieres poco. Es el amor-necesidad. No estoy diciendo que sea malo o despreciable; al contrario, es un primer paso. Es una forma de salir de uno mismo y de empezar a querer al otro. Pero es un amor en fase embrionaria, casi infantil: de hecho, es el amor que los niños pequeños sienten hacia sus padres, marcado por una fuerte dependencia (más que querer a su madre, el mocoso la necesita).

Otra canción de Amaral dice: «Te necesito como a la luz del sol / en este invierno frío / P' a darme tu calor.» Amor-necesidad.

Lo vas a entender perfectamente con la distinción que hace el escritor inglés C. S. Lewis. «El amor-necesidad dice de una mujer: “No puedo vivir sin ella”; el amor-dádiva aspira a hacerla feliz.» Dádiva significa regalo.

Características: Implica poca libertad (los niños no eligen a sus padres, el joven no escoge el flechazo, etcétera), escaso esfuerzo (el enamoramiento es un dejarse llevar), y, por lo tanto, no requiere mucha voluntad.

Calificación: Guay. Es bueno tener amor-necesidad. Los humanos somos unos vehículos muy especiales, que nos movemos por el combustible del cariño y, para que demos el primer paso, antes han tenido que llenar el depósito. («Dios nos amó primero», dice la Biblia.)

Ahora bien, es importante que lo superemos y pasemos al siguiente curso. Porque, si no, corremos el peligro de dejar de querer al otro cuando hayamos satisfecho esa necesidad. Y eso está muy feo. («Por eso —dice C. S. Lewis— en el mundo resuenan los lamentos de madres desatendidas por sus hijos.»)

Lo mismo puede ocurrir entre unos enamorados. E incluso con gente veterana, con años de casados. Si la cosa no evoluciona a fases más maduras y exigentes, puede agostarse con la resaca del Estado de Imbecilidad Transitoria.

Me he encontrado con varios casos. Uno de ellos, un joven listo y con inquietudes terminó dejándolo porque no estaba enamorado de la chica, sino... del ¡enamoramiento! No quería a Pepita, lo que quería era flotar en una nube. Le recomendé que frecuentara el parque de atracciones.

Segundo CD: «Son mis amigos»

Un peldaño más en la escalera es el amor de amistad. No te limitas a recibir, sino que das algo a cambio. No llegas al grado de unión del amor conyugal pero ya tienes un ingrediente básico de la entrega: el desinterés. A mayor desinterés, mayor perfección en el amor. Lo refleja otra canción de Amaral: «Son mis amigos.»

Nada hay más ajeno al mercado (todo tiene precio) que la amistad. Nada más libre, relajado, desinteresado. Un camarada con el que compartes algo tan grande como un ideal o tan intrascendente como una afición; un íntimo al que le abres el corazón con despreocupada confianza; un alma gemela que sabes que jamás te dejará tirado en la estacada, pase lo que pase y hagas lo que hagas...

Estamos muy cerca del amor más alto, aunque presente la apariencia humilde e intrascendente de una amistad. Ya ha salido un ingrediente básico de la entrega: el desinterés. Pero acabamos de mencionar otro: el carácter incondicional: «jamás te dejaré en la estacada, pase lo que pase y hagas lo que hagas...». Si eres amigo de verdad, lo eres sin condiciones. No porque tu amigo tenga estas o aquellas cualidades, y sea rico, influyente o incluso —fíjate— buena persona, sino porque es tu amigo. Eso explica que Séneca, un sabio, siguiera siendo amigo de Nerón, una joyita. O el equilibrado Héctor, amigo del muy borde e insoportable Aquiles. O el íntegro Tomás Moro, amigo del lujurioso y cruel rey Enrique VIII...

Si eres amigo de verdad, disculpas sus defectos. No es que los apruebes, hasta tratas de que cambie, pero tampoco lo abandonas si no los supera.

¿Por qué tu amistad es incondicional, por qué no depende de las cualidades de tu amigo? Porque le quieres no por lo que tiene, sino por lo que es.

Características: Implica toda la libertad del mundo (eliges a tus amigos, aunque no eliges los ámbitos de donde surgen: trabajo, promoción escolar, vecindad). Requiere más esfuerzo que el amor-necesidad (si no cultivas la amistad, puedes perderla) y también más voluntad (si eres amigo de verdad, estás para todo). Aunque no exige tanto esfuerzo y voluntad como otras fases superiores del amor.

Calificación: Muy saludable. Paradoja: no tienes la obligación de ser amigo de nadie, y ningún ser humano tiene el deber de serlo de mí..., pero no vas a ninguna parte sin amigos. Esa no-necesidad es lo que le acerca más al amor de Dios. C. S. Lewis: «La amistad es innecesaria, como la filosofía, como el arte, como el universo mismo, porque Dios no necesitaba crear. No tiene valor de supervivencia; más bien es una de esas cosas que le dan valor a la supervivencia.» Le falta el grado de compromiso expreso que tiene el amor conyugal y también la fuerte unidad que se da entre los esposos («una sola carne»). Pero los lazos invisibles que llegan a forjarse entre dos íntimos se transforman casi en relaciones familiares: «Somos como hermanos.»

Nadie lo ha visto con más fuerza que el poeta Miguel Hernández en la emocionante *Elegía a Ramón Sijé*: «No hay extensión más grande que mi herida / lloro mi desventura y sus conjuntos / y siento más tu muerte que mi vida.» Los versos finales con los que recuerda al amigo desaparecido valen por un tratado de la amistad: «que tenemos que hablar de muchas cosas / compañero del alma, compañero».

Tercer CD: «Te quiero con limón y sal»

Con la entrega conyugal nos acercamos más a la cima de la montaña. Es un cóctel fascinante de voluntad, sentimiento y atracción física. De dolor y de placer. De renuncia y de dicha. Puede subsistir con amor-necesidad y, de alguna forma, tiene ingredientes de amor de amistad («Mi mujer es, a la vez, mi mejor amigo»).

El amor entre el hombre y la mujer (lo llamaremos Eros o amor erótico) no es tan perfecto como el último CD (mantendremos el suspense hasta el final), pero contiene un ingrediente de la entrega que completa los que ya conocemos. Además del desinterés y el carácter incondicional, contiene el olvido de sí, esto es, salir completamente de uno mismo y desear sólo la felicidad del otro. Quererle como es («Yo te quiero con limón y sal»).

El estribillo de esta canción es querer compartirlo todo con el amado, incluido el sufrimiento, antes que estar separados.

Objeción: el carácter carnal, placentero, ¿puede constituir una imperfección, un obstáculo de egoísmo del amor conyugal?

Respuesta: véase el capítulo III. Cuando el sexo está integrado en el ámbito del amor, ningún problema. Porque cobra sentido en el marco de la entrega total (de almas, pero también de cuerpos).

Por otro lado, la experiencia nos dice que lo que te atrae, te gusta, te hace feliz en la vida conyugal no es el placer-por-el-placer, sino tu chica o tu chico en su totalidad.

Cuando piensas en ella, no piensas en su escote; y cuando piensas en él, no piensas en sus habilidades en la cama. Sino en todo: su sonrisa, su carácter, su conversación, su trabajo, sus aficiones, su forma de ser, su cariño..., y también sus abrazos de amor. Pero no haces compartimentos estancos.

En el Eros, en el amor conyugal, el hombre no quiere el placer, sino a la esposa.

C. S. Lewis lo explica muy bien: «Cuando un hombre lascivo va rondando las calles en busca de una mujer, decimos que “quiere una mujer”. En sentido estricto, una mujer es precisamente lo que no quiere. Quiere un placer, para el que una mujer resulta ser la necesaria pieza de su maquinaria sexual.»

(Esto mismo explica que, en esta época hiperhedonista, muchos hombres ya no busquen a la mujer. Se bastan ellos solos, sus salidos homónimos o los artilugios que venden en las *sex-shops*. Eso explica también el auge de la homosexualidad actual. En realidad es una falsa homosexualidad..., porque los lascivos contemporáneos no quieren ni a hombres ni a mujeres, sino el placer.)

Casarte te centra un montón. Deja las cosas en su sitio, te equilibra, modera los ímpetus juveniles y canaliza las energías hacia la creatividad y el servicio. Por eso Ramón y Cajal recomendaba a los discípulos de su laboratorio, jóvenes médicos, que se casaran pronto. Deje usted de tontear, de perder el gas ligando y mareando la perdiz sexual y sea un hombre. ¡Vamos, igualito que ahora!

Características: Mucha voluntad, algo de esfuerzo —aunque tampoco es para herniarse..., estás como pez en el agua—, y bastante libertad. La actualizas a diario, decidiendo quererla/o con hechos.

Paradoja: Sin sexo no hay unión conyugal, pero el Eros trasciende el sexo y lo coloca en su lugar. El esposo (e incluso el enamorado en general) quiere a la amada en sí misma, no el placer que pueda proporcionarle. Por eso lo ilustramos con el CD de Julieta

Venegas: «Yo te quiero con limón y sal, yo te quiero tal y como estás.» También con sus defectos.

Calificación: Altamente recomendable. ¿Qué te voy a decir yo?

Cuarto CD: «Te regalo»

Dar sin esperar nada a cambio. Así de sencillo, y así de grandioso. En esas seis palabras está todo dicho acerca de lo que es la entrega. Es la diana en la que se clavan todas flechas del amor (desinterés, olvido de sí, incondicionalidad).

Lo expresa Carlos Baute en su CD:

*Hoy quiero decirte y voy a adelantarme,
que mi corazón yo quiero regalarte
[...]
te regalo mi amor que se acumula,
te regalo mis manos, mi locura,
te daré todo lo que me pidas,
yo por ti daría mi vida.*

El amor en su máximo grado de pureza. Y, por lo tanto, la entrega en su expresión más acabada. Se trata del amor-regalo o amor-dádiva.

Justamente lo propio de Dios. Eso explica que creara al hombre libre de responder a su amor o de rechazarlo. Dios no esperaba nada a cambio, ni siquiera la gratitud del ser creado, o que éste le correspondiera.

Todo lo que sea acercarse a esa clase de entrega —sin duda, suicida— es aproximarse al Amor con mayúsculas y alejarse del amor-necesidad. Es el amor más árido, más a contrapelo, pero también el más pleno. Aunque quien mejor lo encarna es Dios, no es imposible verlo sobre la faz de la Tierra: seguro que te lo has tropezado más de una vez.

¿No da todo sin esperar nada a cambio el padre de familia que se mata literalmente en el trabajo, a fin de ahorrar para el mañana, pensando en el bienestar de su familia, aunque muera sin llegar a verlo ni disfrutar de él? ¿O esa profesora de Primaria, una concienzuda hormiguita de la enseñanza, o esa humilde monjita, que se dejan la vida (y lo que es más importante, la voz) cogiendo mocosos y convirtiéndolos en hombres, que no se acordarán de ellas cuando escalen los primeros puestos de la sociedad?

¿O esa madre que atiende a su hija deficiente profunda y la tiene que alimentar —todo pasado por la batidora para que no se atragante— y bañar a diario? ¿Una hija que jamás podrá agradecérselo, ni siquiera con una sonrisa, porque no es capaz de conocer a nadie, ni siquiera a su madre? Esta clase de amor-regalo tiene algo de sobrenatural. Vamos, que no te lo pide el cuerpo. Implica sobreponerte y hacer algo extraordinario (aunque se traduzca en lo ordinario de la vida cotidiana). Es el amor que te permite amar

lo que no es naturalmente digno de amor. Una madre con su hija enferma tiene un pase porque ha salido de sus entrañas, pero ¿qué me dices de las monjas de la madre Teresa que cuidan a leprosos, alcohólicos o enfermos terminales de sida?

Hay santos que tienen los bemoles de ir a buscar eso.

Pero también puede suceder que tal panorama se te presente sin que lo busques. Por ejemplo: tu marido acaba en silla de ruedas; o queda como un zombi, muerto en vida, por un derrame; o sencillamente, se vuelve inaguantable, maniático, picajoso. Y se pasa el santo día mortificándote y haciéndote la puñeta.

¿Qué haces? ¿Lo devuelves a El Corte Inglés? ¿Le pagas con la misma moneda, poniéndole sal en el postre? ¿Te divorcias, porque tienes derecho a rehacer tu vida?..., o ¿le quieres con todo tu corazón? Menudo problemita.

A la hora de tener novi@ o dar el «Sí, quiero» es bueno echarle algo de imaginación y plantearse esas situaciones. Lo cómodo es pensar que a uno nunca le van a tocar. Pero conviene tenerlas en la cabeza como hipótesis.

Quien no sea capaz de entender que el amor-regalo te permite querer lo que no es naturalmente digno de ser querido, no sabe una palabra de amor. Porque querer se conjuga con el verbo sufrir. Lo dice hasta Woody Allen (con humor negro, claro): «Amar es sufrir, vivir es sufrir, sufrir es sufrir.» Y Teresa de Calcuta: «No amas hasta que no sientes que te duele.»

Características: Exige mucha voluntad y esfuerzo, pero es el amor más libre. Porque o bien lo eliges (la entrega de unos cónyuges, o un religioso atendiendo a los marginados o enfermos), o bien lo aceptas (te viene dado pero lo haces tuyo, voluntariamente y con todas las consecuencias: el caso del marido impedido o insoportable).

Al no depender de la necesidad (como el niño con su madre) del placer o del sentimiento, amas sólo con la voluntad. Por eso es más libre y más puro.

Calificación: El ideal al que todo amor debe tender. No es fácil ni se consigue rápido. Pero es el *súmmum* de la entrega. Y el atajo más seguro para alcanzar la felicidad.

El «ábrete, sésamo» del amor

¿Te parece muy fuerte?

Al menos, no podrás decir que carece de lógica. Al comienzo te decía que amor no se escribe con H, sino con Q de Querer. Ésa es la palabra mágica de todo este libro, el «ábrete, sésamo» para franquear la cueva del tesoro. Voluntad. No tiene más misterio.

Si te fijas, el amor conyugal tiene un poco de cada una de esas canciones. Lo normal es interpretarlas todas, por fases: del Estado de Imbecilidad hasta la entrega sin condiciones. O entrecruzando melodías: en un amor maduro puede haber pequeños restos de amor-necesidad. Y en el amor sublime de la entrega sin esperar nada, pueden cruzarse ramalazos de afectividad.

Incluso puede haber retrocesos. De hecho, los hay.

¿Razón para tirar la toalla? ¿Quién ha dicho eso? Razón para volver a intentarlo. Precisamente por eso, el amor tiene una dimensión temporal. Hace falta una vida entera para expresarlo. Nunca pierdas la paciencia: hay tiempo. El amor no se expresa de golpe. Siempre puedes rectificar. Lo importante es no perder de vista la meta. El amor conyugal debe crecer, con cada CD, y no estancarse nunca hasta llegar a la entrega total.

Curiosamente las crisis y los retrocesos pueden ayudar a que madure. Todo se recicla en el amor, como los vidrios que el típico ciudadano motivado deposita en los envases municipales. Las crisis no deben asustar. Al contrario, deben convertirse en crisis de crecimiento, como las que hacen madurar y evolucionar a los adolescentes. Las crisis no son para estancarse..., sino para crecer. Tú no eres dueño de tus instintos o de tus sentimientos. Pero sí puedes ser dueño de tus actos. Y no se ama con el instinto, sino con la voluntad.

Este no es un libro de autoayuda

Posdata: Tal vez todo esto te parezca arduo. Dos ayudas.

1. Si la entrega es la respuesta a la vocación, sólo respondiendo serás tú mismo / tú misma. La sensación de plenitud, de autenticidad que transmite quien vive su vocación es envidiosa. Luego no será tan malo ni tan duro.

2. Éste no es un libro de autoayuda. Consuélate, porque eso es lo bueno: aquí nadie se ayuda a sí mismo, a palo seco, como una gimnasia triste y solitaria. La enorme ventaja de la entrega conyugal es que es una aventura para-dos y de-dos. Las cargas se reparten entre cuatro hombros. Relájate: te va ayudar la persona que más te quiere. Y tú harás lo mismo con ella.

En eso consiste el maravilloso equilibrio inestable de la entrega.

VI. DOS EN UN SOFÁ

Casar las almas

El contrato más audaz

«Sí, quiero.» Esa locura que vas a cometer, o que ya has cometido, es un contrato. «¡Vaya! —pensará algún lector—, con lo bien que iba todo, tan auténtico, tan pata negra, y nos saca los papeles.»

Yo no veo la contradicción: porque la unión conyugal es, en efecto, un contrato..., pero a la vez es profundamente auténtico y romántico. Me explico.

Fijate si será contrato, que es el mayor de todos ellos. No estás comprando o vendiendo una parcelita; o firmando tu incorporación a una empresa. No. Estás entregando toda tu persona (tu cuerpo, tu alma, tu pasado, tus proyectos), todo lo que tú eres (y piensas y sientes), todo lo que vas a llegar a ser (tu futuro) y todo lo que tienes. ¿Conoces otro contrato más salvaje? ¿Y con una única cláusula no menos radical? «Hasta que la muerte nos separe.»

Es tan grande, tan audaz, que lo de menos son los papeles. Es el contrato más comprometedor y, en consecuencia, el menos burocrático de todos. Mira si será atípico el negocio que hacéis tu chica y tú ante el altar, que lo dais todo a cambio de nada. ¿Conoces alguna transacción económica así de surrealista? ¡A cambio de nada! ¿Dónde está la ganancia, el beneficio, el margen? ¡Si Adam Smith levantara la cabeza!

Pero no acaban aquí las herejías contra el Dogma del Mercado.

Además de dar sin esperar nada a cambio, es decir, excluyendo el cálculo, en la unión conyugal recibes bienes sin merecerlo, sin haber hecho nada. ¿Por qué? Porque el verdadero amor no se puede exigir, pero tampoco se puede merecer. Es gratis total.

Por un lado, lo das todo, sin medida; y, por otro, lo recibes todo, sin haberlo merecido. Es decir, en el matrimonio no te cobras el amor que das, como si fuera una recompensa por lo cariñoso que eres con tu señora o lo bien que haces la compra de los sábados en el híper. No hay premios. Eres amado sin tener en cuenta tus méritos.

Eso explica que, en el verdadero amor, puedas ser querido incluso aunque tú no correspondas, bien porque haces la puñeta a tu mujer o sencillamente porque tienes Alzheimer y la confundes todo el rato con la asistenta rumana.

—Pero ¿todo esto que me estás contando no es un poco fuerte? —me espeta José Gabriel.

¿Fuerte? Casi suicida: es un ejercicio sin red. Es el famoso amor-regalo, el cuarto CD de la entrega. Es el amor sin medida. Una cosa muy peculiar, que no siempre es fácil de entender y que tiene su propia lógica.

La lógica del gratis total

Para comprenderla, es preciso que te olvides, por un momento, de tus prejuicios burgueses y cambies el *chip*.

Tenemos metida hasta los huesos la mentalidad del mercado, cuyas reglas fundamentales son cuatro:

1. Tanto vendes, tanto vales.
2. Mides lo que mide tu eficacia (notas, trayectoria profesional, cuenta de resultados, elecciones ganadas).
3. Todo tiene un precio, ergo, no hay nada que no se pueda comprar y hasta tú mismo te puedes vender —depende de a quién y por cuánto.
4. Y, sobre todo, exige tus derechos: no te dejes pisotear.

Un agrio cóctel de competitividad y moral calvinista. La salvación por los méritos propios. Dirás: Es que tengo la fea costumbre de comer tres veces al día. Vale. Bastante tienes con mantenerte íntegro en la selva de la competitividad.

Pero cuando cierras la puerta de tu hogar, entras en otro mundo, que tiene una lógica completamente diferente. No digo que esperes a que tu mujercita te traiga el periódico y las zapatillas (o a que tu chico te prepare un baño de sales, te quite los zapatos de tacón y te dé un masaje en las plantas)..., pero sí que te relajes...

Respira hondo, repantígate, estate a tus anchas. Porque en el hogar no vas a recibir más amor por tus logros. Aquí no cuenta ni el esfuerzo ni el afán de cubrir objetivos, en una desenfrenada carrera con la lengua fuera. Aquí serás querido no por lo que tienes o has conseguido, sino por ser tú mismo. De modo que no puedes merecer ese amor. Pero tampoco exigirlo. Aquí no vale la apelación a los derechos, ni pedir la hoja de reclamaciones. Lo recibes gratuitamente y, a la vez, lo das gratis.

Esto —insisto— no es el mercado: no hay contrapartida, no existe el *do ut des*. En el diccionario del gratis total no existe la expresión «tener que»... o el condicional, por ejemplo: «si ella es buena chica, yo la llevo en palmitas».

Lo que figura en ese diccionario es algo mucho más fuerte. Algo no apto para cardíacos. «Yo la llevo en palmitas porque es mi chica, sea lo que sea y haga lo que haga. Y además la llevaré siempre, pase lo que pase, así se vuelva cleptómana, maniática o sencillamente anciana de ochenta y cuatro años, con demencia senil y descuido de la higiene personal..., hasta que se muera.»

Eso es lo que significamos cuando prometemos querernos «en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, todos los días de mi vida». ¿Qué te creías? ¿Que era una fórmula de trámite? ¡Conque contrato burocrático!

Pero, oiga, todo esto es muy *heavy*... ¿No te estoy diciendo desde el comienzo del libro que el matrimonio es algo grandioso, que toca todas las entretelas del ser humano? ¿Que nada en el amor es un jueguecito? Nada: ni el «Sí, quiero», ni la entrega ni la relación sexual ni el gratis total.

Te pongo otro supuesto aún más *heavy*.

Ella se te va con otro. ¿Qué te parece? O incluso, él se va con un tío, ¡con un tío! ¡Tu marido con un maromo! Y te deja tirado/a y con tres niños. ¿Qué haces?

Cuatro opciones:

1. Página de sucesos.
2. López Aguilar.
3. Psiquiatra.
4. Gratis total.

1. Es humanamente comprensible, pero como-que-no. «Mata a su marido, o a su mujer, de tres tiros y se entrega a la Guardia Civil.»

2. Divorcio-exprés promovido en España por el ministro López Aguilar. (QUE SE SEPA: señaladle todos con el dedo). La opción López Aguilar es la solución fácil. Y, desde luego, rápida, rapidísima: te inventas cualquier pretexto y te libras del cónyuge en cero coma. No digo que no tengas motivo, si tu chico se da a la homosexualidad (o a la bebida), pero entonces estabas poniendo condiciones a tu matrimonio cuando dijiste «Sí, quiero» (Sí, quiero..., siempre que *éste* no me engañe con otro tío o le dé a la frasca). Te has tomado a broma el matrimonio, lo has considerado un juego.

3. La solución clásica. El cornudo de toda la vida, objeto de burla popular y materia prima de magníficas novelas (*Madame Bovary*, *Anna Karénina*). El marido o la esposa despechados se resignan y soportan la humillación, sin separarse, pero quedan perpetuamente resentidos, rabiando o hundidos, con terribles complejos. Hoy irían al psiquiatra, en busca de antidepresivos. Lógico y humano. Es una actitud noble y hasta heroica. Pero no es el estadio más puro del amor.

4. Consiste en seguir queriendo al cónyuge que te ha destrozado la vida. No digo que sea fácil. Al contrario: es casi sobrehumano. Va el tío (o la tía), te hunde en la miseria y se ríe de ti, y tú sigues haciendo esfuerzos por amarle (al menos, esfuerzos).

Externamente no hay mucha diferencia con la opción 3. Hasta es posible que termines en el psiquiatra y vivas atiborrado de fármacos. Pero internamente la diferencia es abismal. Es el amor-regalo. El cuarto CD de la entrega. Como sabes, puede ser el más árido, pero también es el más puro. Sufrirás lo indecible, pero, a diferencia de las otras tres opciones, no vivirás un infierno.

Tranquízate. Lo más probable es que no te encuentres con esa hipótesis. Pero no es malo que, al menos, te la plantees para calibrar lo que significa amar sin condiciones. Para que midas la profundidad que tiene el gratis total.

Lo más probable es que lo que ponga a prueba la pureza de tu entrega sean cosas más corrientitas, pero no menos puñeteras:

- que mi chica se pasa el día tirando de la tarjeta de crédito;
- que mi marido es caótico y desordenado y ya no le soporto;
- que ella se ha obsesionado con los kilos y la tengo en los huesos y más apergaminada que una pasa;
- que él tiene madre, viuda y cargante, y nunca le para los pies;
- que hace ruido al masticar; que es introvertido/a; que habla por los codos; que me roza el coche cada vez que lo mete en un garaje; que jamás pone la tapa en el dentífrico; que grita a los niños; que no les grita nunca...

Marca tú mismo la casilla correspondiente o completa los puntos suspensivos.

Si no te cambias el *chip* mercantilista y no tratas de entender la lógica del despilfarro, no sabes lo que es el amor. Llámalo como quieras, pero no lo llames amor. Si éste no es espléndido y sin medida, desconfía: se trata de otra cosa: Amor-necesidad, maniobras orquestales en la oscuridad, certamen de poesía, salón de maquinaria agrícola, etcétera.

Pero ¿por qué ese carácter gratuito?

Porque, por definición, el amor es un regalo. Algo que te viene dado, desde fuera, que no ha partido de ti. Como te dije, alguien ha tenido que llenar de combustible el depósito. Y lo ha hecho sin que tú pagues la gasolina.

Es el mismo que te ha dado la vida (otro regalo) y te ha creado. El único del que se puede decir, con propiedad, que ama sin esperar nada a cambio: Dios. Por eso decimos que Él nos amó primero. Era el único que podía transmitirnos el Amor (en ese sentido, el fuego sagrado de los dioses de la mitología griega es una metáfora acertada del Amor-regalo del Creador).

Y no hay nada más manirroto, despilfarrador y espléndido que el amor de Dios.

No sé si todo esto te parece elevado. A mi sobrino José Gabriel le cuadra bastante. Otra cosa —dice— es que cueste vivirlo. No es el único: ¡a mí me ocurre igual!

Incluso aporta un argumento. Me dice: Es que lo terrible sería lo contrario. Meter el cálculo en el matrimonio supondría cargárselo. Amar sólo aquello que te reporta alguna clase de beneficio tiene trampa. Y sólo sirve para introducir la desconfianza en la pareja. Y al revés: ¿Tú sabes la tranquilidad que da pensar que te aman sin cálculo, que no te quieren por tu dinero o tus posesiones, si no por ser quien eres?

El «Sí, quiero» y el aprendiz de brujo

En el contrato más audaz haces la promesa de dar al otro cuanto eres y cuanto tienes. Y esa promesa genera un vínculo, que te une a tu pareja de por vida.

La palabra «promesa» está muy desprestigiada en esta época donde se da muy poco valor a la palabra dada. En el Siglo de Oro, decías «palabra de honor» y eso iba a misa. Y si alguien no cumplía su palabra, sobrevenía un drama calderoniano en el que podía

morir hasta el apuntador. Y hasta hace sólo medio siglo (hasta que el lenguaje se pervirtió), cuando alguien daba su palabra de caballero, nadie lo ponía en duda.

Ahora dices «palabrita» y luego haces de tu capa un sayo y aquí no pasa nada; o sacas la Resolución 343 de Naciones Unidas y ya verás qué poco tarda Israel en convertirla en papel higiénico.

Pero el lenguaje tiene su importancia (por eso, la mayoría de los gobernantes tiende a manipularlo a fin de retorcer la realidad a su conveniencia). Y cuando das tu palabra te estás proyectando en lo que dices.

En *Un hombre para la eternidad*, Tomás Moro dice que, cuando haces un juramento, pones tu persona en las manos y, si no lo cumples, es como si dejaras escapar tu persona...

Algo parecido ocurre en la promesa de querer a tu cónyuge. Te vincula de tal forma que, si la incumples, de alguna manera te estás rompiendo a ti mismo. Para que te hagas una idea, es como si el «Sí, quiero» adquiriera vida propia, una vez que lo has pronunciado, y echara a andar solo. Tú puedes cambiar, pero el «Sí, quiero» no: es independiente de tus sentimientos o de tu estado de ánimo. Tu promesa no hay quien la cambie.

Es como *El aprendiz de brujo* de Walt Disney pronunciando la palabra mágica. Una vez que la ha dicho, el proceso se pone en marcha, y no hay quien pare la multiplicación de escobas.

Fíjate que en el lenguaje corriente se dice «¿Me das tu palabra?». *Me das*, lo que quiere significar que, una vez prometido algo, eso ya no te pertenece: se lo has dado a otro.

Por otro lado, la promesa no es una imposición externa o un capricho del cura, sino algo tan natural como el propio matrimonio. Brota o se deriva espontáneamente de la naturaleza del amor. La prueba es que los que están enamorados tienen una inclinación natural a vincularse por medio de promesas. ¿Quién les obliga a decir, espontáneamente: «jamás me separaré de ti, mi churri», pongamos por caso?

Y el cancionero mundial, desde el siglo XIII hasta *Operación Triunfo*, pasando por los festivales de San Remo, están plagados de promesas de fidelidad eterna.

Tan eterna que te ata aunque dejes de estar enamorado. Lo explica muy bien nuestro viejo amigo C. S. Lewis: «Una promesa debe hacerse acerca de cosas que yo puedo hacer, acerca de actos: nadie puede prometer seguir sintiendo los mismos sentimientos. Sería lo mismo que prometer no volver a sufrir dolor de cabeza o tener siempre apetito».

El matrimonio en la era del Messenger y el SMS

Los psicólogos casi nunca coinciden en sus diagnósticos sobre las crisis matrimoniales. Menos en un aspecto, uno solo: «falta de comunicación». Dan en la diana, porque es un aspecto crucial para casar las almas. «No se hablan», se suele decir cuando una pareja hace aguas. Lo cual, en la era del Messenger, los SMS y las videoconferencias, resulta aún más clamoroso.

¿Que por qué es tan importante hablar? Porque el contrato audaz que embarca tu vida entera en la aventura no se sostiene sin comunicación.

Lo expresa, con su precisión de filólogo y su hondura de filósofo, Juan Pablo II:

«El matrimonio es el contrato más audaz y el más maravilloso que pueda existir: los esposos prometen comunicarse cuanto son y cuanto tienen.»

«Comunicarse.» No dice darse o entregarse o intercambiarse, sino «comunicarse». Y es que la comunicación engloba todo aquello: darse, intercambiarse, compartir...

La comunicación no es exclusivamente verbal. Incluye lo que Juan Pablo II llama «el lenguaje del cuerpo». Aquí entran el gesto, la mirada, la sonrisa... y el abrazo amoroso, aspecto clave en la unión conyugal («una sola carne»). Mediante esa forma de comunicación, los cuerpos expresan aquello que no se puede expresar con palabras («No tengo palabras», solemos decir ante algo admirable que nos desborda).

Incluso el silencio puede ser comunicación. Algunas de las escenas más impactantes o conmovedoras de una buena película son mudas: se apoyan en la expresividad silenciosa de los actores. Y también la vida corriente en una familia, en una pareja, puede estar hecha de silencios expresivos. Lo corrobora el filósofo alemán Martin Heidegger, «la silenciosidad es un modo del habla».

Sin embargo la forma más usual, rápida y práctica de comunicarse es la palabra. El lenguaje oral es el vehículo para compartir el conocimiento, los sentimientos, los valores, los proyectos..., etcétera.

La mejor forma de regalar al otro nuestro yo más íntimo es el diálogo. Por eso, «amar es dialogar», explica Ricardo Yepes. «La importancia del diálogo en el amor difícilmente puede ser exagerada: se trata de comunicarse.»

Los políticos insisten constantemente en el diálogo (dime de qué presumes, etcétera), pero no es una tontería: porque no hay otra forma de evitar los conflictos o de solucionarlos en la comunidad social. Lo mismo ocurre en esa sociedad-bonsái que es la familia: sin diálogo no va a ninguna parte.

He dicho diálogo, no monólogo. El matrimonio-pantufla estaba lleno o bien de silencios inexpressivos o bien de monólogos. El matrimonio pata negra, el audaz y romántico, se teje a base de diálogo. Porque dialogar es compartir.

Y no es fácil. A muchas parejas, cargadas de buena voluntad, les cuesta sangre hablar..., sacar lo que llevan dentro. Y no es que no quieran, es que no saben. Y a fuerza de no comunicarse llegan a la errónea conclusión de que lo suyo no tiene futuro. Pero no es así. ¡Por supuesto que tiene futuro!

La comunicación es un arte y requiere aprendizaje. Será cuestión de intentarlo, de echarle dosis de paciencia, de hablar y escuchar, de buscar tiempos y espacios propicios para que fluya el diálogo. Y si hace falta, pedir ayuda.

Cuatro recetas para compartirlo todo

¿Y cómo se comparte todo? ¿Cómo se genera y se robustece la complicidad? A nosotros nos dieron cuatro recetas, cuando éramos novios, y nos han venido muy bien. Son éstas:

1. Lo mío es suyo.
2. Comunicación instantánea como el café.
3. Intimidad sagrada.
4. Intercambio de *hobbies*.

Lo mío es suyo: Ricardo Yepes da la clave: «Los secretos se comparten sólo con quien nos ama, porque sabemos que no va a divulgar lo nuestro..., porque también es suyo.»

Ésa es la primera receta para compartirlo todo. Repetirse «lo mío es tuyo» con la misma convicción con la que el típico peso pluma, salido de un gimnasio con olor a pachuli, repite: «¡Soy el mejor, soy el mejor, soy el mejor!» Tatuárselo en la mente. Y hacerlo personal.

La pareja que inicia su vida matrimonial debería quitar de la pared del *office* la frase anglosajona «Home sweet home» (bienintencionada pero hortera, sobre todo según en qué marcos) y colocar esa otra: «Lo mío es tuyo.» Y procurar vivirlo en aspectos concretos y cotidianos.

¿De quién es el dinero?

Ejemplo pejiguero. El dinero. Vamos a ver, ¿de quién es el dinero? Nuestros hijos responderían a esa preguntan sin pestañear: «De los dos.» De los dos..., aunque sólo uno de los cónyuges trabaje fuera de casa. O mejor dicho, lo ganamos los dos. Porque cada uno hace una aportación a la casa. Tan capital es el cuidado del hogar y de los hijos, como salir a cazar mamuts.

Implicaría, a estas alturas, caer en un machismo apestoso, que el hombre considerase el dinero suyo y dispusiera de él, dándole una asignación temporal a la mujer, sólo porque él trabaja fuera y ella no. Y no menos rancio sería el apestoso feminismo en el caso contrario.

Pero la cosa también puede ser peliaguda si trabajan los dos fuera de casa. Y subrayo fuera de casa, porque es tan trabajo uno como otro. Y puede ser tan absorbente uno como otro. Pero es más ingrato uno que otro: el hogar. Nadie te lo reconoce. Aunque posiblemente sea más enriquecedor...

Si los dos traen dinero de fuera..., el dinero sigue siendo de los dos. Aunque lo más probable es que uno gane más que otro. Suena a elemental, pero conozco algún caso de parejas que tratan de convertir el matrimonio en una especie de sociedad anónima, en la que la participación de cada uno depende de las acciones que haya comprado... O sea, que como tú eres fontanero, pongamos por caso, y ganas un pastón más que tu chica, que sólo es médico, ¿tienes más derecho al dinero porque ingresas más? ¿No habíamos quedado en que «lo mío es tuyo»?

El hogar tampoco puede convertirse en el escenario de una lucha de clases (que uno se crea más que otro, por sus cargos o su influencia en el trabajo externo). Dicho así puede sonar ridículo, pero no es la primera vez que a ella (y más frecuentemente a él) se le sube el éxito a la cabeza.

Perdona que me detenga en este punto, pero es que es muy puñetero el vil metal, que separa familias y enfrenta a hermanos por las dichosas herencias.

Es el típico asunto que los novios deben incluir en su temario (la famosa lista de bodas) para tenerlo muy claro antes de casarse. Y en el matrimonio puede dar mucha guerra, si no se han sentado las bases. Lo de menos es la fórmula (quién traiga el dinero, cómo se repartan los papeles), lo importante es estar de acuerdo.

Comunicación instantánea como el café: La comunicación debe ser instantánea. Consiste no sólo en hablarlo todo (como veíamos en el noviazgo), sino también en hablarlo pronto. A la primera persona a la que le comunicamos las grandes noticias o aquellas que nos conmueven debe ser el cónyuge.

No es una trivialidad. Porque las alegrías y las penas tienen una fuerte carga de emotividad en cuanto se reciben..., luego, conforme pasan las horas, el gas se pierde. Y si queremos compartirlo todo, también debemos compartir la emotividad, el impacto que nos produce una noticia, un sentimiento, un estado de ánimo. Así que: comunicación instantánea. En caliente, sin guardártelas para ti o sin contárselas primero a otro.

Dos peligros.

En el caso de él: malo sería que el primero que se enterara de un éxito, de un fracaso, de una contrariedad, fuera un compañero de trabajo o..., peor aún, una compañera.

En el caso de ella: malo sería que el primero que se enterara fuera... mamá.

No me lo invento, estoy reflejando casos reales. Tiene gracia que, mientras somos novias, no queremos ver a la madre ni en pintura: nada más que con el churri. Y en cuanto nos casamos, todo el rato con mamá.

La intimidad es sagrada: Tu amigo más íntimo debe ser tu mujer, y tu amiga más íntima debe ser tu marido. Es la consecuencia lógica de la entrega de tu yo, de ese compartirlo todo (penas, alegrías, fracasos, proyectos, sueños, incertidumbres).

Eso no quiere decir que no conserves a los amigos o no hagas otros nuevos. Recuerda que la amistad es otra forma de amor, especialmente noble y gratificante. Pero por mucho que intimes con ellos, nunca llegarás al grado de complicidad que puedes

alcanzar con la persona que mejor te conoce y, sobre todo, que más te quiere.

Ya sé que hay maridos normales y esposas bienintencionadas que, sin llevarse mal con el cónyuge, tienen su coto cerrado de amiguetes, con los que quedan a cenar, a jugar a las siete y media o a conocer Europa del Este. Pero el hecho de que eso sea relativamente frecuente no quiere decir que sea natural. Si te has casado es para compartirlo todo. También el tiempo libre. Una cosa es que uno de los dos se vaya con amigos como una excepción y otra es que convirtamos la excepción en regla.

También sé que algunos hombres se abren más a un amigo o que algunas le cuentan sus interioridades a una íntima, en lugar de hacerlo a su cónyuge. Tienen el prejuicio de que les va a comprender mejor una persona de su sexo. «Son cosas de mujer, él no las pillá.» Y olvidan que quien mejor la comprende es quien la ama. O, por lo menos, quien se ha unido a ella para quererla.

Si te has casado es para compartirlo todo. También las intimidades. Sobre todo las intimidades. Porque son sagradas.

Copio y pego la idea de Ricardo Yepes: «Los secretos se comparten sólo con quien nos ama, porque sabemos que no va a divulgar lo nuestro..., porque también es suyo.»

Dos consejos:

- Vacaciones sin amigos. La intimidad familiar abarca a los hijos (y como mucho a los padres y hermanos). Poco más. Es bueno que el hogar esté abierto a todos, que padres e hijos tengan amigos. Pero es preciso fijar algún límite para que el fuego no se desparrame y la intimidad familiar no se pierda.

No es lo más adecuado irse siempre de vacaciones con otras familias. (Alguna vez aislada la experiencia puede tener gracia, pero no es de recibo hacerlo sistemáticamente.) Máxime cuando durante el curso vamos achuchados de tiempo, apenas nos vemos y el verano o la Semana Santa constituyen la única ocasión de que toda la familia esté junta.

- Ojo con la promiscuidad *light*. La incorporación de la mujer a la vida laboral y las distancias kilométricas de la gran ciudad propician una variante de promiscuidad: la PLP, la *Promiscuidad Light Profesional*.

Haz la experiencia: date un garbeo por los garitos de menús económicos (o los restaurantes de cinco tenedores) un día lectivo y verás el cachondeílo. Manadas de compañeros de trabajo, indígenas e indígenas de cuello blanco, pasándoselo pipa y haciendo risas, con el pretexto de una comida de trabajo.

La L es de ligoteo. Un ligoteo tontorrón, de bromitas y chistecitos, que queda en eso, en unas risas y un estirar las piernas después de una estresante mañana. L de *light*. Porque nunca pasa nada..., hasta que pasa.

Con todo, eso no es lo peor. Tontear con varios colegas de trabajo da poco margen. Lo peor es cuando almuerzan sólo él y ella. Y, peor aún, si quedan sistemáticamente. No son imaginaciones: lo he visto.

Dirás: ¿y qué? No es nada malo. En principio, no. Pero en la práctica, sí. Porque si él y ella quedan por sistema, el tema del trabajo se agota pronto. En cuanto has criticado al jefe y has sacado la piel a tiras a media plantilla, tienes que hablar de ti mismo y de tus cosas. ¡No vas a hablar del tiempo!

Y si hablas de ti y de tus cosas, le estás abriendo de par en par las puertas de tu intimidad. Con el agravante de que esa intimidad ya no te pertenece, sino que la compartes con tu cónyuge.

¿Qué te queda por compartir con la/el compañera/o de trabajo si ya le has hecho partícipe de éxitos, fracasos, miedos, dudas? ¿Si llega un momento, conforme avanzas en confianza, en que le terminas dando y pidiendo consejos sobre lo divino y lo humano? ¿Qué te queda por compartir? Sólo un «pequeño detalle». Quizá por eso Chesterton decía que «todo coqueteo es una forma de matrimonio».

¿El mando de la tele o la última gota de sangre?

Intercambio de hobbies: Por lo general, no existen los grandes amores arrebatadores, en los que uno da la vida por su amada, o se toman juntos el cianuro mirándose tiernamente a los ojos. Eso sólo se da en la novela rusa del siglo XIX o en los folletines de Victoria Holt.

Tengo un amigo, casado, *of course*, que siempre dice: «En el matrimonio es más fácil entregar hasta la última gota de sangre que el mando de la tele».

Los gustos y las aficiones pueden enfriar un matrimonio o unirlo. No se trata de renunciar a ellos, sino de compartirlos. Conozco cantidad de parejas que han terminado intercambiando sus *hobbies*. Lo cual es una forma divertida de enriquecerse mutuamente.

Si a ti te fascinan los sellos, por ejemplo, disfrutarás el triple si compartes tu pasión con tu chica.

Pero en un tema tan relajado, lo mejor es que te lo tomes relajadamente. Si no consigues aficionarla a la caza del rinoceronte blanco, tampoco pasa nada. Disfrútalo a tus anchas. Pero sabiendo que tendrás que ceder. La afición come tiempo y el tiempo en el matrimonio no es oro, sino amor. Lo mismo el mando de la tele. Los partidos de fútbol (él) o las pelis de George Clooney (ella) que has dejado de ver pueden ser un termómetro de vuestra entrega. Eso es rendirse sin condiciones. Aunque todavía es más unitivo, las horas de tele, o de sellos o de deporte..., compartidas.

La unidad no tiene partes

Hasta aquí hemos visto que la comunicación es clave para casar las almas, y esto a su vez es esencial para consolidar la unidad. Pero no podemos despachar este importante asunto sin subrayar que la unidad es un hecho natural. No os vayáis a creer que la unidad se consigue mediante una técnica artificial. No. Es algo que está inscrito en los genes de varón y mujer, personas diferentes, incluso muy diferentes, pero a la vez complementarias, incluso muy complementarias. Tanto, tanto, que se unen solas.

Para entender la fuerza de la unidad hay que volver al Génesis. El concepto «una sola carne», inédito en el resto de la naturaleza, no está expresando un deseo: ojalá con los años Pepe y Susi lleguen a alcanzar ese ideal, una meta sin duda hermosa pero poco accesible. Tampoco es un sentimiento. O una opinión. O una teoría, con la que puedes estar de acuerdo o no. Ni una murga de la Iglesia.

Nada de eso. «Una sola carne» es la descripción de un hecho. La enunciación de un fenómeno de la naturaleza: algo así como todo cuerpo sumergido en un fluido experimenta un empuje similar al volumen del cuerpo desalojado. Es física, a ver si lo pillamos de una vez.

El varón y la mujer están hechos el uno para el otro, del mismo modo que la llave del Mini y la cerradura. Sin llave y sin cerradura, no se abre el coche. Sin arco y flecha no hay posibilidad de disparar: son una sola arma. Hasta el lenguaje cotidiano se hace eco, consciente o inconscientemente, de «una sola carne» cuando llama precisamente «macho» y precisamente «hembra» a las dos piezas de que están compuestos algunos objetos y que encajan entre sí. «La clavija necesita una hembra de un diámetro mayor» o «Al automático de la falda le falta el macho». El bricolaje o las chapuzas eléctricas de la casa están llenas de referencias a dos piezas (macho y hembra) que por separado no sirven para nada, pero que, una vez encajadas entre sí, tienen sentido.

El Diccionario de la Real Academia subraya un aspecto que nos va a ayudar a verlo. No habla de dos objetos, sino de uno solo. Macho y hembra son «dos piezas de un solo objeto». El arco y la flecha o el lapicito y la agenda electrónica son una sola cosa, aunque estén compuestos de dos piezas. Y con la particularidad de que han sido fabricados expresamente así. Palm diseñó su modelo de agenda electrónica pensando en un puntero y en una pantalla líquida y nada le frustraría más que los usuarios dijeran que su idea de agenda electrónica no tiene futuro o es una meta bonita pero inalcanzable.

La experiencia de millones de años de Humanidad, el diccionario y el bricolaje te vienen a decir que «una sola carne» no es exactamente una meta, sino un punto de partida. Un hecho constatable de la naturaleza. Por eso, llega Adán y nada más ver a Eva observa: «Esto es carne de mi carne». Todavía no ha consumado la unión, pero ya certifica que son «uno» antes de empezar su vida en común, antes de la historia de su matrimonio y de todos los matrimonios de la Historia.

Perdona mi insistencia. Pero quiero dejar clarito que el hombre y la mujer están en su salsa en el matrimonio. Que es natural como la vida misma: como el sucederse de las estaciones o la salida del sol. Que no es un ideal para gente más especial que un perro

verde, o una prueba de resistencia para que se la chupe un Lance Armstrong de gemelos de acero. Las pelis y las páginas de sucesos parecen empeñados en demostrarnos eso, pero la naturaleza nos habla a gritos de que la unidad es un hecho.

Desde lo más elemental: ¿qué nos dice la anatomía de varón y mujer, con su lenguaje un poco tosco pero elocuente? Hasta lo más sublime: el carácter indestructible de esas parejas sólidas que viven el uno para el otro. O, por defecto —como dicen los informáticos—, la viuda o el viudo que se vuelve una sombra apagada desde que falta el cónyuge. Parece muert@ en vida. Y eso es triste, pero a la vez hermoso, porque es el más expresivo canto a la unidad.

Pero como los humanos somos olvidadizos y contradictorios, necesitamos reforzar las cosas esenciales de la vida. Una de esas cosas es Una-sola-carne, pongámosle nombre de indio sioux para que no se nos olvide.

Chuleta para el metro

La unidad es natural y un hecho desde que te desposas con tu chica. Pero luego hay que reforzarla y consolidarla. Para no liarte más te daré una chuleta con tres puntos, muy prácticos. Una chuleta para leer en el metro, como el periódico gratuito.

Más sofá que cama: Fíjate que no estoy diciendo que el sofá sea más importante que la cama, dado el carácter esencial que tiene la unión de cuerpos en el matrimonio. Lo que digo es que hay que dedicar más tiempo a hablar (el sofá) que al abrazo amoroso (la cama).

Hablar, hablar, hablar. Nada apuntala tanto la unidad. Hablar hasta ver amanecer. Los autores lo hemos hecho alguna vez y nos ha dado un magnífico resultado. No dejar dormir los temas, sino abordarlos y dedicarles el tiempo que sea necesario. Eliges una noche adecuada (la del sábado o en vacaciones), te aprovisionas de café y tabaco y largas (... este libro es zona de fumadores, y se proclama rebelde a la ley Salgado. Se siente).

Discusiones: barra libre: Aplíquese lo dicho sobre las discusiones en el noviazgo.

¿Recuerdas? Pero con tres condiciones:

Poner la vajilla a salvo... Es broma.

- a. No faltarse el respeto. No ya el insulto, sino levantar la voz es falta grave. Quedas descalificado en el juego de la discusión. Es preciso ser muy *british*, muy caballeros o, mejor aún, muy delicados. La falta de respeto abre grietas irreparables en la pareja. Además, ¿cómo vas a levantarle la voz a la persona que más quieres en este mundo?
- b. Saber escuchar. Chungo, chungo..., no sabemos escuchar. Decimos que sí, pero es mentira. No tenemos cogido el arte más difícil: el arte de saber escuchar al otro. Y eso explica muchas cosas.

En el matrimonio, tenemos que ser, por encima de todo, Orejas. Tu persona entera debe ser una Enorme Oreja a disposición de lo que tu chic@ necesite. Con eso tienes ganado el 90 % del *feeling*, de la sintonía en la pareja. Y saber escuchar es clave para discutir. Si te pones tapones en los oídos, estás perdido.

- c. Pedirse perdón. Debe ser como un acto reflejo, tan automático como pisar el freno en la conducción. En toda pareja unida, se establece una especie de competición por ver quién pide perdón primero.

Pequeño truco (dada la dificultad innata de bajar del burro): que pida perdón primero el que crea que tiene razón. ¿Y si realmente tiene razón? ¿Y eso qué importa? Lo que importa es la unidad. Y, en caso de duda, siempre es mejor ceder, aunque se tenga razón, que deteriorar la relación.

El cónyuge es intocable

Puede parecer elemental, pero no sabes con qué frecuencia se olvida: «No hablar mal del otro.» Ya sé que no es tu caso, pero se trata de una tentación típica en la que a veces caemos las mujeres con las amigas. No es ninguna tontería. La fisura que tal cosa genera tiende a agrandarse con el tiempo. Para evitarlo es necesario no criticarlo (o criticarla) en nuestro interior. Y eso implica quererlo tal como es, con sus defectos.

Con los años y los estragos del tiempo, la imagen del cónyuge puede sufrir merma o desdibujarse. Es bueno en esos casos subrayar lo positivo que tiene, traer a la memoria y al corazón todo aquello que te enamora de él/ella.

De cualquier forma, si eres unidad, si eres Una-sola-carne, no se te ocurre exhibir, como en una feria, los defectos, manías o debilidades del otro. Porque el otro... eres tú.

Una amiga nuestra dice que las parejas se rompen porque no están bien casadas. Puede parecer de Perogrullo..., pero tiene su lógica. Casar no sólo significa contraer nupcias, sino también unir una cosa con otra. Casar cuerpos y almas, casar dos caracteres, dos idiosincrasias, dos formas de ser, dos biografías. Cuesta, saltan chispas, es preciso vencer resistencias, limar asperezas. Pero lo que está bien ensamblado es irrompible. La unidad es de una pieza. Y el matrimonio es una unidad.

Si hay grietas o sensación de esclavitud, es porque los cónyuges viven como solteros.

VII. PIJAMA PARA DOS

Casar los cuerpos

Ella no se casa con su mejor amiga..., sino ¡con un hombre!

¿Habéis visto a Mel Gibson pintarse las uñas de los pies?

No tenéis más que ir al videoclub y alquilar *Lo que piensan las mujeres*, una divertida comedia sobre un publicista que se pone en el pellejo de las féminas para ver lo que sienten y vender así mejor productos de belleza. Gibson cruza una barrera infranqueable y descubre un mundo completamente diferente. La experiencia le viene muy bien: porque comprende a la mujer, sufriendo, en carne propia, lo cruel y abusivo que es el machismo.

Cuando te casas, sigues, de alguna forma, los pasos de Mel Gibson. Ella y él se internan en un planeta inexplorado...

Él descubre que ella segrega un líquido transparente por los ojos sin venir a cuento, y que cuando le preguntas qué le pasa te dice que nada, y cuanto más le preguntas, más te niega la evidencia; y si te das por enterado y regresas a tus quehaceres, ella, lejos de calmarse, sigue segregando líquido a gotas. Pero si le haces caso y vuelves a inquirir la razón de su desazón, las gotas se hacen ríos, y los mohínes, jipidos.

Y ella descubre, a su vez, que cuando le dices que no te pasa nada, el muy imbécil es incapaz de captar lo que te pasa. Y o bien se vuelve a encerrar en su cueva, lo que demuestra que no le importas, o bien insiste en preguntarte, lo que demuestra que te está tomando el pelo.

La escena se repite invariablemente cada vez que un hombre y una mujer inician su vida en común. No hay que asustarse. Visto con distancia puede resultar divertido y hasta tierno.

La escena del líquido no es sino la punta del iceberg. Porque, contra lo que pretenden ciertas leyes y numerosas peluquerías, la igualdad de los sexos es uno de los mayores camelos del mundo. Igualdad, igualdad, lo que se dice igualdad, se refiere a muy poquitas cosas. Hombre y mujer son iguales como personas —y en consecuencia en cuanto a derechos, faltaría más—, pero poco más. «Los hombres son de Marte y las mujeres de Venus», como se titulaba un famoso libro de autoayuda norteamericano.

Las diferencias abarcan muchos campos. Son:

- Biológicas, fisiológicas (notorias).
- Anímicas (la mujer suele ser más inestable; sin embargo, es más resistente al dolor; puede ser más débil físicamente, pero puede tener más fortaleza interior).

- Psicológicas (afectividad, posición frente a los sentimientos).
- Comunicación (expresividad, precisión en el uso del lenguaje), etcétera.

Archisabido. Pero sólo las vives cuando estás casado.

Lo importante es no perder la capacidad de asombro frente a las sorpresas del otro sexo. Sólo así evitarás juzgar al cónyuge con parámetros inadecuados.

¡Entérate!: No te has casado con tu mejor amiga..., sino con un tío: una criatura tosca y peluda, que se afeita por las mañanas y que, en las cenas de amigos, le da por querer cambiar el mundo, cuando a ti sólo te interesa cambiar la decoración del *office*.

Y si eres hombre, deberás modificar el *chip* para enfrentarte al misterio de la feminidad: una verdadera caja de sorpresas.

Lo bueno del matrimonio es que tales diferencias, lejos de distanciarte, te pueden unir más a tu pareja. Por dos motivos:

- Sales de ti mismo: Te obligas a ponerte en la piel del cónyuge, a abandonar tu universo (masculino o femenino), a interesarte por el otro y sus cosas, tan ajenas a ti. Y a superar tu egoísmo.
- Te enriquecen. Sin dejar de ser muy varonil o muy femenina, la convivencia con el otro sexo te feminiza o te masculiniza. Te aporta otra perspectiva y llegas a adquirir así una visión más amplia. Y también más ecuánime.

Cuantas más diferencias y más acusadas, mejor será el acoplamiento, mayor será el enriquecimiento.

Y aquí entra en juego el amor. Para poder acoplarte debes amar las diferencias. Por eso lo importante no es que hombres y mujeres sean de galaxias distintas, sino que se quieran. La meta no es tratar de entender una sensibilidad diferente. No decimos ante el altar: «Prometo entenderte...», sino «Prometo quererte...».

A la misma conclusión llegaba, irónico, Oscar Wilde: «La mujer no está para ser comprendida, sino para ser amada».

Traigo esto a colación, porque puede evitar muchos malentendidos y tranquilizar a algunos recién casados. El desacuerdo y la incompatibilidad no tienen por qué ser motivo de fricción e incluso de ruptura. Mucho casado con horas de vuelo no se ha enterado aún de que ella y él no se entienden bien no porque no hayan nacido el uno para el otro, sino porque ella es mujer y él varón. Nada más. Tendrán que ceder, comprender, ejercitar la paciencia. Y, como siempre, hablar, hablar, hablar...

Pero la diferencia en sí no es motivo de desamor. Conceptos como «incompatibilidad de caracteres», tan socorridos en los procesos de divorcio, son una trampa. Por esa regla de tres, todos deberíamos estar divorciados. Lo decía G. K. Chesterton a principios del siglo XX, al referirse a los gringos: «Si los americanos pueden divorciarse por “incompatibilidad de temperamentos” no puedo entender por qué no están todos divorciados. He conocido muchos matrimonios felices, pero nunca uno

compatible. La idea del matrimonio es luchar y sobrevivir el instante en el que la incompatibilidad se hace incuestionable. Porque un hombre y una mujer, en cuanto tales, son incompatibles.»

El tesoro de la sexualidad

Ese enriquecimiento, fruto de la diferencia, tiene su culmen en la unión sexual.

De nuevo el sioux Una-sola-carne hace su aparición. Lo más natural, la vocación primigenia del hombre, se concreta en un don increíble que da origen a la vida. Estamos acostumbrados y no lo valoramos. Pero el regalo de la sexualidad, la capacidad de Adán y Eva, y de todos los adanes y las evas que les han seguido para unirse en el abrazo amoroso, engendrar nuevos seres y completar la Creación, es la primera maravilla del mundo.

«No sé cómo os formasteis en mi seno; no os he dado el aliento de vida ni compuse vuestros miembros...», dice a sus hijos la bíblica madre de los macabeos, asombrada ante el milagro de la vida. Miles de años después, estas palabras, llenas de ternura y admiración, siguen teniendo vigencia. Ninguna madre sabe hacer manos, pies, bocas, ojos, cerebros, pero millones de mujeres en el mundo engendran cada día nuevos seres humanos, seres que nueve meses antes no existían. Sólo en la sexualidad el hombre obtiene algo que supera sus posibilidades.

Filósofos y poetas se han referido al tesoro de la sexualidad como algo divino: la unión carnal ha sido calificada, justamente, como placer de dioses; y la capacidad de engendrar, como un atributo sobrenatural, una facultad cedida desde lo más alto a los pobres humanos.

Por esa razón, no se puede entender la sexualidad humana como pura animalidad, sino como algo grandioso, una «delegación» del poder sobrenatural; una efusión del Amor con mayúsculas (el amor-regalo) que permite al hombre y a la mujer entregarse con alma y cuerpo, y asumir las riendas del origen de la vida, una atribución que no es propia del hombre, sino concedida por el Único que sabe hacer «ojos, boca, manos».

Desembocamos así en una idea que ya adelanté: no se puede sacar el sexo del contexto del amor. En los párrafos anteriores tienes argumentos de sobra.

De ahí la necesidad de casar antes las almas que los cuerpos. El sexo desgajado de su ámbito natural, desprovisto de significado, se convierte en una mentira. «Una entrega corporal que no fuera a la vez entrega personal sería en sí misma una mentira, porque consideraría el cuerpo como algo simplemente externo, como una cosa disponible», explica el antropólogo Antonio Ruiz Retegui.

Lo vamos a ver con una comparación expresiva. Sexualidad y sonrisa se parecen porque ambas son naturalmente humanas y en ambas se manifiesta y se da la persona.

Ricardo Yepes señala que cuando la sonrisa no expresa sentimientos y actos propios del amor, como la aceptación y la alegría, «se convierte en una *mueca*, un gesto falso y forzado, que no expresa nada, sino que incluso *oculta algo*».

Del mismo modo, si despojamos a la sexualidad de sus componentes naturales (el eros y la fecundidad), «se convierte en un gesto vacío y falseado, pues en realidad no realiza lo que parece indicar».

«Si no hay amor —subraya Ruiz Retegui—, la sonrisa y el gesto sexual no significan lo que naturalmente son y, por tanto, están vacíos: son sólo satisfacción instintiva.»

«Estoy sintiendo tu perfume embriagador» y otras características de la vida sexual sana

Programas de televisión y consultorios predicán la vida sexual sana. Y los sexólogos no dan abasto ante las consultas. Algunas, poquitas, tienen que ver con el amor, el desamor, el afecto. La mayoría se refiere al placer. Si pintorescas son las cuitas, patéticas resultan las respuestas. Casi todo se reduce a una cuestión de tamaño. La vida sexual sana se entiende como técnica. Deberían devolverles el dinero, porque la sexualidad humana no es una técnica. El amor no se hace —otro tópico falso—, porque no puede hacerse como se hacen churros. El amor se dice y «el gesto sexual es el modo propio de decirlo, de manifestarlo como una donación a la persona amada» (Yepes).

Si quieres llevar una vida sexual sana, debes atenerte a la naturaleza y a las leyes del amor.

La vida sexual sana supone...

Donación personal...: Cualquiera aprecia sin entrar en dibujos metafísicos que ni «echar un polvo» —con perdón— ni regalarse un morreo para ponerse cachondo ni la aventura esporádica son vida sexual sana. Y no me refiero a cuestiones médicas, sino al terrible vacío que provoca.

Lo humano —en cuanto que nos distingue de los animales, que «sí echan polvos»— es la donación personal.

Entre seres racionales, creados para amar, la relación carnal debe ser una relación personal, no un acto anónimo. Y no se puede entregar un cacho de persona, un aspecto parcial, sólo el cuerpo: eso sería un engaño. Se entrega toda y para siempre. Porque si fuera una «unión a prueba», el gesto sexual sería la «sonrisa falseada por una reserva interior» de la que habla Yepes.

Vida sexual sana supone la donación personal plena y no condicionada en el tiempo.

Exclusiva...: Tampoco es difícil entender que esa unión carnal pide exclusividad. Uno con una para toda la vida. El cuerpo no miente: cuando un hombre y una mujer se unen en el lecho, los cuerpos dicen: «te quiero sólo a ti y para toda la vida». La mente humana puede tratar de engañar, pero el cuerpo no. El cuerpo sólo sabe decir: «te quiero

sólo a ti». Lo dice con sus caricias, sus abrazos, con la intensidad del acto. Incluso lo dice, explícitamente, con la palabra: no pueden ser más rotundas las cosas que, en el acto sexual, el hombre le susurra al oído a la mujer: «Estoy loco por ti», «lo eres todo para mí», «amor mío». ¿No expresan el carácter definitivo y exclusivo palabras como *loco*, *todo*, *mío*? Si luego te vas con otra persona, estás engañando a la primera y te estás contradiciendo.

Aquí tenemos el fundamento natural del matrimonio: monógamo (exclusivo) y estable (para siempre). No se trata de un capricho de la Iglesia o de la sociedad, sino de una consecuencia natural derivada del propio acto sexual. La sociedad o la religión no han hecho otra cosa que reforzar esa tendencia natural.

Consecuencia de la unión de almas...: Tiene mucho morro el marido que, en la cama, dice ternuras a la mujer y el resto del día va a su bola, como ya adelantamos en otro capítulo. Mucho «cariñito mío», y luego, si te he visto no me acuerdo. La vida moderna lo propicia —distancias largas, toda la jornada separados, cada uno embebido en su trabajo...—. Pero existe el móvil o el SMS (medios) y, sobre todo, el empeño de los amantes por decirse que se quieren (voluntad). Y hasta Internet. «Es que me quita tiempo.» ¿Sí? ¿Y el que pierdes mandando chistecitos de la Red a amigos y colegas? Q de Querer.

Piropear sólo a la hora de la verdad —por decirlo taurinamente— y al día siguiente, en el desayuno, esconder la cara tras el *Wall Street Journal*, es de las cosas que peor sientan a la mujer —con toda la razón: se siente usada— y que más deterioran la unión.

Si la quieres (o le quieres) con locura en el lecho, y le prometes el oro y el moro bajo el efecto de la pasión («estoy sintiendo tu perfume embriagador»)..., luego tienes que ser consecuente y quererla con locura en todo lo demás, en esos detalles menudos de la vida cotidiana («haremos locuras juntos con el amor que nos sobre», que cantaba Julito Iglesias).

La unión carnal debe ser consecuencia de la unión de almas. La donación no puede ser por lotes o a cachos, sino entera. Así que no vale sentir «el perfume embriagador» sólo en la cama y el resto del día comportarte como si tuvieras resaca. El amor no es una borrachera.

Anticonceptivos: toma el placer y corre

Y fecunda: También por naturaleza, la unión sexual es fecunda. Es el origen de la vida, una de las capacidades más grandes que tiene el ser humano. Amputar la fecundidad implica desvirtuar la unión, robarle su sentido.

Ahora se entiende por vida sexual sana el llamado «sexo seguro», que se podría traducir por «toma el placer y corre», es decir, goza como un enano y no te responsabilices de las consecuencias. Mucho morro.

Llegamos al peliagudo asunto de los anticonceptivos, los artilugios que han separado el sexo del amor. Polémica cuestión, que hace correr ríos de tinta.

Vayamos por partes.

- a. El objetivo número uno de Una-sola-carne no es el placer. Como he recalcado por activa y por pasiva, te unes a tu cónyuge por amor: porque te gusta (y con razón: es un tío —o una chica— estupendo en todos los sentidos), porque le quieres y porque deseas expresar tu amor con el lenguaje del cuerpo. El placer es la consecuencia, pero no el fin. Si viene —y casi siempre viene—, miel sobre hojuelas.
- b. Si utilizas un preservativo, estás quedándote con el placer y dejando todo lo demás. Estás buscando el placer como fin. Y al cónyuge lo estás tratando como medio para alcanzar ese fin. Es decir, lo reduces a una cosa, a un objeto-para-el-placer. Como una vez le oí a un ginecólogo, no muy sutil: «El que usa condón se está masturbando con el cuerpo de su mujer.»
- c. Además, si te entregas, te entregas por entero. Quieres al otro en su totalidad: también con su capacidad de ser fértil. La unión carnal es fecunda. Y si no, es un engaño. Si recurres al condón, estás mintiendo. Porque tú dijiste que le tomabas como esposo, a todo él (o ella), y no sólo una partecita pequeña que era el gustirrinín que te da en la cama.
- d. ¿Y si tenemos problemas?, me pregunta alguna pareja de novios. Si sufrimos serios apuros económicos o pelagra la salud de la madre si tenemos hijos (o más hijos). ¿No podemos usar preservativos? Además, en este caso, no se puede decir que el fin no sea el amor («lo que me preocupa es la salud de mi esposa»).

Le respondo: ¿no se te ha ocurrido pensar que la propia naturaleza sabe prever e incluso distribuir cíclicamente las consecuencias del acto sexual (los ciclos menstruales de la mujer)? Regular la natalidad de forma natural, de suerte que se tengan relaciones sólo en períodos infértiles, no implica engaño, ni cosificar al cónyuge. Y no pone el placer en primer plano: ya que supone vivir períodos más o menos largos de abstinencia.

—¡Es que eso no hay quien lo soporte! ¡Reducir las relaciones a cuatro días al mes —pongamos por caso— es muy duro!

—¿Pero tú qué es lo que buscas, la salud de tu esposa o el gustirrinín? Si realmente la amas, no te deberá importar ese sacrificio.

Además, de alguna forma, la abstinencia pone a prueba la pureza de tu amor. Lo que, desde luego, no lo pone a prueba es el condón, tío.

Si no eres espléndido y desinteresado en la apertura a la vida, ¿dónde lo vas a ser?

—Es que tener muchos hijos en estos tiempos es impensable —me dicen.

—Mira, chato. El amor, por definición, está abierto a la vida. El matrimonio, por definición, es fecundo..., salvo que existan impedimentos orgánicos o problemas de esterilidad, lo cual no es muy frecuente.

Apertura a la vida, fecundidad. Y eso sólo tiene una interpretación, lo mires por donde lo mires: hijos, hijos, hijos.

El amor, el origen de la vida, no son tesis doctorales o música celestial, sino cosas muy concretas, tales como poner y quitar pañales, dar de mamar a las 5 de la mañana, quedar atado de por vida a pigmeos que se transforman en watusis antes de los dieciocho, expolían el frigorífico, te hablan con monosílabos y terminan yéndose de casa.

Si el matrimonio es el estado natural del hombre, se podría decir que la familia numerosa es el estado natural del matrimonio (salvo imprevistos, *of course*). Sobre todo si aplicas un factor derivado de la naturaleza misma del amor: gratis total. Esto no quiere decir que el número de hijos sirva para medir la calidad y felicidad de la pareja. ¡Que nadie saque conclusiones precipitadas! Un matrimonio puede tener sólo uno o dos hijos y ser tan pata negra o más que uno de prole larga.

Cada pareja tiene la medida de su generosidad. Eso lo saben ellos mejor que nadie y no es cuestión de meterse en sus vidas.

Lo único que estamos diciendo es que el matrimonio, por definición, está abierto a la aventura. Y que optar por la mezquindad en lugar de tirarse a la piscina de la magnanimidad es no haber entendido de qué va esto del amor.

¿No habíamos quedado en que el amor más grande es el amor sin medida? ¿Y no me digas que, después de haberte llevado a una chica (o un chico) como la que te llevas, te vas a conformar con un amor burgués, raquítrico, un amor pardillo?

Si no desprecias en este campo el cálculo, ¿dónde lo vas a despreciar? ¿Dónde está tu capacidad de amar a lo grande, tu esplendor, tu generosidad? ¿En regalos materiales? Si en este terreno no eres desinteresado/a, ¿me quieres decir dónde lo vas a ser?

Es verdad que luego viene Paco con la rebaja y que la vida es compleja. Uno va achuchado por mil agobios e imponderables y hace lo que puede. Te entiendo perfectamente...

Se trata de conjugar la naturaleza del amor con las vueltas que da la vida. Pero se puede perfectamente, no es algo quimérico. ¿Que puede haber dificultades objetivas? ¿Económicas o de salud? Claro que las hay. Para eso está la paternidad responsable. He dicho paternidad, esto es, tener hijos, y responsable, es decir, aceptarlos y educarlos. Porque paternidad responsable no significa escudarse en las dificultades para eludir hábilmente la cuestión y quedarse con el hijo único.

Pero decir que antes se tenían más hijos porque era más fácil que ahora es un tópico que no se sostiene. Siempre ha sido difícil. Cualquier padre lo sabe. Antes había ventajas (la vivienda, por ejemplo o la estructura de las familias: abuelos, tías propicias

para ayudar a la madre), pero también inconvenientes (generalmente un único sueldo, ya que sólo trabajaba un cónyuge, el poder adquisitivo no era tan alto como ahora, y no había electrodomésticos).

No niego que ahora haya dificultades, pero no más que antes. Lo que sí existe es una mentalidad consumista, un culto al placer y a la diversión, una sociedad inmadura (de *peterpanes* que eluden las responsabilidades), que no es el clima más adecuado para plantearse la formación de una familia.

El problema no es la falta de medios. Siempre se ha dicho que apostar por una familia numerosa no es un problema de medios, sino de prioridades. Estrictamente es una cuestión de generosidad. Y este libro va de generosidad. Y no por un capricho mío, sino porque así es la naturaleza del amor. A mí que me registren.

¿Hasta dónde se puede llegar?

De las características de la vida sexual sana se deduce que la unión carnal es uno de los actos más bellos de la sexualidad humana.

También aquí es preciso cambiarse el *chip* mercantilista, que asocia la relación carnal con orgía. La sociedad hedonista, en la que el sexo se ha trivializado hasta convertirse en un juego sin consecuencia, lo invade todo. Y no resulta sencillo sustraerse a esa presión. El encuentro amoroso nada tiene que ver con la imagen distorsionada que imponen los medios de comunicación, la publicidad y la moda.

El abrazo conyugal no es:

- un gesto de voracidad egoísta;
- dos búsquedas de placer paralelas que no se encuentran nunca;
- un intento de dominio sobre la otra persona;
- un desahogo animal;
- un cruce de aberraciones.

El abrazo conyugal es:

- la consecuencia de la unión de las almas;
- el gesto corporal que expresa el amor-total;
- buscar al otro, no a uno mismo;
- un acto de amor, delicado y paciente;
- ... y una gozada.

Detengámonos en la delicadeza y la paciencia.

Delicado significa humano, considerado, tierno. Lo contrario de brutal.

Algunos novios preguntan poco antes de casarse cómo deberán ser sus relaciones matrimoniales, qué se puede hacer. Hasta qué extremo se puede llegar.

Respuesta: la regla es la dignidad del otro y la felicidad del otro. El objetivo no es el gustirrinín propio, sino el placer del cónyuge. Ésa es la regla; si la sigues, no te equivocas. Y el tono, la música, sería la delicadeza.

El marido no es un macho que se comporta como tal, es decir, con falta de dominio y arrogancia..., sino el caballero que pone su vida a los pies de la dama.

Consecuencia: finura, suavidad. La chica no es un pedazo de carne, un muñeco hinchable para satisfacer al varón, como aquella patética película de Berlanga (*Tamaño natural*). No me cansaré de insistir: no es un objeto de placer. No es una cosa, sino una persona, por mucho que la publicidad se empeñe en demostrarnos lo contrario.

Todo mimo es poco, por parte del varón. La cama no es incompatible con el romanticismo. Es más: el romanticismo es justo lo que ella espera. No hay mujer, por desinhibida que diga ser, que no agradezca que se la trate con caballerosidad, también en el lecho.

Lo que le priva no son las aberraciones, el desenfreno..., sino el afecto, la suavidad, la ternura. Sentirse acogida, mimada. Eso es lo que la desarma...

En tanto que las cosas raras, las prácticas que tienen como objetivo la obtención del placer como una técnica, no les gustan —siquiera en su fuero interno—, porque implica degradarlas y tratarlas como una cosa.

El sexo oral, el sexo anal y otras aberraciones no son sino prácticas que proceden de la prostitución y que se han colado en el recinto sagrado del amor y del matrimonio.

¿Quieres ser delicado, acogedor, respetuoso con el cónyuge? Las relaciones, de cara a cara y de frente a frente. Al mismo nivel. Todo lo que sea bajar del nivel del rostro es alejarse de lo humano y aproximarse a lo animal. El hombre se manifiesta a través del rostro (el espejo del alma). Y ése es el nivel que debe marcar la unión conyugal. Ni debajo de ese nivel, ni detrás de ese nivel. A diferencia, significativamente, de los animales que se aparean por detrás. Y además no se miran a los ojos. Lógico: no son seres racionales ni son capaces de amar. Instinto ciego.

La paciencia es consecuencia de la delicadeza. Implica tener en consideración la diferencia de sexos. Es lo de que los hombres son de Marte y las mujeres de Venus aplicado al lecho conyugal.

Adán y Eva tienen formas diferentes de ver y sentir la sexualidad. Y cada uno debe ponerse en la piel del otro, para tratar de entenderle.

El varón se excita fundamentalmente por la vista, y en segundo término por el tacto. La mujer, por el oído (de ahí la importancia del susurro amoroso) y por las caricias. En líneas generales, al varón le tira más el instinto, a la mujer, la afectividad, sentirse querida. Lo expresaba muy bien el psiquiatra Enrique Rojas: «El hombre finge amor y busca sexo y la mujer finge sexo y busca amor.»

Lo cual no es ni bueno ni malo: así son Adán, Eva y la naturaleza. Peor sería que ninguno fingiera. Si hombres y mujeres sólo buscaran sexo..., esto sería un permanente cachondeo y nadie iría a trabajar. Imagínatelo..., o mejor, ¡no te lo imagines! Y si unos y

otras sólo buscaran cariñito..., la especie estaría tan amenazada de peligro de extinción como el bison de Dakota.

El ritmo del varón para alcanzar el placer suele ser más rápido, el de la mujer, más lento. En general, el caballero debe dominarse para no dejarse llevar por su carácter resolutivo, que despacha el asunto con intensidad y rapidez, y a otra cosa. Lo cual deja a la dama a verlas venir y con la inquietante sensación de haber sido usada (aunque no fuera ésa la intención del esposo).

Y la mujer debe procurar acelerar el ritmo y adaptarse al «estilo» de su chico.

La tentación más común del hombre es quedarse en el placer. Y la de la mujer, quedarse en lo afectivo.

Tan egoísta sería que el hombre llegara, viera y venciera, de forma esquemática, brusca, sin muchos miramientos con la esposa..., como que ésta suspendiera la función, después de las caricias y los susurros previos, y dejara al hombre a cuatro velas y en la rampa de lanzamiento. Tan feo está que el hombre no tenga en cuenta a la mujer en su urgencia..., como que la mujer se quede satisfecha con cuatro arrumacos, no le «siga» hasta el final y dedique los últimos momentos, los del clímax del acto, a pensar qué falda se pondrá mañana.

Y no estoy diciendo que haya mala voluntad..., sino desconocimiento. Es lo del principio: el desconcierto que genera el liquidito que segregan los ojos de la mujer..., porque él y ella proceden de planetas distintos.

Eso, como todo en el noviazgo y en el matrimonio, se arregla con la vieja receta: hablar, hablar, hablar. «Los problemas de cama se solucionan en el sofá.» Se trata de ser sinceros también en este terreno y contarse, con confianza, los problemas que suscite la diferencia de ritmos y de estilos. Averiguar qué le gusta o qué le pone incómodo al otro. Y tratar de satisfacerle.

Cómo controlar el tsunami

La crítica de mi sobrino José Gabriel sigue siendo muy útil. Le doy a leer el capítulo y me hace una objeción.

«Todo esto es hermoso y exigente. Huele a auténtico, a que lo que expones de la unión conyugal es lo que debe ser. Pero entonces, ¿por qué casi nadie lo vive?»

Vuelvo a lo de siempre: ¿quitamos el Código Penal porque faltan plazas de recluso? Pero le convengo sólo a medias. El chico se casa en unos meses, y las consideraciones filosóficas están bien en un libro, pero el libro no es de carne como él.

—Está bien —le digo—. Tienes parte de razón: el instinto es muy fuerte y además ciego. Y no es fácil canalizarlo. Por eso cuesta.

—Es como un tsunami —apunta José Gabriel.

—¡Lo has clavado! ¡Como un tsunami! Y un tsunami arrasa, se lo lleva todo por delante. De hecho, así se ha escrito la Historia, desde que Homero inmortalizó Troya: miles de hombres embarcados en una guerra que duró diez años, y todo..., por un lío de faldas. Llegaba el tirón de la carne y lo echaba todo a rodar, arruinando proyectos tan hermosos y delicados como el matrimonio, la familia y la unión conyugal.

¿Dónde crees que se inspiraron las tragedias de Shakespeare o las mejores páginas de Tolstói? Por no hablar de la mismísima Biblia, que está llena de crímenes pasionales, hijos ilegítimos o adulterios como el de David con Betsabé, tan tórridos y apasionantes como *El cartero siempre llama dos veces*.

—¿Y qué? ¿Qué demuestra eso?

—Que el instinto sexual es el segundo más fuerte después del de supervivencia. Incluso por delante de la inteligencia, como insinúa Woody Allen («el cerebro es mi segundo órgano favorito»).

Pero si queremos que ese instinto cumpla la función para la que ha sido diseñado: perpetuar la especie, es preciso que funcione con orden y concierto. Del mismo modo que hemos canalizado el instinto número uno (el de supervivencia) y no comemos lo primero que vemos en los árboles.

Con el instinto sexual la humanidad no tardó en descubrir que el carácter monógamo y estable de la unión conyugal no sólo derivaba de la misma naturaleza del amor, sino que, además, servía para canalizar ese instinto.

Dijeron allá por la Antigüedad: chico, para qué vamos a buscar tres pies el gato cuando lo que mejor garantiza la educación de los hijos, el largo proceso de crecimiento y crianza de la prole es la unión conyugal monógama y estable.

Como empieza el varón a irse a alcobas ajenas, se rompan las uniones conyugales, nazcan hijos fuera de esa unión..., el tinglado de la sociedad se viene abajo. Ejemplo: final del Imperio romano.

—Fíjate —le digo a mi sobrino— que ninguna cultura (salvo un poco la nuestra y otras primitivas y marginales) ha dejado de entender que la pervivencia de la sociedad depende de la familia y ésta, a su vez, de una forma estable de unión. Esa forma estable es el matrimonio.

Y el matrimonio —concluyo mi rollo a José Gabriel—, o cumple con las leyes del amor o se va a pique. La Historia lo avala. Que sea una tarea ardua no quiere decir que no debemos acometerla. Lo que vale cuesta.

En *Pijama para dos* tan sólo pretendo darte argumentos para no emprender la aventura a ciegas o sin conocimiento de causa.

El precio de la revolución sexual

Lo que ocurre es que tú, querido lector, y yo nos hemos conocido en mal momento. Justo cuando más desquiciado está el panorama. ¿No te parece surrealista que en la época más racional y avanzada de la Historia, la sociedad haya vuelto a la Edad de Piedra al dar rienda suelta al instinto ciego?

En lugar de aprovechar la energía del tsunami, como se aprovechan los saltos de agua para el consumo eléctrico, no se les ocurre nada mejor que abrir todas las esclusas para que el maremoto lo inunde todo.

—¿De qué esclusas hablas? —me pregunta José Gabriel.

—De las que rompió la revolución sexual de los años sesenta. Era el momento más próspero de Occidente...

Toma nota: Occidente había acabado con el totalitarismo nazi, tenía más o menos a raya el comunista, Europa había resurgido de los escombros de la guerra, gracias al desarrollo tecnológico el hombre ponía un pie en la Luna, las vacas gordas de la economía brillaban con el lustre del turismo, la medicina había erradicado enfermedades terribles por primera vez en la Historia, el nivel medio de vida era más alto que nunca y los occidentales disfrutaban del coche, de los electrodomésticos y de la televisión. Y el impulso sexual tenía sentido inserto en la institución del matrimonio.

Pero hete aquí que, cegados por la codicia, los que más dinero tenían querían aún más, e inventaron la píldora anticonceptiva. Con el invento consiguieron separar, por primera vez en la Historia, el sexo del amor, el placer de la procreación. De esa forma dieron en la línea de flotación de la familia. La píldora sirvió para pisotear el recinto sagrado de la intimidad matrimonial, y demolió el espeso muro del pudor que lo protegía. La sexual fue la revolución más revolucionaria de todas las revoluciones (incluida la francesa y la rusa).

Como aquéllas, esta revolución prometía el paraíso en la Tierra (disfrutar del placer sin consecuencias); predicaba la rotura de cadenas (la liberación sexual, y calificaba de tabúes y represiones el dominio de sí y el matrimonio, que pasaba a ser una opción más frente a otro tipo de uniones); reivindicaba la justicia para los oprimidos (la mujer, en este caso, que quedaba liberada de la maternidad); y pretendía instaurar un nuevo orden (el fin de la familia «tradicional» e incluso el fin de la distinción hombre-mujer, mediante la ideología de género).

Pero los estragos del tsunami resultan inocultables: matrimonios rotos, hogares deshechos, millones de huérfanos de uno de los dos progenitores, monstruos (Frankenstein de familias, hechas con remiendos de otras familias previamente destrozadas), otras posibilidades (uniones discontinuas, tríos, homobodrios). Una estampa tremenda sintetiza el error de la revolución: la que puede verse cada domingo en las hamburgueserías. La entrevista semanal de padres solos e hijos solos en esos locutorios de prisión con globos de colores. Un escenario risueño para una escena deprimente.

En cuanto a la mujer, la supuesta clase liberada, se ha convertido en juguete roto en manos... del varón.

Y como todas las revoluciones, también la sexual ha sido sangrienta. Con el agravante de que, esta vez, no han caído testas coronadas o terratenientes, sino los más débiles e inocentes: criaturas antes de nacer. No se puede hacer una tortilla sin romper huevos: no se puede separar placer de procreación sin cegar las fuentes de la vida. El acto sexual tiene consecuencias, y sólo hay dos formas de ahorrártelas: o con la anticoncepción —que impide la vida— o con el aborto, que es el último cartucho cuando ha fallado lo anterior. Consecuencia: sólo en España, dos millones de abortos en los veintidós años que lleva aprobada la ley. A razón de un aborto cada seis minutos...

Pero esto no es todo. Destruida la familia, destruida la sociedad. Y destruida la sociedad, destruida la civilización. El Occidente postsexual y posmoderno es como el *Titanic*: se hunde inexorablemente, mientras los músicos siguen tocando, en la higuera.

Separar el sexo del amor, dar rienda suelta al tsunami, tiene un precio: la crisis de una civilización. Queramos verlo o no, nos estamos autodestruyendo literalmente: con la anticoncepción (no nacen occidentales), con el aborto (son sacrificados en el vientre materno), nos estamos suicidando demográficamente. Y la cosa no es aún más trágica gracias a la savia nueva de la bendita inmigración. Aun así, somos una sociedad patética y envejecida. Imperio romano bis.

He dejado deliberadamente para el final el placer, la causa de todo este embrollo. También en esto la sexual se parece a todas las revoluciones: el oro que prometía ha resultado ser un espejismo. Al final, el placer era un señuelo para enriquecer a los promotores y fabricantes de la píldora; un anzuelo consumista para el crecimiento del próspero negocio del sexo.

El mecanismo es viejo como la humanidad: toda tentación promete más que lo que ofrece, así que te deja insatisfecho y quieres más. El tentado es un adicto en potencia. Y con estas idas y venidas, quienes controlan el invento hacen caja.

C. S. Lewis lo sintetiza a la perfección: «Deseo creciente, placer decreciente.» Es el síndrome de insatisfacción continua que aqueja a quienes tienen como objetivo prioritario el placer (y, en general, el afán de disfrutar a toda costa).

—Con lo cual —le digo al inquieto José Gabriel—, no tomarse en serio el amor y el matrimonio, y sacar el sexo de quicio, es chungo, lo mires por donde lo mires. No te compensa en ningún sentido, ni siquiera en plan egoísta: porque, a más búsqueda de placer, más insatisfacción y más esclavitud. ¿Me quieres decir dónde está la liberación?

El síndrome de Carpanta

El autor de *Cartas del diablo a su sobrino* compara el sexo con la comida (el instinto de perpetuación de la especie con el de supervivencia). Y hace ver que tan ridículo sería rendir culto al placer de comer, como al placer sexual. Lewis: «Habría de qué

avergonzarse si la mitad del mundo hiciera de la comida el mayor interés de su vida y pasara el tiempo mirando fotografías de comida, babeando y chasqueando los labios.»

¿Te lo imaginas? El escritor inglés insinúa que una sociedad que rindiera culto a la comida podría ser una sociedad hambrienta. Incluso habla de un *strip-tease* en el que se va levantando la tapa de una fuente para descubrir, justo antes de que se apaguen las luces, que ésta contenía una chuleta de cordero.

En España tenemos a un personaje de tebeo muy popular que Lewis podría haber puesto perfectamente como ejemplo: Carpanta. Recordarás que se trata de un tipo que está todo el santo día pensando en comida y en cómo conseguirla de gorra.

El personaje nació en la España de la posguerra, la España de las cartillas de racionamiento y las lentejas con gusanos. Y las viñetas que representan lo que piensa Carpanta están plagadas de muslos de pollo gigantescos y flautas kilométricas de pan rebosantes de embutidos.

La sociedad actual sufre el síndrome de Carpanta. No tiene otra cosa en la cabeza que lencería fina, tíos y tías buenorros y nuevos puntos cardinales —como el G—, ¿por qué? Porque pasa hambre: no disfruta del sexo. Eso explica que lo tengamos hasta en la sopa (medios de comunicación, publicidad, televisión, moda, etcétera). ¿Por qué te crees que gabinetes y consultorios tienen filas de clientes obsesionados por la obtención del orgasmo perfecto? Dime de qué presumes...

En cambio, colocado en su sitio, insertado en la donación recíproca y exclusiva de un hombre y una mujer, expresión de su amor, vivido con delicadeza y ternura, abierto a la vida, el sexo se convierte en una maravillosa y gratificante experiencia.

La sensación de autenticidad y complicidad del abrazo amoroso es una de las vivencias más bellas y humanas.

Presidido por el olvido de sí, el abrazo es infinitamente más satisfactorio que los sucedáneos de pacotilla.

Lo otro, la promiscuidad, las *love-parade*, reducir las relaciones a técnica de enciclopedia en fascículos, y rebajar el tesoro de la sexualidad a baratija que se vende en el zoco, sólo provoca hastío, y a quienes lo practican los convierte en Carpantas de carne y hueso.

Fíjate que el abrazo conyugal *comme il faut* siempre es diferente. Es como un milagro. Antes de empezar sabes perfectamente de qué va ir la película...; pero, si realmente es amoroso, siempre te sorprende: es como si fuera nuevo cada vez. En tanto que el cachondeo sexual o la búsqueda compulsiva de nuevas sensaciones conduce inexorablemente a la monotonía. No hay nada más rollo y mecánico que el porno.

No conozco mejor síntesis que la de Ricardo Yepes: «El sexo era hasta hace pocas décadas uno de los platos fuertes de la vida. Hoy no pasa de ser un aperitivo. Las promesas, la virginidad y el amor para toda la vida son tres formas de convertirlo de nuevo en plato fuerte.»

O sea, que si amas a Laura, *compensa* esperar al matrimonio.

VIII. NUEVE MESES DESPUÉS

Cartilla para padres

¿A quién salvarías de un incendio, a tu marido o a tus hijos?

Me hicieron la pregunta en la piscina y a traición (cuando mi chico, el coautor de este libro, estaba trabajando).

Mis amigas estaban picadas de que yo jamás le sacara defectos a mi marido —ni en broma— y de que hablara más de mi hombre que de los churumbeles que, cada dos por tres, me pedían que los mirara para que viera lo mucho que aguantaban bajo el agua.

La pregunta tenía trampa y tiré por elevación. «Primero, mi chico», dije sin vacilar.

Espeso silencio. Luego, se amontonaron las interjecciones y las acusaciones de «exagerada», «mala madre» y «es muy fácil decirlo, pero...». No lo entendían.

Es evidente que lo mío es una exageración, porque el jueguito (qué me llevaría a una isla desierta, a quién salvaría primero de un naufragio o de Auschwitz) es una hipótesis un tanto absurda. Pero la respuesta refleja una realidad esencial del amor y del matrimonio.

Los hijos son consecuencia del amor de los padres. No es que sean menos importantes, menos queridos o menos entrañables, sino que son consecuencia. Tal cual. Esto tan elemental no parecen pillarlo muchos esposos y, sobre todo, muchas mujeres, a las que el tirón biológico, el instinto maternal, les nubla la vista.

Vamos a ver, amiga Pepi: céntrate —me dan ganas de decir—. A mí no me gustan especialmente los niños. Son muy monos, la alegría de la huerta, todo lo que quieras. *Okay Makey*, pero a mí gustar-gustar, lo que se dice gustar, me gusta mi marido. No saquemos las cosas de quicio. Me he casado, lo he dejado todo, he cambiado el ritmo de vida, por irme con un hombre —o una mujer—. Y resulta que, en cuanto nace un bebé o tengo la parejita, cojo al marido, le quito del *casting* y le relego al papel de extra.

La defenestración del cónyuge está a la orden del día. Y refleja la falta de ideas claras de muchas parejas.

Fijate si algunas andarán despistadas, que creen que los hijos pueden solucionar sus crisis. Conozco más de un caso. No marchan las cosas bien, no acaban de entenderse y, cargados de buena voluntad, dicen: el problema es que no tenemos hijos o que necesitamos otro... Vamos a encargar uno y así nos llevaremos mejor. Falso. Los hijos, per se, no arreglan las crisis de pareja. No unen, son producto de la unión. O buscáis

vosotros mismos la solución o de nada servirá el pedido de la cigüeña. Aparte de que tal planteamiento es utilitarista: el hijo-San Valentín que tiene la facultad de arreglar parejas...

No. Los hijos son consecuencia. Y el amor es su fuente. En eso consiste precisamente su grandeza y su sentido. El hombre y la mujer son, en primer lugar, esposos, y después, padres, como queda subrayado explícitamente desde que Adán y Eva hicieron su aparición en escena.

Lo expresa perfectamente Jean Guitton:

Existe el peligro de que una madre olvide que es, en primer lugar, esposa. Existe el peligro de que una madre se vuelque en sus hijos y olvide al esposo: entonces él corre el riesgo de apartarse de ella y buscar el centro de su vida en otra parte. Los hijos son la bendición, la gloria y el esplendor del amor. Convertirlos a ellos exclusivamente en el eje de los pensamientos y cuidados, en detrimento del amor conyugal, que es su fuente, es una debilidad.

El lugar al que siempre se vuelve

Disculpa si he comenzado con acritud, pero quería dejar bien claro que lo primero que hay que saber sobre los hijos es que no son lo más importante.

Lo más importante de los hijos... es el amor de los padres. Lo más importante es el abrazo conyugal, ese momento alucinante en que el hombre y la mujer se pierden en los brazos del otro, sin pensar en nada más que en los ojos del amado, y se sumergen en un mar de caricias...

Tan grande es la fuerza del amor, tan cósmica, tan sobrenatural —dejémonos de disimulos—, que da origen a una tercera persona. El amor es capaz de crear (pro-crear en este caso, ya que Creador no hay más que uno). El magnetismo de dos corazones enamorados es tan poderoso, tan indecible, tan sin palabras..., que nueve meses después llora y lleva pañales.

Después de millones de años sobre la Tierra estamos acostumbrados, pero no deja de ser una maravilla. Cualquier realización humana, cualquier ingenio técnico requiere cálculos, *know-how*, considerables sumas de dinero, un ejército de personas, infraestructura, un tinglado logístico, marketing... y ¡puah!) ¡permisos municipales! Pero traer al mundo una vida humana, la máquina más compleja y más perfecta de la creación, lo pueden conseguir un chico y una chica analfabetos en una noche de pasión.

(Inciso: Nunca entenderé qué tienen de guay los niños-probeta. O encargar un hijo a la Fecundadora Nacional, eligiendo el color de ojos, la raza o el sexo como quien elige baldas en Leroy-Merlin o cortinas para la ducha en Ikea. Fin del inciso.)

Pero volvamos al lecho de nuestros jóvenes apasionados, capaces de dar la vida sin rellenar una sola póliza. Lo suyo sí que es un milagro. Donde antes había dos, ahora hay tres. El amor, lo más romántico e intangible, puede llegar a encarnarse en un nuevo ser humano.

Por todo esto, tan erróneo es sacar al hijo del contexto del amor conyugal, como sacar el sexo del contexto del matrimonio. Existe una profunda conexión entre el indio Una-sola-carne y la prole. Conexión que se materializa físicamente en el cordón umbilical. Así se cierra el ciclo: hombre y mujer se ensamblan corporalmente, se hacen Uno, y la mujer, fecundada por el hombre, se hace una sola carne con el niño, de suerte que es preciso cortar con unas tijeras el cordón para separarlos.

Vistas así las cosas, no tiene ningún sentido:

- ni instrumentalizar al hijo;
- ni hablar de hijo deseado o no-deseado;
- ni despreciar su diminuta vida, por embrionaria que sea, entregándola a ese nuevo mercado de esclavos que es la investigación (y el tráfico) con células;
- ni deshacerte de ella enviándola a ese nuevo campo de exterminio que son las clínicas abortistas;
- ni tampoco de sublimarlo desplazando al marido.

El vástago recibe el regalo de la vida, como consecuencia del abrazo de sus padres. Sin abrazo, no hay vida. Y el hijo es la continuación o prolongación de ese amor. Es algo así como el testigo andante de la pasión y la ternura que unió a sus padres. Todo en él: sus rasgos físicos, sus cualidades espirituales y morales, su forma de andar o de moverse, su belleza, sus gestos..., son un espejo diferido en el tiempo del amor de otras dos personas.

Sólo desde esta perspectiva es posible plantear la relación con el hijo. Por supuesto, de cariño inmenso y ternura. Pero también de agradecimiento. De respeto ante el misterio. Y de referencia al amor de los progenitores.

Dicho de otro modo: no quiere en plenitud a su hijo quien no quiere a la vez al origen de esa vida (el esposo).

Por esa razón, hay un significativo paralelismo entre las características del amor filial y el amor conyugal.

- *Es desinteresado*: Implica entrega y sacrificio, como en el amor-regalo de los esposos. La vida de padre es, por definición, vida de renuncia...
- *Gratis total*: Sin esperar nada a cambio. E incluso esperando lo peor. En el amor conyugal cabe la posibilidad de que el otro te rechace o te salga rana (puede que sí, puede que no). En el filial, te saldrá rana sí o sí y te dará la espalda —transitoriamente— a la altura de la adolescencia. En algunos casos, incluso, se olvidará de ti en tu vejez...
- *Incondicional*: Cuando se bautiza al niño, habría que decir «en la salud y en la enfermedad»..., y, singularmente, «todos los días de tu vida». Porque el hijo es para siempre. Así tú tengas noventa años y él sea un señor hecho y derecho de cincuenta..., seguirás siendo padre y continuarás uncido al yugo de la preocupación por cuanto le pasa.

Ese vínculo sí que no lo puede romper nadie.

Y como ocurre en el amor-regalo de los esposos, querrás a tu hijo haga lo que haga y se comporte como se comporte. Eso quiere decir incondicional. Eso quiere decir padre: salir al camino y adelantarse para esperarle, tener la puerta de tu casa siempre abierta, hacerle saber la verdad más profunda: que el hogar es el sitio al que siempre se vuelve.

Otro interesante paralelismo con la unión conyugal: el amor resulta ser la mejor pedagogía. El sistema educativo más eficaz no es enviarle a Galway, pagarle un máster en el IESE o ponerle piedrecitas en la lengua para que mejore la dicción. El sistema educativo más eficaz es quererle. Punto.

De hecho, esa pedagogía enriquece a los dos. El padre enseña al hijo, pero simultáneamente el hijo educa, sin saberlo, al padre. La diferencia con la pedagogía conyugal es obvia. Aunque siempre se aprende, el cónyuge ya está básicamente formado. Pero tu retoño no. Llega con el disco duro vacío... ¿Cómo llenarlo?

Manual del perfecto educador: sólo sé que no sé nada

Primero eres el ser más feliz de la Tierra y después el más inútil. Eso es lo que se siente cuando se es padre por primera vez, nueve meses después de *aquello*.

A la alegría desbordante, a la sensación de agradecimiento, de que te ha tocado un regalo inmerecido, sucede la sensación de torpeza: no sabes qué hacer con ese pedacito de carne morada —y luego sonrosada—, que emite un lloro finito y se agita como un bichito indefenso. La madre sí: el pedacito sonrosado y tibio es parte de ella misma y lo aloja en su cálido regazo con toda naturalidad, como si se conocieran de toda la vida. Pero el padre teme que el pececillo se le escurra entre los dedos como si fuera una pastilla de jabón.

No te asustes. De alguna manera la sensación de torpeza te acompañará a lo largo de tu relación con el hijo. El pececillo volverá a escaparse de tus manos cuando le digas adiós en la puerta de la guardería; cuando, a los quince años, te suelte eso de que no eres de este mundo; y cuando abandone definitivamente el hogar para hacer un carrerón en el extranjero, o para casarse y formar otra familia.

El pececillo sonrosado, el adolescente impertinente y el *yuppie* globalizado te darán así la primera lección de la cartilla: es un ser independiente, único e irrepetible. Que es libre como los pájaros y sin el nutriente de la libertad, no podrá crecer. Vamos, que no es de tu propiedad y que tiene que hacer su vida. Eso significa que el padre no es más que un administrador solícito, un Séneca diligente que debe proporcionarle cuanto antes las alas para que emprenda el vuelo.

Para colmo, este proceso no es lento y ceremonioso..., sino de vértigo. Cuando te quieras dar cuenta, el bichito con el culote salpicado de polvos de talco estará en 1.º de Telecom. Y la madre verá esfumarse los lloros, las risas y los baños tan deprisa como llegaron.

Gran paradoja. Cada hijo es un terremoto. Un seísmo que te descoloca y te cambia la vida (incluso físicamente —en el caso de la madre—). Y cuando has conseguido gobernar mínimamente el caos, después de años de brega y facturas, el chico coge la puerta y se va. Y sin darte las gracias.

Conclusión: Que no te puedes dormir en los laureles. Que debes coger al pececillo y convertirlo en un hombre (o mujer) de provecho en un tiempo récord, proporcionándole cuanto debe saber en la vida, conjugando el aprendizaje con el respeto a su libertad, y la ternura con la exigencia...

¿Cómo hacerlo? ¿Cómo meter en la cabecita virgen del mocoso matemáticas, inglés, que está feo mentir y dar puñaladas traperas, y que cuando se está de directivo en una entidad bancaria o de alcalde-presidente en un consistorio no es obligatorio meter la mano en la caja, aunque lo hagan todos y aunque nadie se entere?

¿De dónde salen los hombres de provecho? ¿Cómo hacerles ver que es más gratificante el esfuerzo que la blandenguería o la picaresca? ¿Cómo inculcarles que existe una cosa que se llama lealtad, y otra que es la conciencia, y que el objetivo máximo de la vida no es forrarse a toda costa y vivir como un rajá? ¿Cómo impregnarles de sentido del deber?

«¿Y que —como escribe Natalia Ginzburg— en la vida tenemos que esperar ser continuamente incomprendidos e ignorados, y ser víctimas de injusticias, y lo único que importa es no cometer injusticias nosotros mismos?» «¿Cómo transmitirles desde la infancia que el bien no recibe recompensa y el mal no recibe castigo y que, sin embargo, es preciso amar el bien y odiar el mal?»

Francamente, no sabe uno por dónde empezar...

Esas mismas preguntas le hice a mi padre cuando nuestra primera hija rompió su primer jarrón (año 1, fase de gateo). Y me contestó que no había otra receta que quererles.

- Quererles sinceramente.
- Quererles sin paliativos, ni medianías.
- Quererles sin tratar de manipularlos, o de desahogar en los hijos nuestro mal humor o nuestras frustraciones.
- Quererles como son, sin hacer de ellos máquinas perfectas (notas, deportes, destrezas, idiomas, etcétera), ni *supermen* ni *superwomen*. Pero sí hombres y mujeres honrados, generosos, leales...

También nos dijo que la educación es una tarea de amor antes que un método o unas técnicas. La mejor forma de educar es amar y la forma más eficaz de aprender es sentirse querido. Nadie puede amar si previamente no se siente amado, nadie puede dar lo mejor de sí mismo sin una atmósfera de confianza y estímulo. Es el abecé del crecimiento moral e intelectual de una persona.

Los griegos lo sintetizaron en una hermosa receta que posee la simplicidad de las cosas sabias. Cuenta Hesiodo que los persas sólo enseñaban tres cosas a sus hijos: montar a caballo, tensar el arco y decir la verdad.

- Montar a caballo: las destrezas para salir adelante, las técnicas o los estudios para valerse por sí mismos y poder luego servir a los demás.
- Tensar el arco: prepararse para la lucha. Forjar el carácter, adquirir las virtudes básicas (fortaleza, templanza), dominar el miedo y las otras pasiones, soportar el sufrimiento, aprender a batirse el cobre por lo que es justo.
- Decir la verdad: adquirir sabiduría, no meramente saberes profesionales. Distinguir entre el bien y el mal y —lo que es más difícil— obrar en consecuencia. Ser coherentes: no engañar a los demás y, sobre todo, no engañarse a sí mismos.

Lo cual tiene cierto paralelismo con el ideal del caballero forjado en la Edad Media y que ha llegado hasta nosotros como sinónimo de valentía, nobleza y magnanimidad. Un ideal que el cardenal John Henry Newman sintetizaba como alguien capaz de sobrellevar el sufrimiento y de no procurárselo a los demás.

Nada que ver con el relativismo. Nada que ver con el «todo vale». No se pueden hacer hombres y mujeres, no se pueden forjar caracteres si la verdad es relativa, si no existe distinción entre el bien y el mal, si no hay certezas con validez universal, sin ideas claras sobre la verdad, la belleza y el bien. Ése es el fundamento de toda educación.

Tampoco es posible educar si negamos, eludimos o menospreciamos la dimensión espiritual del ser humano. Hacerlo sería amputar una faceta clave de la existencia, y negar al hijo un derecho esencial: la búsqueda de Dios.

Derecho a la trascendencia

La dimensión trascendente no son ñoñerías de vieja beata ni ritos rancios..., es algo mucho más profundo, que abarca todos los ámbitos de la persona. Máxime, cuando el amor impregna la entera trayectoria de un ser humano.

No somos fruto del azar o del capricho, ni hemos sido arrojados a una existencia sin sentido, sino que llegamos a este mundo concebidos por amor y aterrizamos en brazos de un padre y una madre. Comienza entonces un proceso de crecimiento que no termina nunca. «El hombre siempre está creciendo», sostiene el filósofo español Leonardo Polo. Si el hombre está hecho de barro y espíritu, alma y cuerpo, es porque sigue habiendo amor después de la muerte. Lo decimos en el lenguaje cotidiano, cuando estamos hasta las narices: «Esta vida pide otra.»

Pero la mejor aula para conocer a Dios, el Autor del amor, es la familia. Es más, la familia está pensada por el Fabricante justamente para eso. El ser humano no puede pillar la idea de que Dios es el verdadero Padre, si desde niño no ha sentido la ternura y la protección de un padre. Tampoco puede concebir la idea de misericordia, de que uno no se salva por sus méritos, si no se ha sentido querido desde chaval por ser quien es y no

por lo que tiene o por sus éxitos, notas o resultados. Para tener una remota noción del desinterés, el gratis total, dar sin esperar nada a cambio..., atributos de Dios, la persona debe mamarlo previamente en el ámbito que más se parece al amor de Dios..., que es justamente la familia.

De ahí la importancia crucial de ayudar a los hijos a crecer en este campo. De poco sirven los títulos y los másters, el desarrollo de la inteligencia, esculpir el *body* en el gimnasio, la capacidad de amasar una fortuna..., si la formación espiritual es raquítica o inexistente.

Lo refleja dramáticamente el personaje de Orson Welles en *Ciudadano Kane*. Cuando muere en su fabulosa mansión, podrido de dinero, no se acuerda de sus momentos de gloria o poder..., sino del trineo de su infancia: *Rosebud*. El único fragmento de su vida en que fue feliz, antes de que le hicieran la pascua sacándole del entorno familiar y haciéndole acaudalado heredero. Y, en efecto, llega a hacerse inmensamente rico. Rico en todo... menos en lo único importante. Nunca se ha sentido querido. Quienes se acercaban a él era por puro interés (incluidos sus ligues). Y él mismo trataba a sus amigos, colaboradores, amantes, como si fueran cosas.

Resulta tremendamente significativo cierto paralelismo entre Kane y los niños del Occidente consumista. Éstos crecen rodeados de un ejército de juguetes y chuches... Kane muere rodeado de un ejército de objetos (obras de arte, posesiones, caprichos exóticos). El *overbooking* de cosas materiales es inversamente proporcional al vacío de su existencia.

El mejor legado que podemos dejar a nuestros hijos no son los chalés adosados o los terrenitos en la costa. Ni siquiera unos estudios apantallantes..., sino la fe. Si el amor y el matrimonio son una máquina de producir felicidad, démosles a conocer al Autor del invento.

Advertencia: Acercarles a Dios no es sinónimo de darles la vara. Habrá que instruirlos (enseñarles la doctrina cristiana, inculcarles hábitos de piedad, explicarles el sentido de los Diez Mandamientos, hacer que traten a Dios, etcétera), pero sin ser pesados. Vale más el ejemplo y la coherencia de vida que mil lecciones.

Es bueno que recen..., pero mejor aún que nosotros recemos por ellos. Dicho en eslogan publicitario: se trata de hablar a Dios de nuestros hijos, más que a nuestros hijos de Dios.

Cómo ser padres de adolescentes y no abrirse las venas en el intento

Enseñarles a montar a caballo, tensar el arco y decir la verdad, abrirles a la trascendencia... Todo eso está muy bien. Pero luego viene Paco con la rebaja. Y la educación de la prole es, por definición, ingrata. No existen los niños perfectitos. En la mayoría de los hogares hay más Daniel el Travieso que Hermione, la adorable amiga de

Harry Potter. Más chavales trastos que niñitos dóciles y matriculones. Y no digamos nada cuando el niño da paso al quinceañero, un tipo arrogante y borde que te está perdonando la vida constantemente.

El niño constituye una prueba de resistencia física, el adolescente, un electrochoque para tus pobres neuronas. Al primero lo puedes llegar a manejar; con el segundo, date por muerto. Lo peor del adolescente (y siguientes: veinteañero, joven profesional que se va de casa, etcétera) no es que te desprecie o te tome el pelo. Lo peor es que cuestiona el concepto mismo de educación. Funde todos los esquemas, echa por tierra el bonito castillo de naipes que te has montado con consejos como los de este libro, se ríe de tu autoridad.

¿Qué hacer? Respiremos hondo y demos los siguientes tres pasos.

Calma: Lo primero de todo, no ponerse nerviosos. Uno piensa que cuestionada la autoridad, hemos perdido la batalla, porque sin autoridad no hay educación que valga. Y tienes razón. Pero esa autoridad nos viene delegada del Autor de su vida. El dueño y señor de la existencia del hijo no eres tú, sino Dios. Nosotros somos únicamente administradores, tutores, pero los hijos no nos pertenecen.

De manera que el problema lo tiene Dios. Como me decía un amigo, que tenía que vérselas con un hijo rebelde: «Yo pienso: ¡vaya problema tiene Dios con este coñazo de hijo! Voy a ver qué hago yo para ayudar un poco o, por lo menos, para no estorbar demasiado!».

El adolescente fatuo, mal estudiante, golfillo, que me llega a las tantas de la madrugada y no se habla conmigo, no puede cuestionar una autoridad que no es mía, sino de Dios. Y yo, a mi vez, no debo torturarme pensando si lo hago bien o mal..., porque no pongo mi autoridad en mi modo de actuar o en mis cualidades, sino en Quien me la ha dado.

Lo sé, este paso no soluciona el problema. Pero da paz.

Soy el mejor padre para él: Cuando uno no sabe cómo acertar con el hijo y lo ha probado todo, y se ha estrellado sistemáticamente con el muro de mutismo o displicencia del rebelde, sufre la tentación de pensar que no sirve para padre o para madre. Yo no tengo cualidades, soy demasiado blando... o soy demasiado rígido. Y uno tiende a pensar en otros (un cuñado, un amigo, el abuelo) que lo harían cien veces mejor y mantendrían a raya al terror de los mares. Espejismo. Comprensible, pero espejismo. Si hemos sido elegidos por Dios, entre cientos de millones de padres, para concebir, criar y educar al indocumentado que nos lleva por la calle de la amargura..., somos los más indicados. Nosotros nos tendremos que aguantar (e incluso ilusionar) porque somos los mejores padres para él; y él deberá pasar por el aro, porque no encontrará en la Tierra otros progenitores más idóneos que nosotros.

Su rebeldía forma parte del programa educativo: Sin libertad no puede haber educación, del mismo modo que sin libertad no puede haber amor. La rebeldía del adolescente, e incluso —te lo pongo más crudo— el rechazo abierto del hijo ya

mayor, forma parte del riesgo del amor. ¿Qué quieres? ¿Que tu retoño se conduzca como un autómatas y te ame o te dé la razón a la fuerza? ¿Qué quieres? ¿Un hombre libre o una mascota cariñosa? Los hijos no son caniches...

No es nada malo que el hijo ponga a prueba su libertad (y tu paciencia) y se equivoque (tiene derecho a equivocarse). No es nada malo que el padre note el sabor agrio del desdén o el rechazo del hijo de sus entrañas...

Las leyes del amor conyugal rigen también en este asunto. ¿No habíamos quedado en que el amor del padre también sigue la lógica del gratis total? El rechazo del hijo es una forma de comprender lo que debe sentir el mismísimo Dios, salvando las distancias. «Es honor vuestro —escribe Lacordaire— volver a encontrar en vuestros hijos la misma ingratitud que tuvisteis con vuestros padres y así asemejaros a Dios en un sentimiento desinteresado.»

Pero no nos pongamos trágicos. Lo normal será que el rebelde entre en razón, desarmado por tu comprensión, tu paciencia (y tu firmeza). Si le has echado buena voluntad, quieres sinceramente al hijo y le regalas el ejemplo de tu coherencia personal..., lo lógico será que se encarrile. Además, saldrá ganando en madurez: hay que darle la oportunidad de aprender de los errores.

Pero tener hijos es correr riesgos. Advertido quedas.

Nadie se acordará de nosotros cuando hayamos muerto

Hacer personas no es fácil. Es una tarea ardua, ingrata... y en la que no siempre se ven los frutos. En realidad, es una tarea de amor. El amor más puro, el amor-regalo, el cuarto CD de la entrega. Por eso cuesta tener hijos y sacarlos adelante. Correr el riesgo de perderlos, o de que te traicionen... Por eso se tienen con cuentagotas y muchas parejas se quedan con uno, acogotadas ante tamaña empresa. No lo niego, traer hijos al mundo tiene algo de épico, aunque los padres de familia le quiten importancia y le echen sentido del humor. Dos detalles, la modestia y el sentido del humor propios de los verdaderos héroes. No los que salen en la pantalla, que son unos fantasmas, sino el típico señor o señora que pasa desapercibido en este mundo globalizado, que se mata a trabajar y carga sobre sus espaldas el peso de un hogar, con discreción y sin aspavientos.

Gente corriente y moliente. Madres alegres y sacrificadas y padres con tantos defectos como cualquiera, pero que le echan un par. Hombres y mujeres que no están libres de dudas y temores, que no siempre saben cómo acertar, pero que hacen lo que pueden, como los toreros malos. No salen en el telediario y nadie se acordará de ellos cuando hayan muerto..., pero sin ellos se vendría abajo el tinglado de la civilización. Ya decía Charles Péguy que los verdaderos héroes son los padres de familia. Y más aún si la familia es numerosa.

La educación no es apta para mediocres..., el matrimonio no es apto para mediocres. La familia no es apta para mediocres. Lo digo porque mucha madre bienintencionada se piensa que el objetivo es que sus hijos sean buenecitos y no hagan daño a nadie. Su máxima preocupación es que no les pase nada. Que no saquen malas notas, que encuentren trabajo, que no caigan en la droga...

Se equivocan. O la educación tiende a la excelencia o no merece recibir ese nombre.

¿O hijos héroes o hijos colaboracionistas?... Tú mismo

Y excelencia tiene que ver con grandes ideales, con metas elevadas, con sacrificio... y con riesgo. «Mientras hay riesgo hay esperanza, lo seguro es poco atractivo», dejó dicho el historiador romano Tácito. Y creo que es un lema muy apropiado cuando unos padres se arrojan sin red a concebir un hijo y afrontan el futuro del chaval, la hermosa incertidumbre de lo que no está escrito.

El problema de muchas madres (y de muchos padres) es que quieren ahorrar el sufrimiento a sus hijos. Ése es el quid de la cuestión. Son buena gente y creen que *hacen lo correcto* (como se dice en las pelis norteamericanas)... Pero educar sin dolor es pretender el círculo cuadrado.

En primer lugar, porque evitar el dolor a toda costa implica empobrecer la vida y amputar el amor. Lo refleja proféticamente la novela *Un mundo feliz* (1934), donde hombres y mujeres son máquinas de trabajar y de gozar, y donde está terminantemente prohibido pasarlas canutas. Cuando alguien tiene inquietudes, se echa al colete una pastilla de soma y asunto concluido. Digo proféticamente porque ése es, más-menos, el panorama actual. Vivimos en una sociedad analgésica, que rehúye el sufrimiento al precio que sea, y donde el objetivo es pasarlo bien y procurar no pensar demasiado. Sustituyamos soma por pan-y-tele, o por trivial-sexo..., y el parecido será casi perfecto. El problema es que, expulsando el dolor, también hemos tirado por la borda el amor y la libertad.

Y en segundo lugar, porque en la vida no caben medias tintas. Tarde o temprano, el buenecito termina siendo cómplice o colaboracionista. El peor consejo que se le pueda dar a un hijo es «no te metas en líos». El hijo está para meterse en líos, para hacer revoluciones, para querer cambiar el mundo, para entregarse..., no para ser un ciudadano modelo (modelo de corrección y egoísmo), un burguesazo que saca brillo a su ombligo profesional.

Muchos padres creen que han cumplido si su chaval ha conseguido el P-T-N. Ya sabes: Piso, Trabajo y Nena, y en cambio les horrorizaría que se dedicara a alfabetizar a parias de América Latina; a sacar una familia numerosa adelante o a hacerse monja de clausura en un convento de Burgos y sin calefacción. Quieren certificados de buena conducta, no compromiso. Quieren hijos buenos, no héroes.

Pero hay otra razón por la que cuesta tener hijos. Educar es ponernos a prueba a nosotros mismos. Cuando exigimos buenas notas, por ejemplo. ¿Es por su bien o por la satisfacción de nuestro orgullo? El afán de superación, en el deporte, en los estudios, en la profesión..., ¿no es un tributo que pedimos a nuestros hijos en el altar del éxito, ese ídolo de nuestro tiempo? Cuando les enseñamos a manejar el dinero, ¿somos los padres sobrios con nosotros mismos y generosos con los demás? ¿Tenemos señorío frente a los bienes materiales? ¿Somos libres frente al dinero? Cuando les pedimos sinceridad (virtud clave para poder ayudarles), ¿lo somos realmente nosotros? Y no me estoy refiriendo tanto a decir la verdad y evitar la doblez —que también—, sino al esfuerzo por ser coherentes. Aprenderán a no engañarse a sí mismos, una de las asignaturas más difíciles de la vida, si nos ven a nosotros hacer lo propio. Y los chicos lo captan todo: son esponjas.

Por esa razón, los primeros que debemos tener claro que la educación tiende a la excelencia somos nosotros mismos. Y eso no requiere hacer cursillos de pedagogía acelerada, sino sentido común para distinguir entre el conformismo y los grandes ideales, entre la mediocridad y el heroísmo.

Te dejo con la mencionada Natalia Ginzburg. A los hijos «no hay que enseñarles las pequeñas virtudes, sino las grandes», escribe en una joya titulada precisamente *Las pequeñas virtudes*. Y desgana la lista:

No el ahorro, sino la generosidad y la indiferencia hacia el dinero; no la prudencia, sino el coraje y el desprecio por el peligro; no la astucia, sino la franqueza y el amor por la verdad; no la diplomacia, sino el amor al prójimo y la abnegación; no el deseo del éxito, sino el deseo de ser y de saber.

El gran atajo: Gracias por quereros tanto

Puede que el panorama te parezca arduo. Voy en tu ayuda...

Lo tenía callado, pero sería una faena no revelarte el gran atajo. La mejor forma de querer a los hijos y, por lo tanto, de educarlos, es querer al cónyuge.

Los retoños harán luego de su capa un sayo, en el uso legítimo de su libertad, pero nosotros habremos cumplido con nuestra obligación y les habremos hecho el mejor regalo que cabe imaginar.

Podrás ser más o menos exigente, darles más o menos estudios, dedicarles más o menos tiempo..., y no sabrás si has acertado. Pero si tienes buen rollito con tu mujer, nunca te equivocarás.

Si te fijas, la cosa tiene una lógica impecable:

- Si el amor de los esposos es el origen de los hijos,
- si éstos nacen no porque les queramos, sino porque nos queremos,

- si el clima del crecimiento personal es el amor, entonces..., la unidad de los cónyuges es la máxima garantía de seguridad y estabilidad de los hijos. Y viceversa. Lo menos educativo, lo más destructivo, el peor daño que podemos causarles es llevarnos mal.

Basta mirar a tu alrededor para comprobarlo. Los niños de divorciados están rodeados de chuches y domingos guays con papi o veranos fantásticos con mamá..., pero les falta lo más importante, el alimento básico para crecer. Los regalos y mimos tienen para ellos el amargo sabor del soborno. Lo disfrazaremos con eufemismos, diremos que mientras su madre y yo sigamos siendo buenos amigos se sentirá querido..., pero es inútil que nos engañemos: al tirarnos los trastos a la cabeza o al divorciarnos les hemos hecho la mayor perrería posible.

Nuestra ruptura dinamitará su estabilidad y condicionará su felicidad futura. No es que no puedan salir adelante y conocer el amor..., pero, francamente, lo tienen más difícil que los hijos de padres unidos.

Volvemos al comienzo. Los hijos deben tener claro que el más importante para su madre es su padre y viceversa. No son ellos lo primero, sino el cónyuge. Sobre ese cimiento descansa la estabilidad del hogar y la consistencia del amor a los hijos.

Ya sé: los niños reclaman exclusividad, pero no son tontos..., tienen claro que la cosa marcha mientras sus padres se quieran. De hecho, agradecen infinito que el papá tenga detalles con la mamá y que ésta sea cariñosa y solícita con él.

Y se preocupan o se inquietan si perciben falta de unidad en sus progenitores. Tú mismo habrás comprobado que tienen un sexto sentido para captarlo.

Todo esto tiene consecuencias prácticas.

Si quieres acertar, debes asegurar la compenetración con tu chic@. También ante los retoños.

Por ejemplo:

- No discutiendo nunca delante de los pequeños. («¡Es que no puedo más, y necesito pegar cuatro gritos a gusto con mi Paco!» Fantástico..., pero sin que te vean.)
- Tratándoos con respeto y delicadeza. Lo contrario genera un clima agrio...
- No teniendo secretos con los hijos sin contar con el cónyuge. Les debe quedar muy claro que toda la información que os den será automáticamente compartida con el/la espos@. «Tu padre y yo no tenemos secretos, porque somos uno», les decía a sus hijos una amiga nuestra.
- No desautorizando al padre o madre ante los hijos. Para practicar viene bien no desautorizar al cónyuge ante nadie... ni tampoco criticarlo. ¿No habíamos quedado en que somos Una-sola-carne?

Lo sintetizó mucho mejor que yo otro de mis sobrinos, Quique, en las bodas de oro de sus abuelos.

Cincuenta años, tropecientos hijos y nietos: una gozada de familia y de celebración. La traca final fue un power-point que contaba la trayectoria de los abuelos y su descendencia. Fotos, textos, música *ad hoc*. El condenado de Quique nos hizo llorar a

todos. Pero lo mejor vino al final. Cerró la sesión con esta frase: «Gracias por *haberos* querido tanto.» No dijo «gracias por *habernos* querido tanto».

IX. ¿PUEDE ACABARSE EL AMOR?

El tiempo y otros estragos

No siempre serás así de mona y marchosa

Me lo decía otra amiga en la cola del híper: se puede luchar contra el peso, contra las canas, se puede preservar la silueta de los estragos del chocolate..., pero cuando, a la altura de los cuarenta y cinco, año arriba, año abajo, aparecen unas rayitas en la comisura de los labios o en las orillas de los ojos, se enciende la alerta roja.

Podrás hacerte un *lifting*, meterte en un quirófano o someterte a un tratamiento vitamínico. Da lo mismo: ya ha sonado el comienzo de la cuenta atrás en el reloj del envejecimiento. Es la primera derrota que el Tiempo te ha infligido. Y no en la muralla exterior, sino en el centro de la diana: el rostro, lo único que no puedes ocultar.

Todo casado tiene una percepción del tiempo distinta de los solteros. Matrimoniar supone subirse al tren de alta velocidad; y tener hijos, coger los 500 por hora. La prole te hace mayor. Pronto, demasiado pronto, sientes vértigo. Hace sólo cinco minutos, cuando eras un JASP dinámico y agresivo, te parecía que tenías todo el tiempo del mundo a tu disposición; ahora, casado y con hijos, eres consciente de que debes dosificarlo, como se raciona el agua de una cantimplora en el desierto.

¿Y el amor? ¿También se acaba? ¿Envejece?

El primer gran enemigo del amor en la madurez es el cansancio. Llega un momento en que el hombre y la mujer maduros se sienten entumecidos por la rutina y tienen la tentación de cambiar.

«El horror a Lo Mismo de Siempre —dice Satanás en *Cartas del diablo a su sobrino*, de C. S. Lewis— es una de las pasiones más valiosas que hemos producido en el corazón humano: una fuente sin fin de herejías en lo religioso, de locuras en los consejos, de infidelidad en el matrimonio, de inconstancia en la amistad.»

Infidelidad en el matrimonio. La prensa rosa nos ofrece casos frecuentes de gente seria que, cuando se ha sentido mayor, ha cambiado de mujer, ¡eso sí!, veinte años más joven. No hablo de personajes de la farándula, inestables de por sí, sino de personas normales, con la vida asentada y hasta inteligentes que, en el otoño de su existencia, dejan plantada a la santa y a los hijos (y hasta a los nietos) y se largan con un pibón.

En el fondo lo que buscaban no era otro lecho (que también), sino la sensación de sentirse joven. Ellos mismos lo admiten. No aceptan la decadencia y han concebido la vana ilusión de ponerle freno al tiempo.

Pero su problema no lo soluciona una jovencita, aunque al principio esa relación estimulante les haga rejuvenecer.

Su problema es que quieren sustituir Lo Mismo de Siempre por el Cambio, sin reparar en que el espejismo se desvanecerá tan pronto hayan cambiado. Como subraya C. S. Lewis, «en este aspecto de la vida, las emociones vienen al principio y no duran [...]. La emoción que uno experimenta cuando se ve por primera vez en un lugar encantador, desaparece cuando va a vivir allí».

Y salvo que el señor (o la señora) sólido quede escarmentado tras la aventura, lo más fácil es que trate de compensar el desencanto con otro cambio, al que le sucederá otro más al cabo de un tiempo.

Basta repasar la crónica rosa. Cada vez que un personaje público efectúa el cambio de pareja, como si fuera un baile, dice: «Ahora sí que me siento feliz.» En realidad, lo que quiere decir es que esta nueva emoción ha llenado, provisionalmente, el agujero dejado por el anterior desencanto. Y sabe muy bien que el carrusel no ha hecho más que empezar, aunque trate de engañarse creyendo que esta vez será definitiva.

Pero la comezón por cambiar puede no ser tan virulenta. Hay hombres que padecen el espejismo de Lo Mismo de Siempre, sin que la sangre llegue al río, sin pretender dejar tirada a la parienta. Y cuando se ven presos de la rutina, a los cuarenta o a los cincuenta años, maniatados al monótono vaivén de-casa-a-la-oficina-de-la-oficina-a-casa-de-casa-a-la-oficina, contemplando siempre la misma cara en el desayuno y en la cena, piensan que han fracasado, porque su vida es un rollo, y se limitan a coexistir con la cónyuge, sin odiarla, pero sin derretirse por ella. Se asustan de su propio mutismo, de su falta de ganas de hablar con la mujer (o el marido), de su apatía. Y deducen que su matrimonio no funciona.

Este caso es mucho más frecuente que el primero. Menos escandaloso, pero no menos peligroso.

Hermano Lobo, hermano Tiempo

A muchas parejas con años de rodaje, tal vez cansadas por la rudeza de la vida (¡nada más comprensible!), les parece que si no han alcanzado la felicidad perfecta y no son constantemente amables y afectuosos, parlanchines y solícitos, su matrimonio no marcha. Y si no marcha, ya no tiene remedio. Eso es tomar el rábano por las hojas. Y caer en un idealismo que nada tiene que ver con el verdadero matrimonio.

Tranquiliémonos..., lo nuestro sigue siendo un matrimonio, aunque no estemos colados el uno por el otro, aunque no nos piropeemos, incluso aunque discutamos.

El espejismo de la rutina toma, en este caso, un aspecto sutil y por lo tanto mucho más engañoso. Pero, en el fondo, obedece a la misma reacción de querer detener el tiempo y de revelarse frente al muermo y la frustración.

Solución: la actitud más sensata y eficaz es no considerar el tiempo como un enemigo, sino como un aliado. Como San Francisco de Asís amansaba la fiera llamándola hermano Lobo, hagamos nosotros lo propio con el tiempo. Corrigiendo a los Beatles, todo lo que necesitas no es amor..., sino tiempo. Calma, margen, paciencia...

- Paciencia contigo mismo, con tu cansancio, tu sensación de fracaso, tu sequedad de ideas, sentimientos y emociones.
- Paciencia con el cónyuge.
- Paciencia para aceptaros el uno al otro, tal como sois.

Date tiempo. La condición humana está hecha de tiempo, y el amor precisa toda una vida para expresarse y madurar. El matrimonio tiene su ritmo y no puede ser forzado con urgencias y precipitaciones.

«De todas las instituciones humanas, el matrimonio es la que más necesitada está de un lento desarrollo, de paciencia, de largos plazos de tiempo, de compromisos magnánimos, de modales llenos de amabilidad» (Chesterton).

En toda la aventura del amor, la prisa es mala consejera: tanto de novios como de casados. De novios, las apariencias de que todo es fácil y fantástico, aliadas con la irreflexión, te harían llevártel@ al huerto casi sin pensar. De casados, las apariencias de que todo es difícil y esto no hay quien lo arregle, aliadas con el espejismo de Siempre Lo Mismo, te harían separarte. (Bien saben lo que hacen ciertos sátrapas, al explotar la debilidad humana y alentar esa actitud inmadura mediante el divorcio-exprés.)

Al matrimonio puedes ir con o sin traje de novia, con o sin pisito de protección oficial. Pero como no vayas con paciencia, date por perdido.

Cada vez es más frecuente el caso de parejas jóvenes que rompen al poco tiempo de casarse (dos, tres, cuatro años) porque dicen que «no se entendían en la cama». No tienen la culpa. Nadie les había explicado que la perfecta compenetración en las relaciones sexuales se consigue al cabo de un tiempo. Recuerda que los ritmos de varón y mujer son diferentes y no se alcanzan rápidamente. Lograrlo exige mimo, delicadeza, comunicación... Exige sintonía no sólo en la cama, sino en todos los órdenes de la vida en común. Y Zamora no se ganó en una hora. Pero esas parejas jóvenes se han criado en la sociedad de lo instantáneo, donde todo se puede conseguir al momento.

Si en lugar de tirarse los trastos, o de ponerse como pilas, saben esperar, dialogan, tratan de comprender al otro, se esfuerzan por tener comunicación en todos los terrenos..., pueden alcanzar la armonía en las relaciones sexuales. Pero que se olviden de la inmediatez. La unión conyugal se parece mucho más a un guiso, lentamente madurado, que a la *fast-food*. Con esta última no tienes que esperar, pero luego simplemente la engulles. El guiso requiere una mañana entera, pero luego se saborea.

La ficción del divorcio

Y no hay nada más *fast-food*, más precipitado y más inmaduro que el divorcio. La tentación que tienen algunos de echarlo todo a rodar se ve agudizada en estos tiempos por una legislación demagógica que ha contribuido a sembrar infelicidad por doquier. Es como el caballo de Atila, por donde pisa no vuelve a crecer la hierba. El divorcio no arregla nada y sólo sirve para convertir el drama en tragedia. Y no arregla nada porque es una ficción.

Veamos: un matrimonio ya no son dos sino uno. El famoso indio sioux Una-sola-carne. Y los cónyuges lo seguirán siendo aunque pidan el divorcio. Y aunque cada uno tire por su lado: sólo habrán conseguido vivir amputados, rotos, con un muñón por alma.

¿Y no estábamos ya rotos antes? ¿No es mejor dejarlo antes de seguir con una pantomima? No, porque no estabais rotos: erais «una sola carne». No era hacer el paripé, era «una sola carne».

Lee a Chesterton: «La verdad es que una mujer ordinaria y buena es parte de su marido aunque desee verle en el fondo del mar. Ya estén ambos por el momento amigables o enfadados, felices o miserables, la cosa sigue su marcha. [...] Entrambos son una nación, una sociedad, una máquina. Son una sola carne, aun cuando no son un solo espíritu.»

El matrimonio es más grande que vosotros. La unión que forjasteis al pronunciar el «Sí, quiero» nada tiene que ver ya con vuestro estado de ánimo, deseos o sentimientos.

¿Recuerdas lo del aprendiz de brujo?: El «Sí, quiero» es tan fuerte que ha echado a andar solo y tiene vida propia. Se os ha ido de las manos, podríamos decir.

—¡Pues vaya injusticia! ¿Tengo que vivir con esa cadena tan pesada? —me preguntó una vez un casado cansado.

Y le contesté con dos preguntas:

—¿Quién se empeñó en forjarla libremente?... ¿Quién dijo el «Sí, quiero»? De ahí la importancia de pensárselo bien. De ahí la importancia capital que tiene la elección de pareja. Y de tomarse el noviazgo como una etapa crucial y no como un divertimento.

Si aún no has dado el paso, ya sabes. Y si lo has dado, y estás cansado o desanimado, piensa que disolver lo indisoluble no es la panacea. Si quien hizo la unión fuiste tú, mediante un acto de tu voluntad, romperla equivaldrá a romperte a ti mismo.

¿Pero uno puede equivocarse? Claro, pero ha de atenerse a las consecuencias. Si la cuestión es de poca monta, el error puede no tener graves consecuencias. Pero no es el caso del matrimonio. Una elección equivocada no es una trivialidad.

Es como quien, con el estómago abrasado en la UVI, te dice que todos podemos equivocarnos. Dan ganas de replicarle: «No haberte bebido el frasco de veneno, tío.»

Lo mismo la elección de pareja. A menos que pienses que la elección de pareja es algo menos serio.

Las tres serpientes del Edén:

Los celos, el estrés, el sufrimiento

Con el rodar de la vida no sólo llega el espejismo de la rutina, sino también otras serpientes no menos insidiosas. Parecen temibles, pero lo importante es no dejarse impresionar por estas arpías.

Apunto tres de las más comunes:

Los celos

Diagnóstico: Nacen de la desconfianza. Pero no tanto en el cónyuge como en uno/a mismo/a. El celoso es un inseguro más o menos profundo. Y la inseguridad se agrava con los años. La joven celosa ve aumentar el número y la belleza de rivales cuando comienza a teñirse el pelo e ir al gimnasio para reducir cadera. El joven celoso sufre un infierno cuando llega a la madurez y se convence seriamente de que es el menos apuesto y el más incompetente, y que su chica es una coqueta irredenta.

Los celos pueden ser muy puñeteros y arruinar un matrimonio. Pero tienen una pequeña ventaja sobre las otras serpientes del Edén: se ven venir ya en el noviazgo. El que es celoso en la madurez, ya lo era a los quince años. Moraleja: se puede poner remedio cuando aún se está a tiempo. El/la novi@ tiene la oportunidad o bien de cortar —si cree que es imposible construir una relación sobre unos celos enfermizos—, o bien de encarrilar la situación —si cree que puede ayudar al otro a vencer su inseguridad—. Lo que no es aconsejable es embarcarse en el matrimonio sin haber resuelto el problema.

Receta: El que los sufre debe adoptar la misma actitud que ante un perrazo imponente. Sólo verlo te da pavor: silencioso y con unas mandíbulas bien armadas. Pero si manifiestas el miedo, estás perdido. Lo mejor es mostrar indiferencia. Y, a la vez, ganar confianza en uno mismo y echarse en los brazos del cónyuge. Y su pareja debe hacer acopio de comprensión.

En ambos casos: comunicación, diálogo. Si hay una ocasión para que veas amanecer hablando, sin duda es ésta. Sacar fuera los fantasmas, de manera sincera y confiada. El perrazo imponente se pinchará entonces como una pompa de jabón.

PD: Si hablamos de celos, es porque son infundados. Si no lo fueran, ya no estaríamos hablando de celos, si no de otra cosa. Lo que cabría preguntarse en este caso —una vez detectado en el noviazgo— es si vale la pena elegir como novi@ a un veleta, que no se domina y que te engaña.

El estrés

Diagnóstico: No siempre se detecta en el noviazgo, pero lo normal es que llegue en el matrimonio, dado que la aventura del amor no es una balsa de aceite precisamente.

Si concibes el matrimonio como entrega y apertura a la vida (en realidad, no existe otra clase de matrimonio) terminarás yendo con la lengua fuera: el marido, los hijos, el resto de la familia, los amigos..., sumados a la trepidación propia del trabajo y de la vida moderna.

A diferencia de los celos, el estrés es real, porque responde a compromisos adquiridos, al peso de sacar adelante la familia y el trabajo. Y abrumba como una losa, porque no es algo imaginario. Y desgasta. Se pierden los nervios, da origen a discusiones, malentendidos, roces. El estrés ahoga, no te lo puedes quitar de encima. No tienes escapatoria: ni puedes devolver a los hijos al fabricante ni mandar a la eme al jefe y hacerte bohemio, ni dejar colgada a tanta gente que depende de ti.

Estás agotado y no puedes más.

Receta: Si éste fuera un libro de autoayuda norteamericano, pondría que la clave es organizarse la vida y tener un horario férreo y disciplinado. No nos sirve. Ayuda algo, pero no deja de ser una técnica, y lo que nosotros buscamos es una actitud.

La actitud, puesto que estamos en el reino del olvido de sí, es hacer que el otro descanse y, a la vez, aprender a descansar en él. Lo de menos es el método (cada pareja puede buscar la solución más adecuada a sus circunstancias). Lo importante es la actitud.

Los celos, el estrés y el sufrimiento pueden agrietar la relación. Pero si se afrontan con las armas propias del indio Una-sola-carne, pueden unir más a los cónyuges. Y las armas no son otras que la entrega y buscar la felicidad del marido o la mujer.

Si dos esposos se quieren y desean liberar al otro (o al menos mitigar) la carga del trabajo y los hijos, encontrarán el método. A los autores del libro nos ha venido muy bien concretar esa actitud en dos fórmulas:

- a. Ponerte en la piel de tu chic@. No encerrarte exclusivamente en tu responsabilidad, sino tratar de urdir alguna forma de ayudar a tu cónyuge. Tú tienes un marrón, de acuerdo, pero no te olvides del que soporta tu pareja.
- b. Habilitar pequeños espacios de intimidad, a salvo de la vorágine diaria.

Y no te habla un pacífico artesano medieval, que mide sus horas por la posición del sol, sino un matrimonio del siglo XXI compuesto por un periodista y una ama de casa, con siete hijos, y viviendo en la gran ciudad. Imagínate nuestra jornada. De locos. Pero cuando, al poco tiempo de casados, la agenda comenzó a estar más llena que el camarote de los hermanos Marx, vimos con claridad que debíamos preservar a toda costa la paz interior.

Así que, cada uno en su sitio, uno en la vorágine del hogar, otro en la vorágine de una redacción, nos poníamos en la piel del cónyuge. Procurábamos no ser abducidos por el ovni de nuestro trabajo, sino pensar serenamente en cómo liberar al otro de la carga. Nos dio buen resultado.

Y luego, logramos abrir paréntesis en nuestra incesante actividad, para dedicárnoslos a nosotros mismos. El famoso «¡Al fin, solos!» de los novios cuando cierran la puerta del dormitorio y ella se descalza la noche de bodas, lo hemos revivido multitud de ocasiones. Como subraya José Pedro Manglano en *Construir el amor*: «El amor matrimonial necesita andarse con contemplaciones.» Pasarse el día entero sin verse, sin comer juntos, sin estar un rato a solas, sin compartir otra cosa que los brazos de Morfeo..., eso ni es matrimonio ni es nada.

¿Y cómo andarse con contemplaciones en la vorágine de la vida profesional? Hay trucos. Por ejemplo, dejar a los niños con canguro o la hermanita mayor (ése fue nuestro caso en cuantito cumplió los doce años), o con las abuelas..., que tienen que justificar su amable cargo. No se me asusten: no es necesario ser George Soros para hacer una escapada. En lugar de salir a cenar, se puede optar por posibilidades más asequibles como pasear, tomar un café o dar dos vueltas a la manzana la típica noche en que a ella, o a él, le va a estallar la cabeza. Sólo dos vueltas, una-y-dos. Desestresa horrores.

Otra opción ha sido reservar un par de días al año para escaparnos solos. Solos quiere decir solos: nada de niños. En esos momentos, lo primero es el cónyuge. Lo primero es la unidad, el diálogo, el descanso, un pequeño oasis en medio del estrés. Y luego, una vez cargadas las pilas, volcarse de nuevo en el trabajo y en los hijos. Compensa.

Pero es preciso el esfuerzo de hacer un parón. Ojo: y sin mala conciencia. Hacer parón no es egoísmo, sino todo lo contrario: una forma de tomar aire para seguir bregando más eficazmente.

Es mejor perderse dos días, con sus noches, con tu marido o tu mujer, que invertir una semana en irse de vacaciones con amigos o con padres y suegros. No digo que no atendamos a estos últimos (los hijos tienen derecho a disfrutar/aprender de abuelos, tíos y primos), pero siempre que reservemos un tiempo al más importante: el cónyuge.

Existen mil trucos más para afianzar la unidad y estimular el diálogo. En detalles muy menudos, pero tremendamente significativos: desde un mensajito cariñoso por SMS hasta una llamada con el móvil, pasando por la sonrisa. Todos hemos experimentado que algo tan simple como una sonrisa puede sostenernos cuando estamos dudando si cortarnos las venas o dejárnoslas largas. Pero nos prodigamos poco, porque la agenda apretada o las tardes/noches de infarto a base de deberes, baños y cenas son despiadados estranguladores de sonrisas.

PD: El trabajo sólo es un medio para sostener la familia. No un fin. Algun@s no se han enterado y hacen del trabajo su obsesión y su pasión. Ciertamente que la profesión se come la mayor parte de nuestro tiempo, pero cantidad no equivale a importancia. Ciertamente que hay que trabajar con responsabilidad y sentido del deber. Pero sin olvidar jamás que está al servicio de la familia. Y no al revés.

El sufrimiento

Diagnóstico. Es la prueba del nueve del matrimonio, el test de madurez de la pareja. Porque golpea duro. ¿Sigues queriendo a tu mujer tetrapléjica, atada de por vida a una silla de ruedas, o al marido sumido en una depre? ¿O al cónyuge arruinado y en paro? ¿Se puede seguir amando cuando vuestra vida se ha visto truncada por un problemón con un hijo?

Los celos y el estrés comparados con el sufrimiento son bagatelas. El sufrimiento, bien en forma de enfermedad bien en forma de dolor moral, te da en el bebe, te hace tambalear, te desconcierta. Y una de esas terribles plagas puede llevarse por delante un matrimonio o afianzarlo.

Lo más duro no es el golpe en sí..., sino el desconcierto que produce. Lo difícil no es sufrir, sino aceptar el dolor y entender su sentido. ¿Tiene sentido el dolor? Peliaguda cuestión que los cristianos tenemos claro desde hace veinte siglos (tenerla clara no significa que no cueste aceptarla).

Paréntesis. Algunos cachondos creen que los cristianos somos *supermen* y *superwomen* y nos miran con lupa para pillarnos en contradicciones e incoherencias. Y se sorprenden, con acompañamiento de aspavientos e interjecciones, cuando comprueban que somos tan mierdas como ellos, tan estúpidos, traidores y cobardes (incluso probablemente más). O cuando caen en la cuenta de que apuntarse al cristianismo no exime a nadie de hundirse ante el zarpazo del dolor. Aún no se han enterado de que la fuerza de los cristianos no somos nosotros, sino Cristo. Por eso solemos ir por la vida menos agobiados y tiesos que los ateos. Una novela genial lo refleja cabalmente: *Retorno a Brideshead*, de Evelyn Waugh. Fin del paréntesis.

Dos autores ayudan a explicar el significado del sufrimiento. Viktor E. Frankl, psiquiatra vienés, y nuestro viejo amigo el ensayista inglés C. S. Lewis. Sus libros, *El hombre en busca de sentido* y *El problema del dolor*, respectivamente, arrojan mucha luz sobre el tema.

Y no son dos teóricos. Saben de lo que hablan. Frankl estuvo en el campo de concentración de Auschwitz, y Lewis vio morir a su esposa, de un cruel cáncer de huesos, cuando apenas llevaban seis años casados.

Frankl dice que el sufrimiento retrata a los hombres. Unos se comportan como «cerdos», y otros, como «santos». «El hombre es un ser que ha inventado las cámaras de gas de Auschwitz, pero también es el ser que ha entrado en esas cámaras con la cabeza erguida y el Padrenuestro o el Shemá Israel en sus labios.»

Y Lewis, cuya historia de amor (y dolor) se llevó a la pantalla, en la conmovedora película *Tierras de penumbra*, explica que el sufrimiento «es el gramófono de Dios en un mundo de sordos».

Receta: Es ineludible: no hay quien se libre del sufrimiento. Y pasarse la vida tratando de huir de él no sólo es poco práctico, sino que empobrece la existencia. Una cosa es no ser masoquista y otra muy distinta tratar de suprimir por todos los medios el dolor. Lo cual, en el fondo, es poco humano. Pillar su sentido y aceptarlo es la postura más sensata y, paradójicamente, la menos dolorosa. Sufres, sí, pero no en vano.

Pero entender su sentido implica tener una filosofía de la vida y abrirse a lo trascendente. El dolor tiene sentido si tiene sentido la vida y la muerte.

Una pareja inquieta por estas cuestiones está mucho más preparada que otra que se preocupa exclusivamente por lo material (el piso, el coche, las vacaciones). Y eso se detecta en el noviazgo. En *La verdadera lista de bodas*, decía que es crucial dedicar tiempo a los temas profundos, a la visión de la vida y de la muerte que tiene cada uno.

Con estos mimbres es factible afrontar el golpe seco y contundente del sufrimiento. Puede unir a la pareja y contribuir a que sean mejores personas.

No hablo de oídas. Lo he visto en mis propios padres, a los que la vida no les ha ahorrado sinsabores: tuvieron un hijo deficiente profunda, la cuarta de once hermanos, a la que atendieron y cuidaron hasta que falleció a los dieciocho años. No conozco pareja más unida. Y mi madre, actualmente viuda, dice que no se cambiaría por nadie.

Prometo quererte en la salud y en la enfermedad..., y también en el aburrimiento

No se me relajen: no hemos terminado con la lista de monstruos. Hay un último bicho, aparentemente menos agresivo, pero que puede envenenar la unión conyugal como quien no quiere la cosa. Es el Aburrimiento. Se parece al espejismo de Siempre Lo Mismo, pero con una diferencia: con el aburrimiento ni siquiera tienes fuerza para querer cambiar. Te deja como un zombi atontado.

Supongamos que le hemos echado paciencia para acabar con el espejismo de Siempre Lo Mismo, hemos convertido el Tiempo feroz en el hermano Tiempo, desenmascarado la ficción del divorcio y conjurado las tres serpientes del Edén. Pero hete aquí que nos aburrimos. Hemos imitado a Job, aceptado al cónyuge tal como es, hemos cedido, comprendido, querido. Perfecto. Pero no podemos evitar los bostezos. Nos aburrimos sin remedio. Nos aburrimos como ostras. Las grandes y hermosas palabras (Amor, Entrega, Comunicación...) nos parecen lejanas, pura teoría.

La práctica, en cambio, es este *office*, con el teléfono del cerrajero apuntado en el corcho, los pins horteras de los hijos adolescentes prendidos en el frigo, el mismo hule, la misma lámpara, las mismas facturas.

La práctica son las notas (malas), las letras, las multas. La práctica es el Nolotil, el Termalgin, el Orfidal. La práctica es que se ha ido el encanto, las ganas, el *feeling*, el *sexapil*.

Puede suceder. Sucede. Pero eso no significa nada. El amor puede con todo, hasta con el aburrimiento, que casi siempre es consecuencia del cansancio.

Cuando los autores éramos novios, nos dieron un consejo sorprendente: «Tendréis que aprender a aburriros juntos.» «¿Aburrirnos juntos?», repetimos incrédulos. En aquel momento no acabamos de pillarlo. Porque, con veintiocho y veinticuatro años respectivamente, nos parecía imposible que alguna vez llegáramos a estar aburridos o a no tener nada que decirnos.

Con los años lo hemos ido captando. El aburrimiento puede ser otra adversidad, como la enfermedad o los disgustos causados por los hijos. Es menos escandalosa, pero pertinaz y pelma como un dolor de cabeza. Y además inquietante. El que se aburre corre el peligro de pensar que su vida no tiene sentido.

Habría que ver la causa del aburrimiento. Si detrás hay egoísmo o incomunicación, es cuestión de abordarlo y poner remedio. Si detrás hay fastidio..., habría que estudiar el porqué. El mejor remedio, como siempre, es el sofá: hablar de cada uno y de cómo marcha la relación. Si simplemente hay cansancio, lo mejor es no preocuparse en exceso. Y no sacar conclusiones precipitadas.

Porque se puede seguir amando en medio del aburrimiento. Algún lector podrá pensar que tal cosa es imposible. ¿Cuando no sientes nada? ¿Cuando una suave pero persistente telaraña se va tejiendo en torno a la pareja? ¿Una telaraña que mata los sentimientos, que adormece, que anula?

Pues sí. Se puede. Porque, como ya sabes, no se quiere con el sentimiento, sino con la voluntad.

Lo que ocurre es que la voluntad está muy desprestigiada en estos tiempos. Se ha puesto el acento excesivamente en el sentimiento y se ha dejado la voluntad en la oficina de objetos perdidos. Y no digo que el sentimiento no desempeñe su papel. Pero debe estar en su sitio.

Amar no significa sentir. Me gustaría recalcar esta idea, que evitaría graves equívocos.

Los sentimientos no duran, van y vienen, son como una ola, un ciclo económico o —si lo prefieres— la noria de la feria. Y «estar enamorado» es un sentimiento más, que termina desapareciendo. Sólo que dejar de estar enamorado no quiere decir dejar de amar.

El amor conyugal se basa en una profunda unidad, mantenida y alimentada por la Q de Querer, y reforzada por los hábitos. Con o sin telaraña, con o sin bostezos. Nada que ver con el sentimiento, aunque algunos lo confundan.

Y ha contribuido expresamente a confundirlo el cine y la televisión. *Sexo en Nueva York*, *Hospital Central*, *Anatomía de Grey* y otras series y comedias suelen ir de personajes solteros que se han subido a la noria y ya no pueden bajarse. Son juguetes en manos del sentimiento. Coleccionan un lígüe detrás de otro. Y llaman «amor» a lo que no es más que «enamoramiento» o mera atracción carnal. En cuanto se va la fiebre, cortan. «Fue bonito mientras duró» es la frase más manida en películas, series y hasta canciones románticas.

Fantástico. O sea, que podemos clonar ovejas y dominar el cosmos, pero somos incapaces de controlar nuestras emociones.

El matrimonio no es meteorología. No es nubosidad variable. El matrimonio se fabrica día a día. También en las horas muertas, cuando él y ella bostezan, o cuando, ancianos, apenas se dicen nada, aletargados en las frías tardes de manta de cuadros y

televisión. También cuando, cansados, él y ella parecen un matrimonio británico sentado en la terraza del apartotel de Benidorm, mudos como esfinges y con la vista perdida en el horizonte. Mudos, apáticos, sosísimos..., pero juntos.

«Hay un encanto especial —escribe C. S. Lewis en *Los cuatro amores*— en esos momentos en que el amor de apreciación descansa, por así decir, acurrucado y dormido, y únicamente una sosegada y cotidiana relación nos envuelve (libres, como en la soledad, aunque ninguno de los dos esté solo). No hay necesidad de hablar, ni de hacer el amor; no hay necesidad de nada, excepto quizá de alimentar el fuego.»

«Prometo quererte en las penas y en las alegrías, en la salud y en la enfermedad»..., y también en el aburrimiento.

¿Qué pasa si conoces a alguien mejor que tu cónyuge?

De lo expuesto hasta aquí puedes deducir cuál es la respuesta a la pregunta del título. Lo que se va no es el amor sino el enamoramiento.

El amor puede acabarse o no acabarse, depende de que lo alimentes, de que te lo cures. En cambio, el enamoramiento termina yéndose inexorablemente, más tarde o más temprano, así hagas el pino en el aire. Esto tan elemental no lo ha captado mucho novio y mucho matrimonio hecho y derecho. Y las consecuencias han sido nefastas.

Pongamos dos casos reales (sólo he cambiado los nombres) para que se distinga bien amor de enamoramiento.

José Juan, flechazo en el cole: José Juan tiene cuarenta y tres años, casado y con tres hijos, trabajador y buena gente. Pero hete aquí que, en las reuniones de curso del colegio, conoce a una mamá guay. Guay no quiere decir Angelina Jolie, sino alguien más discreto y menos despampanante. Es serena, dulce, agradable. Interviene poco en los ruegos y peticiones, pero cuando lo hace da en la diana. Él se fija en ella. No pasa nada.

Fiesta de Navidad. Mientras unos enanos provistos de alas de cartulina evolucionan en el escenario, él la mira a ella. La mamá guay está embobada con su hijita, el papá, con la mamá guay. Luego, en la merienda, charlan. Nada personal: que si el nivel de inglés, que si el rollo de dedicar los sábados a repartir niños por los «cumple». Pero la guay arreglada está muy mona, cuando habla da en la diana, es dulce, es discreta, es inteligente, y... tiene cuerpo. Aunque parece un ángel.

Y a él, casi sin querer, le viene entonces a la cabeza una señora recién levantada, con el pelo en punta y la cara lavada, con ojeras y cansancio, que le recuerda que debe llevar los calcetines a la lavadora y no dejarlos tirados en el dormitorio.

Ana Cris, tilín camino del Metro: Maratoniana jornada para acabar un proyecto y presentarlo a un cliente. Restos de sándwich y latas vacías. A ella, Ana Cris, treinta y cinco años, profesional meticulosa y cumplidora, se le va la cabeza a sus dos niñitos, que está bañando en estos momentos una tata de Guayaquil. Tiene prisa por acabar. La acompaña hasta el metro Félix, cuarenta años, soltero, un encanto de tío. Siempre le ha

caído bien. Ni es George Clooney ni es el más brillante de la empresa, pero es campechano y acogedor y, sobre todo, cede el paso a las mujeres, algo que César, su marido, olvida constantemente.

Ya en el vagón solitario, rumbo a casa, comienza a comparar a uno con otro. Y la balanza se inclina a favor de Félix.

José Juan y Ana Cris tienen tres opciones:

- a. Mandar a rodar a sus cónyuges e irse con la mamá guay y con Félix, respectivamente.
- b. Dejarlo en platónico. Todo sigue igual, pero mantienen un ligue *light*, implícito, sin que se note, con la guay y el Félix.
- c. Limitarse a ser educados con la guay y Félix, separar el trigo de la paja (amor de enamoramiento), y querer a sus cónyuges.

Las dos primeras opciones son chungas. Es considerar el enamoramiento como algo irresistible, ante el que hay que rendirse, porque equivale a amor. Una cantinela muy común en la actualidad: «Debes seguir tus impulsos: eso es lo auténtico.» En tanto que continuar atado al cónyuge, por el que no sientes nada, es hipocresía.

Mira lo que dice Ana Rosa Quintana: «Si ya no tienes nada que ver con el otro y no sientes mariposas en el estómago, tampoco se trata de amargarse la vida»... ¿Es posible sentir mariposas en el estómago durante cincuenta o sesenta años de vida conyugal?

Continuar atado al cónyuge no es hipocresía: es amor. Uno puede enamorarse de otra persona, que objetivamente es más bella, más inteligente y hasta más buena que el cónyuge, y seguir queriendo a éste. Por la misma regla de tres, el marido que cuida a su mujer, que ha sufrido un derrame y está de la azotea, debería irse con la primera enfermera de piernas espectaculares que le hace tilín. ¡Si siente mariposas en el estómago!

Sin embargo, tú quieres a tu pareja no porque sea la mejor, sino porque es la tuya. De hecho, nunca será la mejor (porque no somos perfectos) y siempre conocerás, a lo largo de la vida, a alguien que puede dar sopas con onda a tu mujer o a tu marido. Y podrás pensar: «Con ésta me iría mucho mejor, me comprendería, me entendería bien, lo veo claro, sería perfecto.»

Pero sabes que es un espejismo. Porque, aunque no sientas nada, a quien has entregado tu vida y tu persona es a ese tipo o tipa con la que llevas cinco, diez, cuarenta años conviviendo, que se levanta por la mañana en bata, el pelo de punta y la cara lavada, con ojeras y cansancio; o que es cero galante y que jamás te cede el paso. Ese hombre o mujer es parte de ti hasta un extremo increíble. Sois Una-sola-carne. Y la unidad forjada por el indio sioux es más grande y más sólida que nuestros hastíos. El matrimonio es más grande que nosotros.

Solución: buenas vibraciones

Para los que aún no hayáis hecho el paseíllo ante el altar o llevéis poco de casados os prevengo frente a una curiosa mutación genética que sufren los esposos...

Síntomas: A los cuatro o cinco años de matrimoniar, la vista del cónyuge adquiere la agudeza del halcón. Y tiende a detectar presas que, de recién casado, le pasaban desapercibidas. Ella se fija en el grifo mal cerrado o el pijama sin doblar, y él, en la interminable conversación de su santa al teléfono (¡con lo fácil que es comunicarse con monosílabos y abreviar con gruñidos!). La lista de agravios, los reproches sobre el carácter del otro o las alusiones a la familia del enemigo son detectadas por unos pabellones auditivos más traicioneros que los radares de tráfico.

Nada grave: todo queda en un terrorismo de baja intensidad que asoma esporádicamente el hocico y pone guindas agrias en la vida conyugal.

Nadie en este libro ha dicho que la convivencia sea fácil. No somos santos, sino pobres hombres y mujeres que tendemos a dejar abierto el grifo, a traicionar a nuestro marido con Movistar y a tomar el nombre de la suegra en vano. Nunca nos libraremos del todo de estas servidumbres. Pero hay un sabio recurso para evitar que amarguen nuestra relación y agosten el amor: fijarse en lo positivo.

¡Buenas vibraciones! Ya sé: suena a cursi y viene en todos los libros de autoayuda. Lo telepredican los charlatanes de moda y los típicos psiquiatras que se forran por triplicado (consulta, conferencia, editorial). Pero no encuentro otra fórmula. *Sorry*.

Y la razón más convincente es que el autor y su chica lo avalamos con nuestra experiencia. Y la de otros muchos matrimonios.

El gamberro de José Gabriel hace de abogado del diablo.

—¿Fijarse en lo positivo? —me espeta—. ¿Por qué? Cuando la vida es un incordio, el trabajo nos devora, los niños nos desquician, somos como somos y él/ella no va a cambiar nunca... ¿Fijarse en lo positivo tiene algún fundamento o es un consuelo tonto para engañarnos a nosotros mismos?

Le respondo a José Gabriel con una cita de Alice von Hildebrandt: «La gente suele decir que el amor es ciego. ¡Qué tontería! [...] lo ciego no es el amor, sino el odio. Sólo el amor ve» (del libro *Cartas a una recién casada*).

—¿Y qué ve el amor? —pregunta José Gabriel.

—Al enamorarnos —le contesto—, nos brotan unas gafas con infrarrojos capaces de captar lo mejor del amado, algo que conforma su ser y que nadie más ve.

Él o ella son más él o más ella cuando son buenos.

Esto no es un consuelo para beatas, sino una realidad profunda, por aquello de la conexión (metafísica) entre el ser y la bondad. El mal no tiene consistencia: es la ausencia de bien. Para entendernos, el mal es como un agujero. Lo explica Santo Tomás de Aquino. Y lo representa artísticamente Tolkien en *El Señor de los Anillos* con criaturas como Sauron o los Jinetes Oscuros, que no tienen consistencia, son puro hueco bajo sus siniestras capas.

«Cuando te enamoraste de Michael —escribe Alice von Hildebrandt—, veías tanto lo bueno como lo malo que hay en él, y concluiste con razón que la bondad que veo es claramente su verdadero ser, la persona que está llamada a ser.»

La persona que está llamada a ser. Ésta es la clave de las buenas vibraciones. Y ésta es exactamente la mirada de Dios sobre los hombres.

No significa ignorar los errores del amado, sino ayudarlo a llegar a ser él mismo, desarrollando las cualidades que tiene en potencia. Y no hay mejor escuela ni mejor proyecto pedagógico que el matrimonio. Porque se basa en la confianza ciega en el cónyuge.

Es cuestión de elegir: o ver lo positivo y fiarse del otro o estar pendiente de lo negativo y sembrar la cizaña. ¿Quieres cargarte tu relación? Muy fácil: pásate el santo día haciendo *mousse* de resentimiento.

Por eso, el primer paso para adquirir las buenas vibraciones es aceptar al o a la espos@ tal como es, también con sus defectos. ¿Nunca te has parado a pensar que aceptar al otro es una forma de fidelidad? Es dejarle ser. Lo apunta José Pedro Manglano en *Construir el amor*: «Aceptar es dejar ser, es ser fiel.»

Y dejarle ser hasta el punto de llegar a amar esos defectos. Lo cual requiere echarle tranquilidad y buenos alimentos. Son malos consejeros los nervios y el perfeccionismo.

«Nunca cambies..., me encanta como eres», suelen decirse las parejas más compenetradas. Y lo dicen sinceramente, aunque a los demás nos extrañe que puedan congeniar personas tan distintas y con defectos tan patentes.

Quédate como estás, siendo tú mismo, no se te ocurra ser más guay, más alto o más listo. Porque ya no serías mi Pepe, o mi Juani..., y yo a quien quiero no es a George Clooney o a Scarlett Johanson —que no sorben la sopa al comer ni me ocupan una hora el cuarto de baño—, sino a mi Pepe o a mi Juani, que no son perfectos, pero los adoro tal como son.

Y esa mirada amorosa del cónyuge te regala una felicidad inmerecida. Y no te cambiarías por nada ni por nadie.

X. CANÁ, LA BODA DE MI MEJOR AMIGO

Por qué casarse por la Iglesia

La indisolubilidad no es un invento de los obispos

«Prohíbeme que me separe de ti», le dice una mujer medio salvaje a un hombre que no sabe leer ni escribir. No conozco fórmula más certera de lo que es el vínculo indisoluble del matrimonio. No es una antipática imposición, una pesada carga que los esposos han de sobrellevar..., sino todo lo contrario, un deseo libre de amarrarse el uno al otro de por vida.

Y ahora viene lo bueno: quien dice eso no es una esposa católica delante de un señor con casulla..., sino una pagana, una ignorante del siglo I antes de Cristo, que ni siquiera pertenece a la civilizada Roma, sino a una tribu bárbara del norte de Europa. Su matrimonio no es un sacramento ni ha sido bendecido por la Iglesia (que todavía no existe..., porque aún no ha nacido Jesucristo), ni siquiera ha sido rubricado, como unión civil, en un juzgado. La joven bárbara ha conocido a su hombre, un esclavo, han descubierto que estaban hechos el uno para el otro y se han jurado amor eterno. Ya está. No han hechos cursillos prematrimoniales..., simplemente se han reconocido y han decidido ensamblar cuerpos y almas. Y para reforzar la unión, la mujer le suplica al hombre que amarre su voluntad, que le prohíba alejarse de su lado.

Amarrarse, soldarse, casarse: ¿qué otra cosa es el matrimonio?

Siguiendo las palabras de la joven medio salvaje al tipo que no sabe leer ni escribir, podríamos concluir que o el matrimonio es indisoluble o no es nada. O hay yugo (de ahí viene justamente la palabra cón-yuge) o no hay matrimonio. De suerte que no comprender su índole indisoluble equivale a no comprender la esencia del matrimonio.

Mucha gente, en pleno siglo XXI, ve la indisolubilidad como una onerosa obligación, una superstición anacrónica. Y, por supuesto, algo prescindible, que encorseta la espontaneidad del amor.

Todo lo contrario: se trata de un bien que potencia el amor. Si el matrimonio es unidad (Una-sola-carne), la mejor forma de reforzar esa unidad en el tiempo —la vida es larga y da muchas vueltas— es mediante el carácter indestructible del vínculo. Es como si los esposos certificaran su unión con un seguro: como si encadenaran sus cuerpos y sus almas el uno al otro y tiraran al mar la llave de la cerradura. No para fastidiarse, sino para sellar su felicidad, blindando su voluntad.

Es lo que hace la joven bárbara cuando le pide al esclavo que le prohíba separarse de él: «Soy tan feliz a tu lado —viene a decir—, estoy tan contenta de tenerte, formo parte de ti, en cuerpo y en espíritu, hasta tal extremo..., que, si alguna vez se me pasa por la imaginación irme, te pido, por favor, que me lo prohíbas.

»Si alguna vez me da la locura, no me hagas caso: tú quédate con mi palabra de ahora, con mi deseo, libre y voluntario, de encadenarme a ti para siempre y seguir siendo una-sola-carne hasta que nos separe lo único que puede deshacer los cuerpos y reducirlos a polvo.»

Espartaco y el matrimonio natural

El personaje de la joven bárbara es Varinia (Jean Simmons) y el esclavo analfabeto es Espartaco (Kirk Douglas) en la «peli» del mismo título.

Además de ser un películón de los que te dejan pegado a la butaca, es una auténtica mina de ideas sobre el amor y el matrimonio.

Los que hicieron *Espartaco* no meaban agua bendita. Ni Kirk Douglas, protagonista y productor del filme; ni el guionista Dalton Trumbo —perseguido en la caza de brujas del senador McCarthy por sus simpatías filocomunistas—, ni tampoco el director Stanley Kubrick, progre de toda la vida. De hecho, algunos críticos de la España franquista la tildaron de parábola marxista cuando se estrenó allá por los años sesenta.

Comunista o no —esclavos contra patricios: lucha de clases en la antigua Roma—, *Espartaco* transmite dos ideas muy reveladoras sobre la máquina de producir felicidad.

Primera, la Iglesia no se ha inventado un nuevo matrimonio, sino que ha cogido el natural y lo ha elevado al nivel de la gracia sobrenatural. O dicho de otra forma, las leyes del amor y las exigencias de la unión conyugal no son un invento de Wojtyla o Ratzinger, sino que se remontan al momento en el que Adán se declaró a Eva en el Paraíso.

Por eso no debería sorprender que tipos tan rojeras como Trumbo o Kubrick pongan en boca de los actores ese elogio de la indisolubilidad. Y que quienes vivan con tanta convicción el matrimonio sean dos bárbaros del siglo I antes de Cristo, en un mundo anterior al cristianismo. (El guión se basa en hechos reales: Espartaco fue un gladiador tracio que lideró una revuelta de los esclavos, en el año 70 a.C.)

Lo cual quiere decir que cualquier ser humano, de cualquier época, latitud o idiosincrasia, puede entender perfectamente en qué consiste la unión conyugal natural. Y comprender incluso que la posibilidad de ser feliz no es una entelequia, sino que puede estar al alcance de la mano.

Segunda idea: sin amor no hay vida. Lo que mueve el mundo no es el dinero, el poder o la mentira, como parece deducirse de Shakespeare o de los teleculebrones de sobremesa..., sino sentirse querido. Incluso, si nos fijamos bien, el sexo, la ambición o el

afán de dominio son deformaciones del amor. Tú coges a un tirano, un vivalavirgen o un tipo que se dedica a martirizar a los que le rodean..., rascas un poco y descubres que su problema es de falta de amor o de amor mal canalizado (recuerda: el amor es fuego, o genera vida o destruye). Detrás de mucho indeseable hay un padre tiránico, un hogar sin cariño, un problemón infantil, un drama personal no encajado...

Digo esto, porque *Espartaco* refleja mejor que un libro de autoayuda o un tratado de teología que el motor del mundo, lo que pone las pilas a la gente para dar lo mejor de sí mismo, es sentirse previamente querido.

Fíjate: la película comienza con un guiñapo humano en las minas de sal (un esclavo embrutecido). Y termina con un mártir de la libertad, después de haber luchado por un ideal noble.

Pero, para dar el paso, el esclavo, reducido a máquina de producir, tiene que sentirse querido. Si no, no se mueve. En la escuela de gladiadores un compañero le perdona la vida, después de haberle vencido. A Espartaco se le enciende entonces una bombilla. Hay alguien a quien le importo: no soy una máquina (de trabajar en las minas o de matar en el circo), no soy un objeto arrojado a un mundo sin sentido. Es más, el compañero que ha perdonado a *Espartaco* paga ese atrevimiento con su sangre. No hay señal más grande de amor que dar la vida por los amigos. Y el héroe decide que el sacrificio de su colega no puede quedar estéril.

Por otro lado conoce a Varinia; y Espartaco, que ya ha recibido amor previamente, puede dárselo a ella. Se trata de la esclava que le ha correspondido en el sorteo de chicas para que los gladiadores puedan desahogarse. Pero el esclavo ya no reacciona como un animal ni la trata a ella como a una cosa, y en lugar de beneficiársela como un juguete sexual, la cubre con su manto y le pregunta su nombre.

Agradecida, Varinia le corresponderá después, e iniciarán una emocionante relación amorosa. Se prohibirán separarse y formarán una familia. Se enriquecerán mutuamente, mediante ese matrimonio natural al que sólo le falta la gracia sobrenatural para que sea cristiano.

Con el estímulo del amor, Espartaco se sublevará frente a la opresión y no se conformará con reclamar la dignidad que como persona le corresponde, sino que luchará porque la tengan los demás y dirigirá la revuelta de esclavos.

Y cuando, acorralado por las legiones romanas, le ofrezcan la posibilidad de escapar y vivir rico el resto de sus días en Oriente, la responsabilidad contraída le hará quedarse en su sitio y vincular su suerte a su ejército de esclavos, arrojando el sacrificio final. Quien reaccionó ante la señal de amor más inequívoca —nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos— concluye su peripecia haciendo lo propio.

Ni Corín Tellado ni Bárbara Cartland

La historia de Espartaco es, a otra escala, la historia de cada uno de nosotros. Cada biografía viene marcada por el amor, que podemos aceptar o rechazar libremente. Podemos crecer y ser grandes con el poderoso nutriente del amor o bien negarnos y convertirnos en tipejos raquíticos de alma. En contra de lo que decía Jean-Paul Sartre, la vida no es «una pasión inútil», ni somos arrojados a una existencia sin sentido. Todo lo contrario, creados por Dios, procedemos de un entorno amoroso. Todos hemos sido queridos previamente («Dios nos amó primero», dice San Juan).

Y Dios irradia amor porque Él mismo es Amor. El mejor consultorio en cuestiones de corazón no lo abrió Elena Francis en la radio de los años cincuenta, sino que está abierto desde toda la eternidad. El mayor experto en asuntos amorosos no es Corín Tellado o Barbara Cartland, sino El Mismo que tiene todas las respuestas.

Todo lo que hemos estado viendo desde el comienzo de este libro (la elección de pareja, el flechazo de Adán y Eva, la maravilla de la sexualidad, el contrato más audaz, la educación de los hijos, el sioux Una-sola-carne, la prohibición de Varinia y Espartaco, etcétera) remite inevitablemente a la fuente de todo amor. No se puede entender la entrega, la donación recíproca, el gratis total sin el Inventor del matrimonio natural.

Entonces, si el matrimonio natural procede de Dios, se preguntará el típico listillo, ¿por qué casarse por la Iglesia?

A eso voy...

No es bueno que Dios esté solo

Si preguntas a amigos o compañeros de trabajo qué se imaginan cuando piensan en Dios, te encontrarás con un panorama poco estimulante. Muchos se han quedado en 3.º de Primaria y te hablan de geometría (el triangulito y el ojo) o del abuelito que sale en Heidi (un anciano solemne con lengua barba blanca). Los *newage* y los ecologistas te salen con pájaros y flores (la comunión con la naturaleza y otras fusiones confusas). Alguno te responde que Dios es Padre (pero con escasa convicción, como una metáfora de los padres de uno mismo)... En el fondo, en el fondo, ¿cómo Dios va a ser padre?, es un poco como el chiste del oso hormiguero.

Para la mayoría, Dios es silencio. Un espeso silencio. Una imagen estática que adorna las iglesias, que jamás da respuestas a las cuitas personales de cada uno —las facturas, las inclemencias del trabajo, la salud—, insensible a la guerra de Irak, a la deriva de los cayucos y a la oposición de la que me tengo que examinar, impermeable al dolor y al sufrimiento de la Humanidad y, especialmente, a mi propio dolor y sufrimiento.

Hermético, insensible. Visto así, no me extraña que muchos le den la espalda y se dediquen a hacer su vida, sin contar con Él (probablemente yo haría lo mismo).

Pero puestos a imaginar a Dios, ¿por qué no pensar en una cálida e interminable tertulia de amigos íntimos, con entrechocar de jarras de cerveza y canciones junto al fuego?; ¿o en el calor de un hogar donde cada uno se siente rey del mundo, a sus anchas,

rodeado de afecto?; ¿o en el legítimo orgullo de un padre con un hijo que triunfa, o en el desvelo alegre de una madre con su bebé?; ¿o en la ternura de un hombre y una mujer abrazados o charlando o riéndose juntos...?

Lamento defraudar a los que siguen en primaria, a los ecologistas o a los huérfanos de ese Padre lejano, porque a lo que más se parece Dios es a lo dicho en el párrafo anterior. Alegría, confianza, ternura, hogar, humor... Y siempre en grupo.

¿En grupo? En grupo, sí..., por la sencilla razón de que Dios es una familia. No es un tipo solitario y aburrido, quieto, parado en mitad del éter, por los siglos de los siglos..., sino una familia, cálida, divertida, afectuosa, hogareña. Algo mucho más cercano a las categorías humanas de lo que muchos piensan. No lo digo yo, sino que lo ha revelado Él Mismo, por boca de Jesucristo. ¿Qué otra cosa creías que era la Santísima Trinidad? ¿Un fresco color pastel —casi siempre descascarillado— con las imágenes de Cristo, un abuelito y una paloma?

Nada de eso. La Trinidad es Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo: tres personas distintas y un solo Dios verdadero. El misterio central del cristianismo resulta ser una familia, una comunión de amor, una tertulia, un abrazo... Lo subraya Juan Pablo II: «Dios, en su más profundo misterio, no es solitario, sino una familia, puesto que tiene en sí mismo paternidad, filiación y la esencia de la familia que es el amor.»

Si Dios dijo, al crear a Adán, «no es bueno que el hombre esté solo», es porque Él mismo no estaba solo. Era miembro de una familia divina, que llamamos Trinidad.

Lo desarrolla el estadounidense Scott Hahn en un libro muy sugestivo que te recomiendo, si te interesa profundizar: *Lo primero es el amor (Descubre tu familia en la Iglesia y en la Trinidad)*. Este libro viene a sacarnos de un error o prejuicio que tenemos muy arraigado: creer que, cuando atribuimos a Dios el apelativo de padre, lo hacemos a semejanza de los padres terrenales; o que dar a la Trinidad el título de familia es una forma de entendernos, ya que, en realidad, una familia son unos esposos sonrientes, flanqueados por tres o cuatro chavales y una abuelita mirando a la cámara (el perro es optativo).

Es exactamente al revés. Padre no hay más que uno, ya que Dios es el Creador de todo. Sacó de la nada a Adán y Eva, los primeros hombres, y sigue trayendo de la nada al ser a nuevas criaturas, interviniendo directamente cada vez que un hombre y una mujer se unen para tener un hijo.

Nosotros, los pardillos que no entendemos de «hacer ojos, manos, cerebros», somos padres-delegados, por así decirlo. Pero el que hace posible el milagro, el que de verdad engendra seres humanos es el Jefe. Él es el presidente del *holding*, el dueño de la empresa, nosotros sólo somos los responsables de la sucursal de Fuenlabrada..., para entendernos.

Lo mismo ocurre con la familia. Las nuestras son analogías (o semejanzas) de la verdadera familia que es Dios Uno y Trino. La unión conyugal es un reflejo de la comunión de amor de Dios y la procreación es un reflejo de la acción creadora del

Todopoderoso.

Precisamente por eso, cuando Dios se plantea la Creación y hacer al hombre «a su imagen y semejanza», no pone en la Tierra a unos autistas, encerrados en sí mismos, sino a unos esposos (una familia), una comunión de amor. Entonces —os preguntaréis—, de dónde salen los malos tratos, las rupturas, la dominación sexual, los bebés abandonados, los pequeños infiernos privados de algunos hogares... ¿Tan mal hace Dios las cosas... o tanto gafe tiene la Humanidad, que nunca levanta cabeza? Ni lo uno ni lo otro.

La violencia de género empezó en Eden-Park

Por revelación sabemos que la comunión de amor —entre Adán y Eva y entre ellos y Dios— se rompió por efecto del pecado original. El hombre tuvo la oportunidad de elegir y dijo no a Dios. La maravillosa armonía se truncó y sobrevivieron el dolor y la amargura. Desde entonces la convivencia hombre-mujer resulta difícil. El Catecismo dice que «sus relaciones quedaron distorsionadas por agravios recíprocos; su atractivo mutuo, don propio del Creador, se cambia en relaciones de dominio y concupiscencia; la hermosa vocación del hombre y de la mujer de ser fecundos, de multiplicarse y someter la tierra queda sometida a los dolores del parto y a los esfuerzos de ganar el pan».

¡Pues qué faena! ¿No podía haberse estado quietecito Adán —sobre todo Eva— y dejarse de manzanitas? No soy teólogo, pero todo indica que la prueba no era fácil de superar —pese a que nuestros primeros padres nos daban sopas con onda en inteligencia y santidad—. Fueron libres para aceptar o rechazar a Dios y eligieron la opción equivocada.

¡Pues qué faena! ¿No podía haberse dejado Dios de jugar al tribunal de oposiciones? ¿No habíamos quedado en que era un Padre amoroso? Parece más bien un aguafiestas que no deja tranquilo al pobre ser humano y nada más entrar en el Edén le pone un examen tipo test con la intención de tumbarlo.

¡Claro que es el Padre amoroso! Precisamente porque era un Padre amoroso, el Amor con mayúscula, que da sin esperar nada a cambio, no podía crear autómatas que le correspondieran de forma obligatoria. De ahí que hiciera al hombre libre. Por definición, el Amor químicamente puro no podía presionar a la criatura para que le correspondiera. Eso sólo le hubiera ocurrido a un ser celoso y dominante. ¿Te imaginas qué desagradable, antinatural, forzado? No es el caso de Dios, para Él tal cosa es inconcebible. De suerte que dejó a Adán enteramente libre para aceptarle o rechazarle.

Y le rechazó. En eso consiste el pecado: en decir no a Dios.

¿Significa esa ruptura de la armonía entre los señores de Adán que el matrimonio es misión imposible? No, porque el desorden —atención— no se origina en la naturaleza del hombre y de la mujer, ni en la naturaleza de sus relaciones, sino en el pecado. De hecho,

el orden de la Creación —enseña el Catecismo— subsiste, sólo que gravemente perturbado.

En román paladino: sigue teniendo validez que los chicos-con-las-chicas es el estado natural del ser humano; y que es en el matrimonio donde el hombre se encuentra como pez en el agua.

Pero así como en el Paraíso salía solo..., después cuesta. Antes de la caída, prácticamente no te tenías que esforzar para decirle que era un sol o que en ningún restaurante habías probado un guiso como el suyo; o podíais miraros tal como vinisteis al mundo, sin sentir la turbación de la concupiscencia o la irritante sensación de ser considerados un objeto.

Todo eso se va al garete con la Caída. De hecho, durante miles de años, la institución matrimonial anduvo a trancas y a barrancas, como por un túnel oscuro..., igual que los propios Adán y Eva, expulsados del Paraíso, con el horizonte ensombrecido.

Y el Creador, que parecía encerrado en el mutismo, dejando al hombre abandonado a su suerte, interviene a través de la Ley de Moisés para proteger a la parte más débil —la chica— frente al dominio arbitrario y brutal del varón. Y admitió el repudio como una concesión a la «dureza del corazón» de la persona.

¿Te comprarías un BMW sin certificado de garantía?

Fue Cristo, el Hijo de Dios hecho Hombre, quien con su vida y sus palabras recordó la grandeza del matrimonio, subrayó su unidad e indisolubilidad y lo elevó al orden de la gracia sobrenatural.

Si el matrimonio natural, después de la Caída, seguía siendo válido y ayudaba a vencer el repliegue sobre sí mismo, convertido en sacramento implica una considerable ayuda sobrenatural, que perfecciona a los cónyuges y fortalece su unidad. El matrimonio-sacramento es signo eficaz de la presencia de Cristo. Digamos que Dios empeña también su palabra —además de los cónyuges— para hacer indisoluble esa unión y sacarla adelante. Ya no son dos, sino tres las personas comprometidas. Y el tercero no es cualquier cosa, sino el autor del Invento.

Ésa es la gran diferencia con los matrimonios por lo civil. En éstos no actúa la gracia santificante —que se comunica a través del sacramento— ni los esposos cuentan con una formidable ayuda espiritual para consolidar su unión y vivirla con más plenitud. En la práctica, resulta francamente difícil sacar adelante la unión conyugal, a palo seco, sin la ayuda de Dios, sin contar con el sacramento.

Cierto que el hombre es libre, pero se trata de una libertad condicionada, limitadita, desnutrida por la debilidad humana y zarandeada por las pasiones. Somos libres, sí, pero digamos que vamos a tientas, como por un túnel. Eso explica que lo propio del hombre

sea estropearlo todo. El hombre bastante tiene ya y habitualmente falla, tropieza con la misma piedra y arruina los proyectos más grandes y los sueños más hermosos. Por eso necesita la mano de un Padre, el único que lo puede todo.

Ante un juez o un concejal de urbanismo —pongamos—, el consentimiento no es sellado por Dios, ni el vínculo matrimonial da origen a una alianza garantizada por la fidelidad del Creador. Es decir, no tiene certificado de garantía. No sé vosotros, pero yo no me compro un rolex de oro o un BMW sin pedir ese certificado. No me fío de los chinos o del mercado negro.

- ¿Qué mejor garantía de éxito que el sello y la asistencia permanente del Todopoderoso?
 - ¿Qué mejor garantía de fidelidad que la palabra de Dios, el único que no puede contradecirse, y que jamás falla —aunque los hombres le fallemos a Él?
 - ¿Qué mejor garantía de entrega que la del Amor con mayúscula, el Creador del gratis-total, el Único que sólo sabe dar sin esperar nada a cambio?
 - ¿Qué mejor garantía de felicidad que el compromiso del Fabricante de la máquina de producir *idem*?
- ¿No te parecen buenos argumentos para casarte por la Iglesia?

La carta de vinos de la primera boda por la Iglesia

¿Quieres saber cómo empezó Cristo su actuación, una vez que fue bautizado por San Juan y eligió a su *staff* —los primeros cinco discípulos—? No comenzó con un congreso internacional de Teología; ni con una cumbre de jefes de Estado; ni con la solemne lectura de un manifiesto, retransmitido a los cinco continentes vía satélite... Nada de eso. Comenzó yendo a Caná, a la boda de unos amigos, en compañía de su madre, la Virgen María.

Y una vez allí, no se puso solemne y aburrido, ni pidió silencio a los postres para hacer una interminable perorata..., sino que se ocupó de que corriera el alcohol, adelantándose dos mil años a John Ford («cuando bebo güisqui, bebo güisqui, y cuando bebo agua, bebo agua», deja bien clarito un personaje de *El hombre tranquilo*) y a Chesterton («Bebed porque sois felices, nunca porque seáis desgraciados»).

Su madre, que como buena ama de casa estaba en todo, se percató de que se les había acabado el vino (enorme minucia) y se lo hizo saber a Jesús. Y el Hijo de Dios hizo entonces su primer milagro: convirtió el agua en vino. Ni solucionó el hambre en el mundo ni echó a los romanos ni convirtió al rey Herodes en sapo. Se preocupó sencillamente de que la falta de bebestible no arruinara la alegría de unos jóvenes esposos.

¿No te da que pensar? Lo primero es el matrimonio: antes que resucitar a los muertos, transfigurarse, caminar sobre las aguas o proclamar las Bienaventuranzas. Los leprosos pueden esperar..., pero dos chavalines de Caná que celebran locos de ilusión su

boda son prioritarios en la agenda del Salvador.

Todo tiene una lógica aplastante. Si lo primero que hace Dios al crear al género humano es crear a unos esposos (matrimonio natural), lo primero que hace Cristo al iniciar su misión es ir a una boda, elevando la unión conyugal al plano sobrenatural (matrimonio cristiano).

Si Dios es una familia, nada más coherente que Cristo inicie su ministerio bendiciendo una boda, el origen de una nueva familia.

Los propios materiales del milagro constituyen una metáfora elocuente del matrimonio-sacramento: Jesucristo coge agua (el matrimonio natural, dañado por el pecado original) y la convierte en vino (el matrimonio cristiano, una realidad superior, que implica una mejora sustancial). El agua incolora e insípida se troca en la mejor cosecha de la Historia. Con la mano de Cristo, el matrimonio gana en sabor, color y alegría.

Con el milagro de Caná, Dios subraya:

- La importancia del matrimonio en su plan de salvación.
- La grandeza de la unión conyugal como reflejo de la comunión de amor de Dios entre sí (la Trinidad), de Dios y el hombre, y de Cristo y su esposa, la Iglesia.
- Y que la apelación a la felicidad (¡el día más feliz de mi vida!) no es reclamo publicitario de los sastres de novias y los fabricantes de línea blanca..., sino una realidad profunda. Tan profunda que merece celebrarse con los mejores caldos del mundo.

Dios tiene los ojazos de tu chica

Esta sorprendente dimensión de la unión del hombre y la mujer tiene tres consecuencias muy alentadoras. Son las siguientes:

Silogismo del éxito: Premisa primera: el contrato no lo firmamos sólo los esposos, sino también Dios. Premisa segunda: nos obliga, por tanto, no sólo a nosotros dos, sino también al Creador. Conclusión: ergo..., el matrimonio cristiano es santo y muy, muy comprometido.

Insisto: no es una firma ante un funcionario, con un valor muy relativo..., sino una realidad sobrenatural en la que comprometo al mismísimo Amor. Lo cual exige mucho, pero también da tranquilidad: Dios nunca falla.

Dios tiene rostro de mujer: O de hombre. El rostro de Dios para ti, esposo, no es otro que el de tu chica. Y el rostro de Dios para ti, mujer, es el de tu marido. Tal cual.

Cuando digo tal cual, es tal cual. Mujer: no te imagines a un abueleto de barba blanca, sino a ese tipo alto y bien parecido que has tenido la suerte de cazar. Y tú, varón, no pienses en rollos místicos, sino en ese bombón que duerme a tu lado. No es una ocurrencia mía, después de un lingotazo de JB: lo dice Karol Wojtyla en su obra teatral *El taller del orfebre*. Léela, te encantará...

Y lo sugieren grandes poetas (como Pedro Salinas). Un autor contemporáneo, Miguel D'Ors lo refleja muy bien en estos versos:

Alguien que no eres tú, me está mirando.
Siento confundido en el tuyo, otro amor indecible.
Alguien me quiere en tus *Te quiero*.
Alguien acaricia mi vida con tus manos y pone en cada beso tuyo su latido.
Alguien que está fuera del tiempo, siempre detrás del invisible umbral de aire.

Impresionante. Pues prepárate para lo siguiente, el fragmento de una carta escrita por una esposa de treinta y ocho años:

¿Cómo es Dios para mí? Tiene el rostro de mi marido. Sus rasgos particulares y concretísimos son para mí los rasgos físicos de Dios. Por eso, tengo la convicción de que cuando lleguemos al Cielo y Dios nos abraza, su rostro nos resultará enormemente familiar, entrañable. El amor al marido y el amor a Dios son una misma cosa.

Silogismo de la vocación: Premisa primera: el estado natural del hombre, la llamada original, es el matrimonio. Premisa segunda: el rostro de Dios es el rostro de tu marido (o tu mujer). Ergo..., la vocación a la santidad (la unión con Dios) coincide con la vocación al matrimonio.

Dicho de otra forma, los casados no pueden construir una relación con Dios de espaldas al matrimonio. No vale decir que uno ama al prójimo y considerar al cónyuge como un mueble. No vale ir de caritativo y solidario con los inmigrantes senegaleses... y tratar a la parienta gélidamente.

Mira lo que dice la esposa de treinta y ocho años:

Dios me eligió desde la creación, pensando ya en mi marido, y con él hizo lo mismo. Desde toda la eternidad, Dios tenía planeado con quién me iba a unir y lo creó pensando en mis gustos, mi forma de ser, mi carácter. [...]

Para cada uno de nosotros, nuestra vocación a la santidad tiene el nombre de nuestro marido.

Rezar mucho y no amar al marido en los detalles cotidianos de la vida es una incongruencia.

¿Cómo amo a Dios? A través de mi marido.

¿Cómo soy generosa con Dios? Cuando lo soy con mi hombre.

¿Cómo manifiesto el respeto y la piedad a Dios? Cuando respeto a mi marido. No lo critico (y no porque sea perfecto, sino porque mi unión con él es sagrada, y lo sagrado no se toca). Tampoco lo juzgo, ni siquiera ante mí misma. Y menos aún ante mi madre o mis amigas. Si tengo que reprocharle algo (para que mejore), se lo digo a él. Es lo legal.

¿Cómo puedo decir que hablo con Dios y lo trato, si no hablo y trato con mi marido?

Sin palabras.

¿Y POR QUÉ NO RAPTARLA, QUE ES MÁS ROMÁNTICO?

(Anexo para novios que odian la corbata, las flores y los flashes)

José Gabriel se queda impactado con el último capítulo, pero me pone dos pegas.

Si todo es tan sublime (Dios entrelazado en la unión conyugal), tan esencial y sencillo a la vez, ¿a qué viene celebrar la parafernalia de la boda, que es una convención social?

La pregunta es típica del novio que antes que soportar la tortura de la corbata y pasarse un día entero enseñando las encías, prefiere raptar a la chica o casarse con ella en una ermita y sin invitados. Le comprendo. No creas que el autor no lo pensó..., pero cedió. Es un sacrificio que te pide tu chica y tú aguantarás embutido en tu traje, como un machote.

Te explico el sentido de la «parafernalia». Como sabrás, el ministro del matrimonio no es el cura, sino los esposos. Y sus cuerpos son la materia del matrimonio (¡qué fuerte!). El protagonista no es un señor con casulla, sino el novio y la novia. Sin ellos, no hay matrimonio. Sin el intercambio de consentimientos, no hay unión conyugal.

Y el consentimiento (por el cual los esposos se dan y se reciben mutuamente: «Yo te recibo a ti como esposa») debe ser libre y sin coacción. Hasta el punto de que, si falta la libertad, el matrimonio es inválido. Por esa razón pregunta el cura: ¿venís libres y sin ser coaccionados? Pero aunque no sea el rey de la función, el sacerdote es quien recibe el consentimiento de los esposos en nombre de la Iglesia. Su presencia (y la de los testigos, que certifican el matrimonio) expresa visiblemente que esa unión es una realidad eclesial.

Por esa razón, la Iglesia exige *ordinariamente* para sus fieles la forma eclesiástica de la celebración del matrimonio. Lo cual no quiere decir que haya que invitar a medio Hollywood. Tranqui: puedes hacer la boda todo lo sencilla que quieras..., pero tiene que haber ceremonia litúrgica, con cura y testigos.

Hay otras tres poderosas razones:

- Porque el matrimonio sacramental es un acto litúrgico, por lo que es conveniente que se celebre en la liturgia pública de la Iglesia.
- Porque crea derechos y deberes (era un contrato, ¿recuerdas?). Derechos y deberes entre los esposos y para con los hijos.
- Y porque el carácter público del consentimiento protege el «Sí, quiero» una vez dado, y ayuda a permanecer fiel a él. No vaya a ser que al novio o a la novia le dé un ataque de Alzheimer después de la noche de bodas y «Si te he visto no me

acuerdo»...

¿Y los testigos? Es muy fácil de entender. No hay que verlo como una imposición, sino como algo que nace del corazón mismo del matrimonio, un profundo deseo de dejar constancia de ese amor. Cuando un hombre y una mujer se aman, quieren hacer público lo suyo: no les cabe la felicidad dentro y la derraman fuera. Y están tan entusiasmados que quieren que los demás se enteren y sean testigos de su aventura. «Los enamorados —dice Chesterton— tienen razón al tatuarse uno al otro la piel y al grabar sus nombres por todas partes.»

Lo expresa, de otra forma, Susan Sarandon en la película *¿Bailamos?* (*Shall we dance?*):

Necesitamos testigos de nuestra vida. Hay millones de personas en el planeta. ¿Qué importa una simple vida? Pero en un matrimonio, lo que prometes es que te preocuparás de todo. De lo bueno, de lo malo, de lo terrible, de lo trivial... todos los días y en todo momento. Lo que dices es: tu vida no pasará desapercibida; porque yo me fijaré en ella. Tu vida no pasará inadvertida, porque yo me convertiré en tu testigo.

Vamos, que no tienes excusa para no pasar por la vicaría y hacer el paseíllo ante el altar. La tendrías si tu chica y tú estuvierais en una isla desierta sin posibilidad de pillar a un cura (situación *extraordinaria*). En ese caso, podríais contraer nupcias vosotros solitos y vuestro matrimonio sería tan válido como uno celebrado en Los Jerónimos. Porque lo único absolutamente imprescindible en una unión conyugal son los cuerpos de los contrayentes y el intercambio de consentimientos, libres y voluntarios. Pero como lo de la isla desierta sólo sale en los chistes de Forges, lo *ordinario* es que te cases ante un cura.

Aunque el matrimonio natural y el cristiano no se diferencian mucho (la clave es la gracia sacramental que perfecciona al primero), el esposo cristiano soporta unas cargas de las que el otro se libra.

—A ver, ¿por qué? —quiere saber mi José Gabriel—. Por qué tiene que estar sometido a tantas obligaciones y tantas pejuerías, si luego, en la práctica, realmente no pasa nada. ¿O se va a hundir el mundo porque los esposos usen anticonceptivos? ¿O se va a ir al garete un matrimonio porque vayan a veranear a playas llenas de tías en *topless*, en lugar de fastidiarse con exigencias que, francamente, resultan poco flexibles en pleno siglo XXI?

Le contesto a José Gabriel que se engaña. Que los fines y las exigencias del matrimonio son las mismas en el natural y en el cristiano. En todo caso, con este último sales ganando porque dispones de una ayuda especialísima que te pierdes con el natural. O dicho de otra forma:

- el rechazo del divorcio no obedece a un pronto de la Conferencia Episcopal, que está todo el día pensando en cómo hacer la vida imposible a la gente;
- ni la condena de los anticonceptivos es una ocurrencia malévola del Vaticano para amargar la fiesta a los esposos católicos;

- ni el matrimonio cristiano es un catálogo de negativas, retorcido y masoca: no desearás las pantorrillas de la becaria (él) o al galán maduro de tu jefe (ella); no podrás curarte la depre en los grandes almacenes y mirarás el euro hasta quedarte ciega (ella); te morirás de asco en los veranos sin poder pisar playas plagadas de succulentas vistas (él); vivirás condenado a una antipática disyuntiva: o bien tener todos los mocosos que Dios te mande, o bien pasar larguísimos períodos como un trapense (todos). Y un largo etcétera.

No es que los matrimonios cristianos sean unos pardillos a los que la Iglesia no les deja probar ciertas cosas; y que el resto de las parejas tenga patente de corso para hacer de su capa un sayo. No es que el matrimonio cristiano sea para subnormales, y el civil (o el amor libre), para gente desinhibida y abierta. No es que el altar conduzca a un camino de espinas y lágrimas y el casamiento ante un concejal de urbanismo lleve a Jauja. No.

Pero no respetar la naturaleza del matrimonio o instrumentalizarlo, utilizarlo como coartada del egoísmo o del afán de dominio..., equivale a infelicidad. Sea en la España cristiana, en la Melanesia pagana o en la India budista. Sea por la Iglesia o por lo civil. El matrimonio —sin etiquetas— es un proyecto de amor, no una rancia lista de prohibiciones de antes de la guerra.

Así, la prohibición de no derrochar en caprichos personales es consecuencia de la responsabilidad que he contraído como padre o madre... y no me la impone un obispo gordo y con gafas, sino que me la impongo yo mismo, de igual modo que me impongo levantarme a las siete para llegar al trabajo.

Y si no recorro, provisto de prismáticos, el litoral español —¡el más largo de Europa!— durante las vacaciones, es porque he entregado mi cuerpo serrano y mi persona entera a una sola mujer que, por cierto, les da sopas con onda a todas las demás. Lo contrario, el ligoteo, el cachondeillo, sería un caos y no me garantizaría la felicidad, sino el descentre y la permanente inmadurez. Optar por la sierra de Madrid o el pueblo del páramo leonés en vez de la playa llena de majas desnudas no es más masoquista que cualquier obligación que uno se impone para conseguir un bien superior. Y un planteamiento así dice bastante en favor del esposo —y mucho más en favor de su dama.

Gastarme con extenuantes jornadas de trabajo para sacar a mi familia adelante no me lo dicta la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, es consecuencia de haberme tomado en serio la naturaleza de esa entrega sin red que es el matrimonio; darlo todo a cambio de nada a mi esposo y mis hijos, en lugar de realizarme viendo *vangoghs* en los museos o cultivando el espíritu con la selecta programación televisiva, es una gustosa exigencia del amor.

Y vivir con algún aprieto, ser fiel al cónyuge, cambiar pañales y enseñar la diferencia entre morfema y lexema a quien no tiene el menor interés en la materia, no es mucho más masoquista que someter el cuerpo a la tiranía de un régimen vegetariano, la

tortura china de un gimnasio o la abstinencia de vicios tan saludables como beber, fumar y pensar por cuenta propia.

XI. HAZ EL AMOR Y NO LA GUERRA

La revolución de la familia

Lo romántico es enseñar a atarse los cordones a un *hooligan* de cinco años

Quizá alguien pueda asombrarse de que hablemos aquí de revolución, porque no hay nada más prosaico y corriente que la familia.

¿Revolución? La sexual de los años sesenta. ¿Aventuras? Las extraconyugales. ¿Romanticismo? Los adulterios de pelis tipo *Memorias de África* o *Los puentes de Madison...* Pero no veo nada romántico en doblar calcetines los domingos por la noche; soportar la mirada de adolescentes a los que parece que les debes y no les pagas o peregrinar a la caja de ahorros para implorar clemencia al director.

¿Nada romántico? Depende.

Yo, Alfonso, he apostado el todo por el todo por Teresa y ella, a su vez, ha hecho lo propio conmigo. Cuando he vinculado mi destino a mi chica, y he dejado de pertenecerme, me he encadenado a mí mismo a una serie de servidumbres —preparar biberones a las cuatro de la madrugada o enseñar a atarse los cordones a un *hooligan* de cinco años—, sin las cuales la apuesta no sería real ni creíble. Eso es romanticismo. Mientras que la aventura extraconyugal es confundir el romanticismo con la traición.

«No valdría la pena apostar si la apuesta no le atara a uno», señala G. K. Chesterton en su artículo «El ideal tiene que estar fijo». Su tesis es que la aventura romántica se mide por el grado de compromiso. Y también por los peligros, premios, castigos y logros que acarrea. Si la apuesta no tiene consecuencias, todo queda en un juego.

Reversible como una cazadora

Y eso es lo que nos pasa a nosotros, los habitantes del siglo XXI: vivimos en una época muy poco romántica. El hombre contemporáneo no quiere correr riesgos y por eso evita asumir responsabilidades. La medicina, los electrodomésticos y la realidad virtual son como una prolongación del útero materno, una burbuja que le permite al hombre actual flotar sin mojarse en el mar de las decisiones.

Todo es reversible, como una cazadora. ¿Que las cosas se tuercen y los ideales van contra mis intereses? Cambio de chaqueta, cambio de ideal, cambio de espos@.

Chesterton se rebela frente a eso y reclama que las decisiones que uno toma tengan consecuencias reales:

- Si me lanzo a una apuesta, se me tiene que exigir pagar, o no hay poesía en apostar.
- Si me lanzo a un desafío, se me debe obligar a que luche, o no hay poesía en desafiar a alguien.
- Si me comprometo a ser fiel, debo ser maldecido cuando no soy fiel, o no hay nada grande en comprometerse.

No hay cosa menos romántica que el llamado «sexo seguro». Si tú te lías con una tipa, o un tipo, me parecerá fantástico..., siempre que estés a la altura de las circunstancias y afrontes las consecuencias nueve meses después. Lo que no vale es jugar con la rubia —o el morenazo— de turno, como si fuera un pasatiempo, sin atenerse a las consecuencias, es decir, sin atenerse a lo real.

Dos pelis contemporáneas lo expresan certeramente. *Mejor imposible*: un joven pretendiente trata de pasar una noche guay con una madre soltera (Helen Hunt). Pero, cada dos por tres, ésta se levanta del sofá para atender a su hijo enfermo. Cuando, por fin, Helen se sienta, él va a besarla, pero se detiene al comprobar que el vestido huele a vómitos del niño. Adivina con qué palabras se da por vencido y decide dejarla: «Ya tengo bastante *dosis de realidad* por esta noche.» Atención: «*dosis de realidad*».

Toma el dinero y corre: la mujer de Woody Allen le anuncia que está esperando un hijo. «Es mi regalo de Navidad», subraya. «Yo hubiera preferido una corbata», responde Allen.

Ambas escenas no sólo no tienen nada de románticas, sino que se dan de tortas con el amor. Por eso, el sexo seguro no sólo es una tontería, sino también un escapismo de la realidad y la mejor forma de dinamitar la relación conyugal. La donación recíproca y abierta a la vida es salto sin red, y por eso es profundamente responsable. Es decir, profundamente romántica.

No sé si has leído los cuentos de O'Henry. Es un norteamericano de finales del siglo XIX que dejó escritas más de 600 historias, a caballo entre la ternura de Dickens y el humor de Mark Twain. Y no era una hermanita de la caridad: acabó entre rejas, acusado de un desfalco cuando trabajaba en una oficina bancaria.

Y eso que pudo eludir la cárcel. Escapó a Nueva Orleans y luego a Honduras. Pero volvió y se entregó. ¿Sabes por qué? Porque su mujer enfermó gravemente. Ninguno de sus cuentos (como *La última hoja* o *El regalo de Reyes Magos*) fue tan romántico como su propia peripecia. O'Henry era un tipo de cuidado, pero supo estar a la altura de las circunstancias cuando su mujer lo necesitó. Corrió la misma suerte que ella (eso quiere decir con-sorte). No se evadió del más irrevocable de sus compromisos, sino que lo asumió, aunque le costase vestir el traje a rayas.

Literas en lugar de barricadas

Tranquilo. Es dudoso que acabes en chirona, pero es bastante seguro que termines tomándole la tabla del 8 a un pasota que mide uno treinta, trabajando como un descosido o yendo a Port Aventura con *tooda* tu prole y la familia del enemigo, por ejemplo.

Pero con esos mimbres, tan modestos, puedes estar transformando el mundo. Ahora que se ha derrumbado el Muro (e incluso torres más altas han caído), y que todas las utopías se han ido por el sumidero de la Historia, queda una última y decisiva revolución: la de la familia.

Si estás a punto de desposarte o buscando novi@..., tienes en tus manos la oportunidad de emprender la más estimulante de las revoluciones. A escala, *of course*. Una revolución en cuatro paredes, pero con repercusiones que ni siquiera sospechas.

Con el «Sí, quiero» y el sioux Una-sola-carne tienes a tu alcance la única posibilidad de cambiar la Historia.

- Los políticos pasan —aunque su paso sea como el del caballo de Atila—, la familia queda.
- La ingeniería social destroza, pero la unión de unos esposos regenera milagrosamente el tejido.
- El poder y la ambición pueden parecer indestructibles, pero son tan *bluff* como el *Titanic*.
- Lo que no logran hundir los icebergs, lo que resulta ser una fuerza de la naturaleza es el amor, por insignificante que parezca.

¿Por qué? Porque es la única fuerza o revolución:

- pacífica,
- asequible,
- rebelde,
- y que transforma el mundo.

Haz el amor y no la guerra

Pacífica: Fíjate si será pacífica, que es la única en la que no es menester tomar Bastillas y asaltar palacios de invierno. Las revoluciones convencionales son un camelo: vas de puro y luego resulta que el poder y las riquezas que has quitado a los tiranos te los quedas tú. En la revolución de la familia es justo al revés, se trata de renunciar a uno mismo para dárselo todo a los demás.

Eso sí: tiene algo de *hippie*, de revolución de mayo francés. Mira si será transgresora, que es la única que puede reivindicar, con propiedad, el eslogan «Haz el amor y no la guerra».

Hacer el amor: ceder, disculpar al cónyuge, pensar sólo en el otro y en los intereses del otro. Tragarse el genio, la mala leche, el cansancio... Echar al retrete las ideas preconcebidas (o creer que sólo tú tienes razón) y tirar de la cadena.

Y no la guerra. La guerra es contra uno mismo, no contra tu pareja.

Hacer el amor: en todos los sentidos..., también en el carnal, aunque ése no sea su significado propio. Porque el sexo cobra todo su sentido, y toda su grandeza, en la unión de los esposos.

Durante la larga noche del nacionalcatolicismo circulaba la idea equivocada de que el sexo era malo y de que la Iglesia «condesciende» con sus fieles y les permite usarlo en el matrimonio. Como apunta Tomás Melendo, es como si «la bendición del sacerdote» legitimara artificialmente algo sucio. Cuando resulta que el lenguaje corporal expresa la pureza (el desinterés) de la entrega total del hombre y de la mujer. Nada más querido por el Creador del invento. Y por lo tanto, nada más santo.

Escribe Gotzon Santamaría en su libro *Saber amar con el cuerpo*:

La misma dinámica física del sexo, que enloquece y está hecha para llegar hasta el final, es una expresión adecuada de ese amor libre y voluntario de la persona que se entrega del todo, hasta el final. De quien está enamorado en serio se dice que está loco de amor. La locura de la carne está hecha para poder expresar y realizar esa locura del espíritu que es la entrega total a otra persona.

Sólo al matrimonio se le puede calificar con propiedad de amor libre, idea que usurparon, sin encomendarse ni a Dios ni al diablo, los poetas y pintores (ciegos de ajenjo) de Montparnasse; o los *hippies* del 68, desplegados con sus flores y sus melenas por las campas de Woodstock.

Argumenta Tomás Melendo que el auténtico «amor libre» es el del matrimonio, porque surge y crece como fruto de un acto superlibre de voluntad, reiterado y sostenido durante toda la vida. En tanto que lo de los okupas o los cachondos de los bohemios no es sino la imposible convivencia de dos ilusiones: la de ser libres sin compromiso y la de amar sin entrega.

Asequible. Es la revolución más asequible porque es la única que depende exclusivamente de ti. «La única revolución viable es la de uno mismo», afirmó la escritora italiana Susana Tamaro en una entrevista que le hice hace años. No existe otra tan al alcance de la mano.

No, no mires al cónyuge. El primero que precisa reforma eres tú mismo, nunca tu parienta o tu esposo. La última palabra la tienes tú. Si no cambias, no hay revolución.

«Puede afirmarse sin miedo a errar —afirma Ugo Borghello—, que muchos matrimonios fracasan porque cada cual está convencido de que es el otro quien debe cambiar o por lo menos el que debe hacerlo en primer término.»

Hay gente que va al matrimonio, tal vez inconscientemente, a realizarse. Me lo han llegado a confesar algunos casados..., al presentarse problemas conyugales. Ir al altar vestido con el Yo en lugar del chaqué o el tul ilusión es ir de cabeza al pozo. El Yo es una criatura voraz que tiende a la obesidad.

No han entendido —o no les han explicado— que la diferencia entre el soltero y el casado es radical. Que uno deja ya de vivir para sí y comienza a vivir para el otro («desvivirse», dice gráficamente la lengua castellana). Que ya no cuenta lo tuyo

(caprichos, aficiones, apetencias), sino lo del otro. Y, nueve meses después, lo de un tercero. Y quizá un cuarto, un quinto...

Rebelde. Ante un sistema que parece haber renunciado a la felicidad, el matrimonio es un grito de rebeldía. Ante el conformismo de quienes se contentan con arrastrar una existencia mediocre, mantenida con la respiración asistida de los *findes*, o de esas vacaciones que, inexorablemente, se escurren entre los dedos, el matrimonio propone el más contestatario de los programas para ser feliz.

El truco no es otro que la entrega. Entrega sin paliativos, rendición sin condiciones.

Esto choca con el clima de desahucio general del matrimonio que se respira en Occidente de un tiempo a esta parte. Si todo es reversible, si los ideales son como los teléfonos: es decir, móviles..., la aventura de-dos-para-siempre está considerada una quimera irrealizable.

Ha influido la mala prensa del matrimonio, alimentada por el teatro, la tele y el cine. Fíjate que los dramaturgos llevan más de un siglo dándole al vodevil, a la comedia de alcoba, pedaleando con lo divertido que es el adulterio y lo aburrida que es la unión conyugal. Ridiculizando constantemente el matrimonio. Quieren hacernos creer que es una institución burguesa, cuando se trata de lo más rompedor y romántico.

También influyen las legislaciones divorcistas. Hace cincuenta años a nadie se le pasaba por la cabeza romper. Ahora, puedes hacerlo por un quítame allá esas pajas.

—Pero la ley no obliga a divorciarse a quien no quiere —replica José Gabriel, mirando por encima de mi hombro lo que escribo al ordenador.

—No. Pero genera un clima, un estado de opinión, una mentalidad. Abierta la posibilidad, se producen las rupturas: no tienes más que ver las estadísticas.

Lo peor es que la sociedad se siente empujada a no considerar la entrega como un valor fundamental, sino a dar preferencia —incluso por la vía de las leyes— al cálculo egoísta. De suerte que, a la primera de cambio, él o ella desenvainan la daga del chantaje: «¡a que pido el divorcio!». Quien así actúa no ha pillado qué es la unión conyugal. Cree que es un nudo que se puede desatar con tanta facilidad como el de los zapatos.

Tampoco ha entendido que, si te *has dado*, ya no te perteneces.

... *Y que transforma el mundo.* Primero, durante el noviazgo, son unas rosas rojas; después, a punto de casarse, unos pendientes; más tarde, en el matrimonio, una batidora, más rosas rojas, el CD que le gusta... Los regalos jalonan la aventura para dos. Parece que te salen solos. Cuando conoces a esa chica alucinante, con la que quieres estar siempre, sientes el deseo espontáneo de obsequiarla. Y cuando, jubilados y con nietos, celebras aniversarios o simplemente la alegría de estar juntos, te expresas con presentes, más o menos útiles, más o menos espléndidos. El valor material es lo de menos. Porque los regalos no son otra cosa que metáforas. O, mejor dicho, son *La Metáfora*.

Los enamorados se expresan con regalos, porque el amor *es un regalo*.

La cosa es tan sublime que se la dejó a los poetas. Pedro Salinas: «¿Regalo, don, entrega? / Símbolo puro, signo / de que me quiero dar.»

Los obsequios entre dos esposos son una celebración de la entrega de sus propias personas. Porque el gran obsequio se lo hicieron el día de la boda. Allí, ante el altar, prometieron regalarse la vida, el trabajo, la salud, la enfermedad, la sonrisa, el cuerpo, las lágrimas, los pensamientos, los proyectos...

El festín de Babette

Hay una segunda razón por la que el regalo es metáfora del amor. Porque se trata de algo irreversible. Nadie hace un regalo a un amigo y después, si cambia de opinión, se lo arrebatata. La gracia del regalo consiste en que se da para siempre jamás. Por eso no tiene sentido el amor a prueba, o las relaciones pre o extramatrimoniales. Cuando tú te lías con un@ tip@, no vas desinteresadamente. Buscas algo: desahogarte, dominarl@, presumir de tip@, obtener placer (o afecto) del otro. No hay regalo. Lo que hay es ¡mercado! Más o menos consciente, pero ¡mercado! Así de crudo. La ley de la oferta y la demanda. El *do tu des*: doy para obtener algo a cambio.

Y, como te dije en otro capítulo, no hay mayor desafío a un mundo regido por el cálculo que la familia, el único lugar de la Tierra donde uno es querido por lo que es y no por lo que tiene. Un oasis en un desierto llamado mercado.

—Pero, en esta época, el desierto «asfixia» y no hay quien lo evite —me dice una pareja de novios, sólo dos meses antes de casarse.

Los tranquilizo: aunque parezca que la arena castigada por el sol lo invade todo y no deja apenas resquicio al desinterés, se trata de un espejismo —típico de los desiertos—. Porque el amor es más fecundo que el cálculo. Lo que ocurre es que no siempre se nota. De hecho, si algo puede transformar el mundo, es el regalo y no el interés. El regalo tiene la dinámica de los círculos concéntricos: son pequeños al principio, pero al final llenan toda la superficie del lago. En eso consiste su silenciosa pero eficaz revolución.

Las imágenes de una película valen más que mil palabras... Se trata de *El festín de Babette*, un filme de los años ochenta, basado en un relato de Karen Blixen, la autora de *Memorias de África*. A una mujer le toca la lotería y en lugar de hacerle una pederreta a su jefe o irse de vacaciones a las Bahamas, decide gastarse el premio en una fastuosa cena que ofrece a una serie de personas.

El mimo con el que prepara la cena, los ricos ingredientes, la exquisitez de su presentación, hacen del festín una declaración de amor. Y tal despliegue desarma a los comensales: después de participar en el festín de Babette ya no son los mismos de antes.

El festín es un regalo, no una invitación a la gula. Del mismo modo que la unión conyugal es amor y no lujuria. Y el regalo transforma a quien lo recibe. Pero para eso es preciso regalarse uno mismo a los demás, tirar la casa por la ventana, arruinarse. Y este «mundo cansado y con canas», que decía Serrat en una canción, necesita el matrimonio, la única institución que siempre es una ruina económica. Quizá por eso el amor y la economía se han llevado tradicionalmente mal. Generosidad y llegar a fin de mes son

prácticamente incompatibles. Y *familia calculadora* es una contradicción *in terminis*. Por eso, auguro un porvenir chungo al típico novi@ que invierte todas sus energías en encontrar vivienda y amueblarla y parece que con quien se casa es con el piso y no con su churri. Nosotros —un desastre con los números— nunca hemos entendido esa obsesión por la casa. Porque la casa está... para tirarla por la ventana. O te lanzas sin red, fiado únicamente en los ojos maravillosos de tu mujer o en las anchas espaldas de tu hombre, o no hay revolución.

Si en el amor no hay derroche..., quizá no es verdadero amor.

La nueva *Marsellesa*

Pero tampoco hay revolución sin himno. La que compuso Rouget de Lisle, en 1792, ha pasado a la Historia como *La Marsellesa*.

También la revolución de las literas tiene su *Marsellesa* particular. La música te la dejo a ti. Pero la letra lleva ya milenios compuesta. Consta de dos estrofas.

Primera: *Darling Macbeth*.

Segunda: *Amor se escribe con H*.

¡Música, maestro!

Darling Macbeth. La unidad es el *leitmotiv* de la *Marsellesa*. Ya te hablé de ella en el capítulo V (*Dos en un sofá*). Así que no me extiende: con la unidad, la pareja es indestructible, porque la unidad no tiene partes. No hay forma de trocearla o doblarla. No hay ácido en el mundo capaz de disolverla.

Lo que aquí quiero añadir es una consecuencia maravillosa de la unidad: la complicidad.

Es uno de los más sabrosos tesoros que depara el matrimonio. Dos autores con toda la barba, William Shakespeare y el infante Don Juan Manuel ponen sendos ejemplos de complicidad.

En el primero muere hasta el apuntador, pero, aunque sea por vía negativa, resulta enormemente ilustrativo: es el caso del señor y la señora Macbeth.

Están unidos por la ambición y ésta les lleva al crimen..., pero están unidos. Tienen cogido ese cimiento imprescindible del matrimonio.

Macbeth aspira a la corona de Escocia y su esposa le empuja a que culmine su sueño matando a su rival, Duncan. Digamos que Macbeth tiene la ambición en abstracto (propia del varón), y su chica le pone patas (propia del sentido práctico de la mujer).

Chesterton ironiza al respecto: «El hombre y la mujer nunca son más normales de como lo son en esta historia horrible y fuera de lo normal. *Romeo y Julieta* no describe mejor el amor de lo que *Macbeth* describe el matrimonio. La disputa entre Macbeth y su mujer sobre el asesinato de Duncan es casi, palabra por palabra, una disputa en cualquier comedor de una casa. Es cuestión simplemente de cambiar: “¡Débil de carácter, dame los

puñales!” por “¡Débil de carácter, dame los sellos!”» Lady Macbeth actúa con cierta generosidad, en medio del mal. Su empeño en que el esposo se haga con el poder no es egoísta, sino magnánimo.

Chesterton: «Elige algo que su marido no se atreve a hacer, pero que ella sabe que quiere hacer y se torna mucho más vehemente sobre ello que su marido. Para ella, como para todas las almas muy femeninas (es decir, muy fuertes), la única cosa que sienten agudamente como pecado es el egoísmo: está dispuesta a cometer cualquier crimen si no lo comete sólo para ella misma.»

Naturalmente, Chesterton no aplaude el crimen ni la ambición, pero queda fascinado por esa complementariedad perfecta de los señores de Macbeth. Y los propone como modelo de complicidad conyugal —además de penal—: «Si uno quiere saber cuáles son las relaciones permanentes del hombre casado con la mujer casada, no puede leerlo en ninguna parte con más precisión que en el pequeño idilio doméstico del señor y la señora Macbeth.» Y concluye: «Estén donde estén, están los dos juntos. Porque solas entre tantas figuras de la literatura, están de hecho unidas en matrimonio.»

El Conde Lucanor, las vacas y las yeguas

Para que nadie me acuse de apología del delito, cambio de tercio. Es el caso de «Alvar Fáñez y su esposa», uno de los más deliciosos cuentos que contiene *El Conde Lucanor*, la célebre obra del infante Don Juan Manuel.

La historia es la siguiente: decían las malas lenguas que Alvar Fáñez, ex caballero del Cid, estaba dominado por su mujer, una dama mucho más joven que él. Se lo echó en cara uno de sus sobrinos y el caballero decidió entonces sacarle de su error por medio de un ardid. Vieron pasar vacas y Alvar Fáñez dijo que eran yeguas; el sobrino le espetó que estaba equivocado, y el caballero insistió en que eran yeguas. Como el sobrino volviera a decir que eran vacas, Alvar Fáñez le propuso plantear la controversia a su mujer para que aclarase quién de los dos tenía razón.

La esposa se sorprendió, al punto, de que el sobrino viera vacas en lugar de yeguas, las describió una a una, con sus formas y colores, y tanto calor y convicción puso que el sobrino llegó a dudar de sí mismo.

Lo mismo hizo Alvar Fáñez con unas yeguas que tomó por vacas y, al decir que un río corría hacia su nacimiento en lugar de discurrir hasta el mar. En todos los casos, la esposa subrayaba las afirmaciones del caballero, extrañadísima de que el sobrino dudara de la evidencia. El joven estaba hecho un verdadero lío. ¿Se había vuelto loco?

Posteriormente, Alvar Fáñez le explicó al chico que la esposa sabía perfectamente que las vacas eran vacas; las yeguas, yeguas y que el río corría hacia el mar y no hacia el nacimiento, pero que sostenía lo que decía el marido, fiada más en las palabras del esposo que en su propia vista. «Ya te he dado respuesta a lo que me dijiste el otro día de que las gentes me censuran.»

Eso es complicidad y lo demás son cuentos.

Amor se escribe con H: Con H de Humor. Es la segunda estrofa de la nueva *Marsellesa*. Porque, aunque parezca mentira, el humor va ligado siempre a las cosas más serias. Y nada hay más serio que el amor.

Ni nada más preocupante que un matrimonio que no ríe. Puede faltar el piso, el poder adquisitivo, la salud. Puede faltar el ADSL, la secadora o hasta el coche. Pero ¡Houston, tenemos un problema!, si lo que falta es la alegría.

Digo lo del coche, porque a los autores nos han robado el utilitario cuatro veces. La primera, se trataba de un monovolumen recién comprado. Imagínate: con siete hijos, tirados en Madrid y sin vehículo. El tanque apareció dos días después hecho una pena. Los ladrones habían apagado colillas en la tapicería, rayado el capó y dejado por los suelos los restos de la juerga.

Otro de los coches ni siquiera apareció. A los dos años lo dimos de baja. Pero en virtud del Principio de Peter, nos seguían llegando multas tiempo después: Tráfico y Hacienda son cejjuntos mentales.

Al cuarto robo, me fui a La reina de las alarmas («Todo para la seguridad de su coche»), una tienda repleta de cadenas de hierro, sensores con lucecitas rojas, barras flexibles, barras rígidas..., y volví armado con un arsenal para disuadir a los cacos.

Adivina qué hicieron la siguiente vez: ¡nos robaron el volante! El coche seguía en su sitio, aparentemente intacto, con la cadenota puesta, pero sin volante. Eso sí: puedes preguntar a los chavales si hemos dejado de reírnos todos estos años, con o sin coche.

Sentido del humor no significa reírse de..., sino reírse con..., y, por encima de todo, reírse de uno mismo. La vida de pareja, los hijos, la familia... ofrecen margen de sobra para progresar adecuadamente en esa difícil asignatura. Difícil porque el orgullo es como una segunda piel, que tenemos adosada al alma y que no se va ni con agua caliente.

El humor no es un truco de libro de autoayuda. El humor no es un falso consuelo para engañarnos en medio de este valle de estrés. Responde a una realidad profunda: el carácter paradójico (y por lo tanto humorístico) del Inventor del amor y del matrimonio. Dios triunfa en el fracaso, es capaz de obtener bien del mal, escribe derecho con renglones torcidos...

«Las más resonantes y recordadas victorias de Dios —escribe Carlos Esteban— son siempre derrotas aparentes, como si Dios jugara siempre al escondite con los hombres —y ganara—, o como si cada una de sus proezas fuera un misterioso chiste.»

Grandes autores, desde Dante a Evelyn Waugh, pasando por Calderón de la Barca, han considerado siempre la existencia como un tapiz que los humanos vemos por el revés, sin acabar de pillar su sentido...; pero si fuéramos capaces de darle la vuelta, descubriríamos la obra de arte que la Providencia es capaz de trenzar contando con nuestra libertad y, a la vez, con nuestros errores.

Como dice un amigo nuestro, Dios es el Gran Cocinero, capaz de transformar nuestros pobres ingredientes en los más sabrosos guisos. ¿Y los defectos, debilidades y cagadas varias? También... Todo lo aprovecha, nada se pierde: con las sobras es capaz de hacer las más ricas croquetas. Siguiendo a Charles Péguy, «con el agua vieja hace agua nueva».

Y sin duda el gran tapiz, o el gran escenario en el que cada uno tenemos asignado un papel, son la familia y el matrimonio. De hecho, la relación conyugal o filial tiene cierto componente de comedia. ¿No hace comedia la madre de familia, al quedarse con las peores raciones, cuando asegura que le chifla chupar los huesos? ¿No hace comedia el marido que «necesita airearse» e invita a la mujer a cenar, cuando en realidad está deseando coger la horizontal tras una jornada agotadora? ¿No es comedia la sonrisa cuando a uno le corroe la angustia, le agujonea el dolor o le pesa como una losa el cansancio? Y en el clímax de las discusiones conyugales, cuando uno de los dos está a punto de pegar un berrido, ¿no es comedia adelantarse a pedir perdón, aunque uno crea que no tiene la culpa?

No siempre es fácil. Pero es muy sano distanciarse de los problemas (los palos de la vida, la mala salud, los roces con el cónyuge, o los hijos, o las nueras) y tomárselo todo un poco a broma. Y especialmente a uno mismo. Un chiste, una sonrisa, una ocurrencia... pueden quitar hierro a las coyunturas más endiabladas de la vida y hacer que todo cambie.

No dramatizar tiene fundamento, porque, vista con perspectiva, la vida no es un drama, sino una comedia, con un Espectador situado más allá del tiempo y del espacio, más allá de nuestras pequeñeces y agobios.

No hablo por hablar. He tenido la suerte y el privilegio de ver comportarse como comediantes al matrimonio que mejor he conocido: el de mis padres, con una vida achuchada, de mucho curro y sacrificio, sacando adelante a once hijos.

La pregunta del millón

Pero ¿no es el destino inexorable de todas las revoluciones el aburguesamiento? ¿No terminan por cambiarlo todo para que nada cambie, como dice Lampedusa, en esa Biblia del desencanto que es *El gatopardo*? ¿La rutina no pulveriza los ideales por elevados que sean?

¿No envejece el amor? ¿No se encargan la propia vida, el desánimo y las arrugas de susurrárnoslo al oído?

La vida es larga y da muchas vueltas. Y hay veces que te aplasta como una losa, o te escuece como una picadura pequeña pero persistente, o te desconcierta y te dan ganas de salir corriendo... Del trabajo, de los hijos, y hasta del cónyuge.

Los autores de este libro tan idealista lo sabemos perfectamente. Lo hemos visto en otros y lo hemos sufrido en nuestras propias carnes. Y desde hace veintidós años, nos hacemos la pregunta con la que me gustaría cerrar este libro. ¿Cómo mantener la frescura del amor?

Seré breve.

1. *El amor se hace a diario*: El matrimonio no es un pibón esplendoroso de blanco y un roqueo de chaqué mirándose con arrobos. Eso no es más que una foto. Y los álbumes son estáticos y terminan llenándose de polvo. Mientras que el amor es dinámico y se expresa con toda una vida. Y es preciso alimentarlo en cada situación concreta.

El amor no está hecho del material de los sueños —que diría Shakespeare—, sino de menudencias diarias. La gran tentación que tenemos los humanos es la de dispersarnos en el ayer o en el mañana y no sacar el máximo partido al hoy. Eso explica muchos bloqueos de parejas. Crean que el amor es el Estado de Imbecilidad Transitoria —que les deslumbró en el pasado— y allá se ha quedado, idealizado, como un recuerdo bonito, que contrasta con la losa que aplasta, con las ganas de salir pitando. Y se deprimen.

A veces creemos que la vida es una *putada*. Cuando en realidad es un pretexto. Todo lo que nos ocurre (una cena con amigos, una intervención quirúrgica, un disgusto económico, una avería doméstica, un éxito, una riña, un beso, una multa, un viaje...) es un pretexto externo para desarrollar el amor. Una oportunidad que nos brinda la Providencia para ayudarnos y amarnos en la salud y en la enfermedad, en las alegrías y en las penas, todos los días de nuestra vida. Lo de menos es el disgusto, el viaje, el trabajo, el ir de compras..., lo importante es la ocasión que cada una de esas circunstancias, absolutamente vulgares, nos ofrece de «hacer» a diario el amor.

El problema es que a «muchos grandes amores le sientan mal los días de diario», como cantaba el gran Joan Manuel Serrat.

Mi consejo sería éste: no te fíes demasiado de lo extraordinario. No pongas toda tu ilusión en las grandes emociones..., sino en la rutina cotidiana. O mejor dicho, en convertir la rutina cotidiana en una declaración amorosa.

Lo expresa Miguel Delibes en *Mujer de rojo sobre fondo gris*, al evocar a su esposa fallecida en la madurez:

Nos bastaba mirarnos y sabernos. Nada importaban los silencios, el tedio de las primeras horas de la tarde. Estábamos juntos y era suficiente. Cuando ella se fue, todavía lo vi más claro: aquellas sobremesas sin palabras, aquellas miradas sin proyecto, sin esperar gran cosa de la vida, eran sencillamente la felicidad.

2. *Desprecia la comodidad*: Si quieres que el tuyo no sea un matrimonio-pantufla..., no llesves pantuflas. No te apoltrones en la mesa-camilla, con los pies en el brasero (o, cuando llega la canícula, tomando un daiquiri bajo el rumorcito del aire acondicionado).

Si quieres ser joven, riéte del confort y apuesta fuerte por el riesgo. No lo digo yo, ni Juan Pablo II..., sino el general MacArthur: «La juventud es el gusto por la aventura y el desprecio de la comodidad.»

No te estoy animando a que te calces las botas Timberland de Indiana Jones y te vayas a Bolivia a enseñar a leer a niños analfabetos. Lo que te digo es que superes las actitudes burguesas y te entregues a tu chic@ y a tu familia a pecho descubierto. La vida de pareja y los hijos te proporcionan no uno sino mil temas para reírte del brasero y despojarte de la mantita a cuadros.

Desde escuchar al niño que te cuenta lo que ha comido hoy en Primaria: primer plato, segundo plato, postre, merienda... (¡escuchar, no hacer como que escuchas!, y además como si no tuvieras otro quehacer...), hasta cambiar planes minuciosamente trazados desde hace meses por una necesidad de la familia del enemigo, pasando por la apertura generosa a la vida en las relaciones conyugales.

Tienes garantizada la revolución permanente. Porque la renuncia a uno mismo constituye el secreto de la eterna juventud, infructuosamente buscado por los alquimistas.

3. *Invita a la Virgen a tu boda*: ¿Recuerdas el refrán «El hombre propone y la mujer dispone»? Empezó ya en el paraíso: una mujer alteró el plan inicial de la Creación, liando a Adán con la manzana y organizando un pifostio universal. Y tuvo que ser otra mujer la que obligara a Cristo a cambiar su agenda para que el primer milagro versara sobre el matrimonio. («Déjame, no ha llegado mi hora», le replica Jesús cuando Ella le hace ver que los novios de Caná no tienen vino.)

Pero la Virgen hace caso omiso de la advertencia de su Hijo y, ni corta ni perezosa, se dirige a los camareros: «Haced lo que Él os diga.» Con su perspicacia, su estar en el detalle, su atrevimiento típicamente femenino, está subrayando el papel relevante que tiene la unión conyugal. Está demostrando que lo primero es lo primero. Por un matrimonio vino la ruina a la Humanidad..., y con un matrimonio inicia Cristo su plan de salvación.

A estas alturas del libro ya habrás pillado la dimensión trascendente que tiene el amor conyugal. Si, como hemos visto, no tiene sentido plantear la relación con Dios de espaldas al matrimonio..., tampoco lo tiene al revés: plantear el matrimonio como si Dios no existiese. La relación de pareja cobra todo su significado en un contexto sobrenatural. Primero, porque quien más sabe del amor no es Amaral, sino el Autor del Invento. Y segundo, porque todo acto de amor es, a la vez, un acto de fe: implica un salto al vacío.

Y ése es el secreto mejor guardado que te revelamos cuando estamos a punto de decirte adiós. Estos veintidós años de felicidad que se nos han dado inmerecidamente se apoyan en la unidad entre nosotros y en la unión con Dios. No hay más. Son nuestra arma secreta.

El nuestro ha sido un matrimonio cristiano, es decir, el matrimonio más fetén y más ventajoso. Ha contado no sólo con nuestra promesa, sino con el compromiso de quien nunca tira la toalla: Jesucristo, que no falló a los novios de Caná. Y con la ayuda vital de

la Iglesia: con la gracia que se transmite a través de los sacramentos —comenzando por el del matrimonio y siguiendo por la eucaristía y la confesión— y también con el apoyo espiritual de sus pastores, los sacerdotes.

He dicho cristiano..., no perfecto.

Moraleja: si yo estuviera en tu lugar, no echaría en saco roto este horizonte espiritual. No sería honrado por mi parte no ofrecerte esta posibilidad, esta garantía de felicidad que te asegura el matrimonio por la Iglesia. En cualquier caso, seas cristiano, pagano o medio-pensionista, no pierdes nada por añadir un nombre a tu lista de invitados: María, la Madre de Dios. Con su perspicacia, su estar en el detalle, su atrevimiento típicamente femenino, se encargará de que no os falte de nada.

Eso es lo que hicimos nosotros. Y desde entonces hemos procurado tenerla siempre cerca. De nosotros y de nuestros hijos. Rezándola, consultándole nuestros problemas y contándole nuestras penas y alegrías. Sin tonterías beatas ni rollos místicos. Ni el autor ni la autora somos monjes: al contrario, nos tira mucho lo que te tira a ti. Nos cuesta levantarnos a las siete, cuando queremos, somos bastante bordecillos y tenemos defectos para parar un tren. Razón de más para tener a mano a la Mujer más influyente del mundo.

The End

Cae el telón. La peli ha terminado. Con un beso largo y apasionado del chico y la chica, después de haber superado mil peligros y llegado al altar, tras la carrera de obstáculos.

Ya está. Los novios ya se pueden casar. Ha sido divertido, romántico, emocionante. El amor ha triunfado y los espectadores nos podemos ir, porque lo que sigue a continuación: un señor sacando la basura, una chica con delantal friendo *cocretas*, un muñecote con pañales gateando por el pasillo... no tienen ningún interés.

¿O es al revés? ¿No será a partir de ahora cuando, de verdad, empieza la película?

Madrid, 2005-2007

LIBROS RECOMENDADOS

CHESTERTON, G. K., *El amor o la fuerza del sino*, Rialp, Madrid, 1994.

Con su ingenio y humor, el célebre escritor inglés traza un retrato profundo del amor y ofrece una visión sumamente alentadora del matrimonio.

CHESTERTON, G. K., *La mujer y la familia*, Styria, Barcelona, 2006.

Recopilación de ideas y reflexiones sobre el carácter insustituible de la familia.

CONTRERAS, José M.^a, *Pequeños secretos de la vida en común*, Planeta, Barcelona, 1999.

Un manual asequible y eficaz para sacar todo el jugo a la relación de pareja. Posee la sabiduría de las cosas sencillas.

CUEVAS, Aníbal, *Más allá del Sí te quiero*, Eiunsa, Madrid, 2007.

Con un lenguaje muy cercano, el autor aporta sagaces reflexiones y vívidas experiencias sobre la unión conyugal.

GOTZON SANTAMARÍA, Mikel, *Saber amar con el cuerpo*, Palabra, Madrid, 2006.

Una visión rompedora y audaz de la sexualidad.

LEWIS, C. S., *Los cuatro amores*, Rialp, Madrid, 2000.

Un clásico, profundo de contenido pero ágil de expresión, sobre el carácter gratuito del amor y las escalas que hay que recorrer para alcanzar esa plenitud.

LEWIS, C. S., *Cartas del diablo a su sobrino*, Rialp, Madrid, 2003.

El más divertido retrato del alma humana, visto desde el Lado Oscuro. Sus observaciones sobre la relación hombre-mujer son magistrales.

MANGLANO, José Pedro, *Construir el amor*, Planeta, Barcelona, 2004.

Claves psicológicas y humanas para salir de uno mismo y descubrir la entrega. Muy adecuado para novios.

MANGLANO, José Pedro, *El amor y otras idioteces*, Planeta, Barcelona, 2007.

Estimulante *travelling* por el cine y la literatura con ejemplos expresivos sobre el Estado de Imbecilidad Transitoria y otras enfermedades amorosas.

MARÍAS, Julián, *La mujer en el siglo XX*, Alianza, Madrid, 2003.

No se puede entender la época actual sin la revolución de la mujer. El filósofo la analiza en relación con el hombre, el hogar, el trabajo y los hijos.

MELENDO, Tomás, y Lourdes Millán-Puelles, *Asegurar el amor*, Rialp, Madrid, 2002.

Con un ensayito como éste y un poco de buena voluntad es casi imposible no acertar en el difícil arte de pescar pareja y emprender la aventura del amor.

ROJAS, Enrique, *Remedios para el desamor*, Temas de Hoy, Madrid, 2007.

Un clásico de la autoayuda firmado por uno de los grandes especialistas. No hay que perderse sus interesantes reflexiones sobre la voluntad.

VON HILDEBRAND, Alice, *Cartas a una recién casada*, Palabra, Madrid, 1997.

Esta obra estimulante rezuma ternura, humor y perspicacia.

WOJTYLA, Karol, *El taller del orfebre*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2003.

La pieza teatral del papa polaco es imprescindible para captar el significado sobrenatural de la relación con el cónyuge.

PELÍCULAS RECOMENDADAS

Qué verde era mi valle (1942) de John Ford. Con Maureen O'Hara.

No se va a ninguna parte sin familia... como demuestra esta joya del cine.

Caravana de mujeres (1947) de William Wellman. Con Robert Taylor.

Bajo el envoltorio de un western, un canto tierno y delicado a la mujer.

El hombre tranquilo (1953) de John Ford. Con John Wayne y Maureen O'Hara.

Es una verdadera mina de ideas sobre la masculinidad y la feminidad y también sobre la renuncia y la comprensión.

Tú y yo (1957) de Leo McCarey. Con Cary Grant y Deborah Kerr.

No hay terapia más eficaz que el amor. En este caso, tiene mucho que ver con la fe.

Espartaco (1960) de Stanley Kubrick. Con Kirk Douglas y Jean Simmons.

Una superproducción de romanos con un tesoro dentro: una sorprendente historia de amor.

París, Texas (1984) de Win Wenders. Con Nastassja Kinski.

Duro y desgarrado retrato de la importancia crucial de la comunicación en el matrimonio.

El festín de Babette (1988) de Gabriel Axel. Con Stephane Audran.

No se puede expresar mejor la capacidad que tiene el amor-regalo de cambiar el mundo.

La edad de la inocencia (1993) de Martin Scorsese. Con Daniel Day-Lewis y Michelle Pfeiffer.

El hogar es el motor fecundo de la historia. Y la mujer, la reina de ese territorio. Impresionante.

Comprométete (2002) de Alessandro D'Alatri. Con Favio Völlo.

Aunque las situaciones que pinta resultan un tanto extremas, refleja muy bien el acoso que sufre hoy en día un matrimonio joven. Ofrece valiosas soluciones.

Pijama para dos

Alfonso Basallo y Teresa Díez

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la portada, Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial Grupo Planeta

© de la fotografía de la portada, Pierre Le Gall / Rapho / Eyedea / Contacto

Colección PLANETA TESTIMONIO

Dirección: José Pedro Manglano

© Alfonso Basallo y Teresa Díez, 2008

© Editorial Planeta, S. A., 2008

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): diciembre de 2013

ISBN: 978-84-08-12323-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

Índice

DEDICATORIA	4
CITA	5
I. UNA MÁQUINA DE PRODUCIR FELICIDAD	6
II. TODOS DICEN «I LOVE YOU»	17
III. LA VERDADERA LISTA DE BODAS	26
IV. PERO ESTA NOCHE MORIRÍA POR VOS	35
V. LOS PRIMEROS ESPOSOS DE LA HISTORIA	43
VI. DOS EN UN SOFÁ	55
VII. PIJAMA PARA DOS	68
VIII. NUEVE MESES DESPUÉS	83
IX. ¿PUEDE ACABARSE EL AMOR?	96
X. CANÁ, LA BODA DE MI MEJOR AMIGO	110
¿Y POR QUÉ NO RAPTARLA, QUE ES MÁS ROMÁNTICO?	120
XI. HAZ EL AMOR Y NO LA GUERRA	124
LIBROS RECOMENDADOS	137
PELÍCULAS RECOMENDADAS	138
CRÉDITOS	139